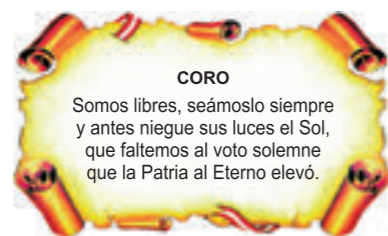


SÍMBOLOS DE LA PATRIA



Bandera Nacional



Himno Nacional



Escudo Nacional

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2

Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradados.

Artículo 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

Artículo 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).

2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país.

Artículo 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.

2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.

2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).

2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.

3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.

2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.

2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.

2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.

3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22

Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.

2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.

3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.

4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez y otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.

2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.

2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.

2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).

2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.

3. Estos derechos y libertades no podrán en ningún caso ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

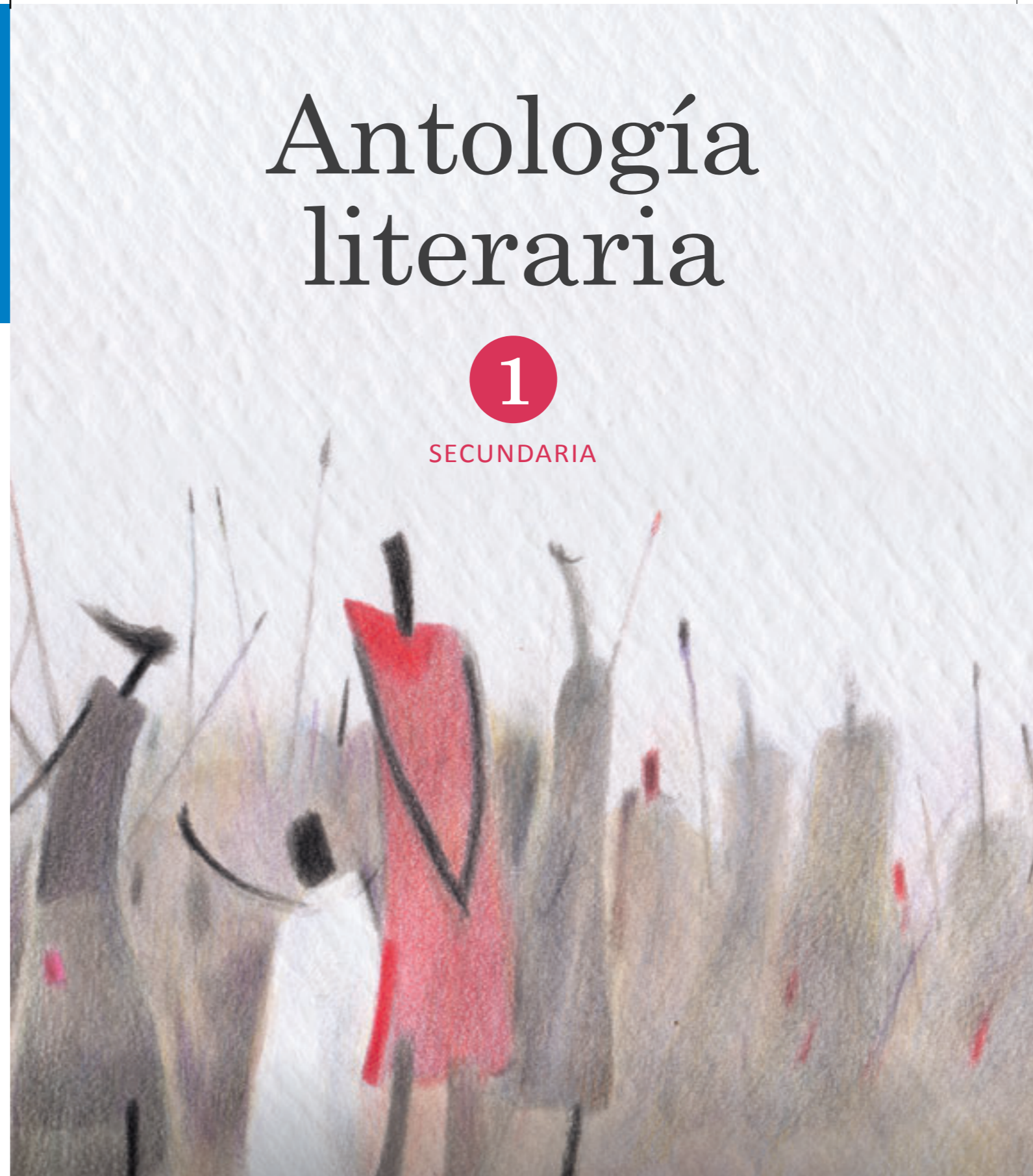
Artículo 30

Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

Antología literaria

1

SECUNDARIA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN - PROHIBIDA SU VENTA

EL ACUERDO NACIONAL

El 22 de julio de 2002, los representantes de las organizaciones políticas, religiosas, del Gobierno y de la sociedad civil firmaron el compromiso de trabajar, todos, para conseguir el bienestar y desarrollo del país. Este compromiso es el Acuerdo Nacional.

El acuerdo persigue cuatro objetivos fundamentales. Para alcanzarlos, todos los peruanos de buena voluntad tenemos, desde el lugar que ocupemos o el rol que desempeñemos, el deber y la responsabilidad de decidir, ejecutar, vigilar o defender los compromisos asumidos. Estos son tan importantes que serán respetados como políticas permanentes para el futuro.

Por esta razón, como niños, niñas, adolescentes o adultos, ya sea como estudiantes o trabajadores, debemos promover y fortalecer acciones que garanticen el cumplimiento de esos cuatro objetivos que son los siguientes:

1. Democracia y Estado de Derecho

La justicia, la paz y el desarrollo que necesitamos los peruanos sólo se pueden dar si conseguimos una verdadera democracia. El compromiso del Acuerdo Nacional es garantizar una sociedad en la que los derechos son respetados y los ciudadanos viven seguros y expresan con libertad sus opiniones a partir del diálogo abierto y enriquecedor; decidiendo lo mejor para el país.

2. Equidad y Justicia Social

Para poder construir nuestra democracia, es necesario que cada una de las personas que conformamos esta socie-

dad, nos sintamos parte de ella. Con este fin, el Acuerdo promoverá el acceso a las oportunidades económicas, sociales, culturales y políticas. Todos los peruanos tenemos derecho a un empleo digno, a una educación de calidad, a una salud integral, a un lugar para vivir. Así, alcanzaremos el desarrollo pleno.

3. Competitividad del País

Para afianzar la economía, el Acuerdo se compromete a fomentar el espíritu de competitividad en las empresas, es decir, mejorar la calidad de los productos y servicios, asegurar el acceso a la formalización de las pequeñas empresas y sumar esfuerzos para fomentar la colocación de nuestros productos en los mercados internacionales.

4. Estado Eficiente, Transparente y Descentralizado

Es de vital importancia que el Estado cumpla con sus obligaciones de manera eficiente y transparente para ponerse al servicio de todos los peruanos. El Acuerdo se compromete a modernizar la administración pública, desarrollar instrumentos que eliminen la corrupción o el uso indebido del poder. Asimismo, descentralizar el poder y la economía para asegurar que el Estado sirva a todos los peruanos sin excepción.

Mediante el Acuerdo Nacional nos comprometemos a desarrollar maneras de controlar el cumplimiento de estas políticas de Estado, a brindar apoyo y difundir constantemente sus acciones a la sociedad en general.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Dirección de Educación Secundaria

Antología literaria

1



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Título: Antología literaria 1

Ministerio de Educación
Calle Del Comercio N.º 193, San Borja
Lima 41, Perú
Teléfono: 615-5800
www.minedu.gob.pe

Primera edición: 2015
Tercera reimpresión: setiembre de 2017

Tiraje: 516 303 ejemplares

Coordinadora
Karen Coral Rodríguez

Antologadores
Marco Bassino Pinasco
Marcel Velázquez Castro

Editor
Alfredo Acevedo Nestárez

Recopiladores de textos
Elizabeth Lino Cornejo
Agustín Prado Alvarado

Ilustrador
Oscar Casquino Neyra

Diseño y diagramación
Hungria Alipio Saccatoma

Impreso por:
Consorcio Corporación Gráfica Navarrete S.A., Amauta Impresiones Comerciales S.A.C. y Metrocolor S.A.
Se terminó de imprimir en setiembre de 2017, en los talleres gráficos de Metrocolor S.A., sito en Jr. Los
Gorriónes N° 350 - Urb. La Campiña, Chorrillos, Lima.

© Ministerio de Educación
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin
permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N.º 2017-10992

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

En esta antología, se ha optado por emplear términos en masculino para referirse a los géneros de las personas. Esta medida no implica faltar el respeto que todos los seres humanos merecemos.
Asimismo, en los relatos, cuentos y poemas se ha respetado el uso de las variedades regionales del castellano cuando, por voluntad del narrador o autor, el texto original lo propone.
Por último, se está aplicando la normativa ortográfica vigente del español, publicada el año 2010.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	7
A LA DERIVA	10
Horacio Quiroga	
UNA MADRE	13
Fernando Romero	
FRRITT FLACC	16
Julio Verne	
EL DUENDE DE LA TORMENTA	23
Carlota Carvallo de Núñez	
EL GRAN PACTO	25
Tradición oral de Pomalca	
LEYENDA DE POMACOCHAS	27
Tradición oral de Cajamarca	
ACTIVIDADES	30
EL CORAZÓN DELATOR	36
Edgar Allan Poe	
EL PODER DE LA INFANCIA	41
León Tolstói	
SALOMÓN Y AZRAEL	44
Yalal Al-din Rumi	
EL VERDUGO	45
Arthur Koestler	
ROMANCE DEL ENAMORADO Y LA MUERTE	46
Poema anónimo	
ACTIVIDADES	48
LA CREACIÓN DEL MUNDO	54
Antonio Gálvez Ronceros	
EL REGALO	57
Ray Bradbury	
A MARGARITA DEBAYLE	60
Rubén Darío	
LA CREACIÓN DEL MUNDO	63
Tradición oral bora	
EL GIGANTE IWA Y MACHÍN, EL MONO BLANCO	65
Tradición oral aguaruna	
LA JOVEN, EL JOVEN, LA SUEGRA Y LAS ALPACAS	68
Tradición oral de Caylloma	
ACTIVIDADES	70

WARMA KUYAY	76
José María Arguedas	
EL AMIGO FIEL.....	82
Oscar Wilde	
LA CONFESIÓN.....	93
Manuel Peyrou	
EXACTA DIMENSIÓN.....	94
Juan Gonzalo Rose	
POEMA DEL MAR Y DE ELLA	95
Carlos Oquendo de Amat	
ACTIVIDADES	96
EL MONO QUE QUISO SER ESCRITOR SATÍRICO	102
Augusto Monterroso	
EL CUENTISTA	104
Saki	
A ENREDAR CUENTOS.....	109
Gianni Rodari	
POESÍA EN FORMA DE PÁJARO.....	111
Jorge Eduardo Eielson	
ACTIVIDADES	112
LOCA DE BASURAL.....	116
Rosella di Paolo	
EL CAFÉ	117
Nicomedes Santa Cruz	
APU CÓNDOR.....	120
Tradición oral del Valle del Colca	
LA SUEGRA QUE, DE PESAR, SE TRANSFORMÓ EN CARACHUPA	122
Tradición oral cashinahua	
ACTIVIDADES	124
CONSUMIR PREFERIBLEMENTE ANTES DE...	130
Laurie Channer	
LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER.....	137
Mark Twain	
MI PLANTA DE NARANJA LIMA.....	144
José Mauro de Vasconcelos	
EL DEDO.....	152
Feng Meng-lung	
UN CREYENTE.....	153
George Loring Frost	
LA BOTELLA DE CHICHA	154
Julio Ramón Ribeyro	
EL ILUSTRE AMOR	158
Manuel Mujica Lainez	
ACTIVIDADES	162
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	167

PRESENTACIÓN

Entre tus manos sostienes lo que parece ser un libro, pero, en realidad, se trata de un mecanismo especial que te puede transportar a muchos mundos.

Un mundo de personajes. Desde animales que hablan hasta seres humanos mudos. Puedes vivir con ellos sus alegrías, sus dolores, sus deseos, sus miedos, sus satisfacciones, sus fracasos.

Un mundo de emociones y sentimientos. Alguien declarando su amor, otro encolerizado por la injusticia. Uno lamentando una pérdida, otro festejando un éxito. Alguno pensando en lo que nos une y lo que nos separa. Alguien ilusionado por el futuro, otro desesperado ante una desgracia.

Un mundo de situaciones. Aventuras, humor, muerte, misterio, luchas... Situaciones que suceden en mundos lejanos o quizá a pocas casas de donde vives. Serás testigo de lo que es luchar contra el veneno que invade tu cuerpo. Te asomará a la mente de un loco. Ingresarás a una casa abandonada donde hay unos delincuentes. Observarás cómo se sienten los que se enamoran y no son correspondidos. Encontrarás en qué se parecen un grano de café y un ser humano. Descubrirás el poder de la compasión. Y mucho más.

Tal vez te hagas preguntas sobre el viaje a estos mundos que estás por realizar. Imaginamos que puedes tener algunas y aquí vamos con ellas y sus respuestas.

¿Tengo que leer todos los textos?

Lee los textos que quieras. Lee los textos que te atraigan. No todas las lecturas son para todos.

Una vez que he comenzado una lectura, ¿debo terminarla?

Las lecturas de esta colección son invitaciones a viajes. Ante la primera dificultad, antes de retirarte, dales a la historia y a sus personajes una oportunidad de convencerte, de interesarte. Prueba con unas primeras páginas. Si te gusta, ¡adelante!

¿Hay un orden para leer los textos?

Empieza a leer por donde gustes. Cada texto es un mundo distinto. Hay lecturas que tienen su momento, su lugar. Un día quieres una aventura, otro reírte un poco, otro algo que te dé miedo, otro despertar tu curiosidad y vivir el suspenso. Así como eliges qué comer, qué ropa usar, a dónde ir... puedes elegir qué texto leer.

¿Tengo que leer estos textos solamente en clase?

Puedes leerlos donde quieras: en el bus, en un parque, en tu casa, junto a un río, frente al mar o en el campo. Puedes leerlos donde te provoque.

¿Tengo que hacer las actividades?

Te aconsejamos que las revises, te pueden ayudar a orientarte en tu lectura, para que la compartas con otras personas, o a que mires un texto desde otro punto de vista, o tal vez a imaginar nuevas historias. Todo gran viaje empieza con un paso.

Y entonces, la pregunta más importante, **¿aceptas hacer el viaje a estos mundos extraordinarios?**

¡Vamos!

¡Pasa las páginas y explora!

Marco Bassino Pinasco

Con el fin de orientar el tratamiento de los textos seleccionados, se ofrece a los docentes una *Guía pedagógica para el uso de las antologías literarias*, que encontrará en el siguiente enlace: http://jec.perueduca.pe/?page_id=3208

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los siglos, la literatura ha adoptado diversas formas y modalidades discursivas. Como todo producto histórico, los cuentos, las novelas, los poemas y las obras de teatro han vivido grandes cambios en su configuración. El vasto universo de textos literarios se puede organizar por diversos criterios: géneros, nacionalidad, horizontes estéticos.

Esta antología ofrece cuentos de nacionalidades diversas como la peruana, uruguaya, guatemalteca, rusa, francesa, estadounidense, entre otras. Algunos cuentos emplean un lenguaje sencillo y coloquial, otros presentan un mayor trabajo estético con la palabra; todos relatan acciones emocionantes y significativas. El cuento construye una tensión mediante el orden de los acontecimientos: operación que seduce al lector, ya que este queda atrapado plenamente por la trama y desea conocer el desenlace del relato.

Dado que las novelas poseen mayor extensión que el cuento, se han elegido algunos capítulos que poseen cierta autonomía y que constituyen una magnífica invitación a leer el texto completo. En una novela se puede desarrollar a los personajes plenamente y se recrean mundos y sociedades de manera más completa y profunda que en el cuento.

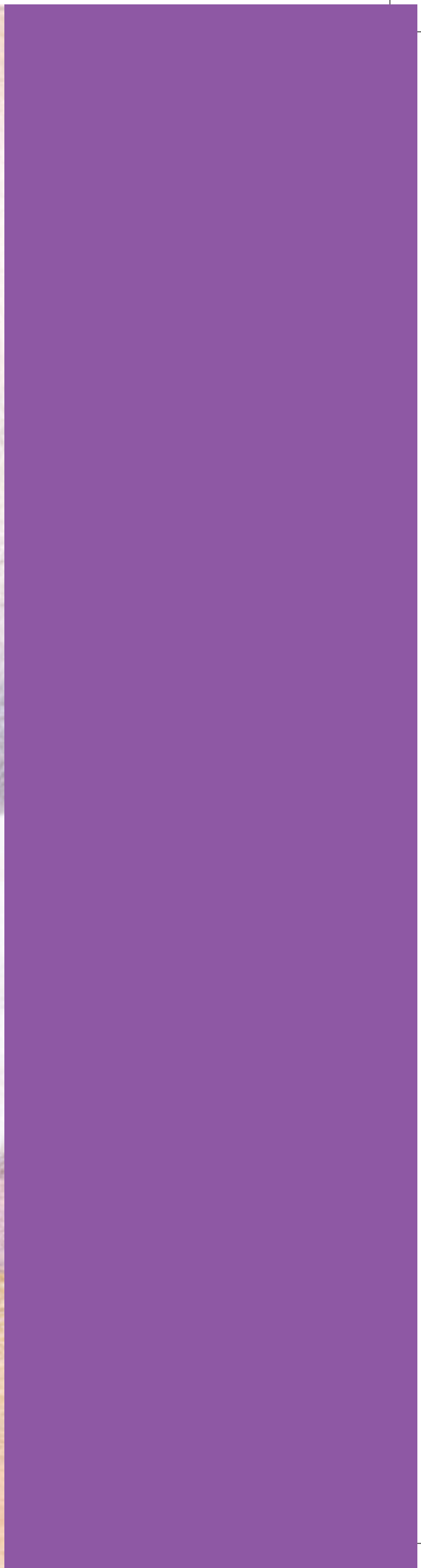
Los poemas elegidos ofrecen una amplia gama de estilos —desde tradicionales romances hasta poemas figurativos experimentales— y voces subjetivas que construyen, a pesar de su brevedad, con gran intensidad experiencias de amor, miedo, amistad y locura.

Asimismo, se han incluido varios textos de la abundante y heterogénea tradición oral del Perú. Relatos que han sido recopilados en las culturas andinas, amazónicas, costeñas y afroperuanas. Ellos son textos cuyos orígenes se encuentran en el pasado histórico y que no pertenecen a la autoría de un sujeto; sino más bien son la expresión de la memoria de una colectividad. En consecuencia, las voces que narran son las de los propios sujetos pertenecientes a dichos espacios culturales.

Por otro lado, todo texto literario contiene una visión de mundo original, que enriquece nuestra existencia. Leer literatura es disfrutar con el poder de la ficción y conocer nuevas experiencias imaginarias.

Marcel Velázquez Castro





A LA DERIVA

1917

HORACIO QUIROGA

(uruguayo)

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña! Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!¹

1 Caña: aguardiente destilado de caña de azúcar.

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer, espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su expatrón, míster Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su expatrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de míster Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.



UNA MADRE

1958

FERNANDO ROMERO

(peruano)



Las crías la esperan. Tiene que volver al nido. Los hombres la odian, como si ella tuviera la culpa de que sus glándulas elaboraran veneno. Porque lo sabe comprende que arriesgará la vida si se atreve a reptar bajo los tambos ahora llenos de gente.

—Yo soy el colonel...

—¡No, Martín: a mí me toca!

—Tatachín... Chin... Chin...

—De frente... ¡Marchen!

La jergón continúa indecisa. Enroscada en una rama e inmóvil, mira el puesto sin encontrar camino apropiado para pasar, porque los hacendados han rozado la porción de monte que quedaba entre el último tambo y la cocha. Por allí vino en la mañana, pero la situación ha cambiado: lo que al amanecer eran matas de arbustos ahora es campo despejado donde juegan los muchachos y dormitan los perros de olfato fino y de ojo avizor.

Piensa en volver a la cocha y en cruzarla nadando. Mas no, ahora encuentra una solución mejor: dar la vuelta por el barranco que está desierto. Como la noche ha cerrado ya oscura, no la van a distinguir.

Hermosa y fuerte, repta derechamente luciendo las manchas doradas que tachonan sus escamas negras y relucientes. Su arrastre rápido y suave va dejando tras sí una como estela de polvo ligero. Erguida la cabecita, escudriña con cuidado las sombras.

Le falta poco para alcanzar el monte cuando el ruido de un sirenazo que viene del río la detiene. La señal provoca movimientos y voces en los tambos que todavía le interceptan el camino.

—Crisóstomo... Crisóstomo: es la «Melita»

—¡Apúrate! Dile que sí tenemos leeeña.

Dos individuos avanzan de la choza más próxima llevando faroles en las manos. La luz le permite ver que a las puertas de las casas se ha asomado mucha gente. Midiendo con la mirada la distancia que la separa de los árboles más cercanos, se dice que no tiene tiempo de pasar antes que los hombres. Tampoco se atreve a volver atrás porque oye que vienen los niños curiosos y los perros ladradores. La luz del farol se acerca. En el único sitio que puede encontrar refugio es entre las rajadas de leña que quedan a su izquierda. Rápida y silenciosa se desliza entre ellas y permanece muy quieta.

Más faroles y más hombres, esta vez en torno de la leña entre la cual se oculta.

—Hay tres mil rajadas bien contadiiitas...

—Te doy veinte centavos menos por el ciento. No me parece que toda fuera capirona.

—¡A pucha! Capirona todititita es... A uno diez te la darééé, pues.

—Bueno, hom... Yastá... Da Silva, Legufa, Morey, Lima, Pichuno: comiencen a cargar.

De la lancha vienen varios muchachotes semidesnudos y fuertes, y empiezan a llevarse al hombro la leña arreglada en el barranco, mientras unos parlotean y otros cantan.

—«Chupito»: ¿qué me dices de los caimitos de la questá con traje celeste?

—¡No vaaale!... Me gustan más la vieja questá recostada en lahamaca.

Los montones de leña bajan de tamaño primero; luego desaparecen. La jergón comprende el peligro pero no puede hacer nada. Piensa en sus crías, en los hombres, en los faroles que la rodean.

Allá, en las playas del Ucayali,

Hay un cadáver, ¿de quién será?...

—¡Déjate de tristes, hom...! Cántate un tanguiño. Ese de «sandaliñas doro pra dar al que nun ten»...

Ahora empiezan a deshacer el montón donde está escondida. Ella comienza a huir de la muerte deslizándose entre los intersticios que dejan las rajadas, cada vez más abajo, más abajo.

Ya no puede avanzar más. Los leños están tan pegados uno al otro en la hilera a que ha llegado, que su cuerpo no cabe por la luz que queda entre ellos. Presiente que el fin se acerca y espera. Una mano robusta y bermeja la coge junto con la rajada de leña. Ella se vuelve y le clava la lanceta.

—¡Ayayau! Víbora... Víbora... ¡Lo que me mordió!

La jergón ha comenzado a huir velozmente. Dos hombres la alcanzan, palo en mano.

—Toma, ¡jijuna!

Salta, se contrae y se queda quieta y extendida con su metro y medio, orinegra y aún temible. No está muerta, pero todo zumba extrañamente en torno: la tierra, el viento, las voces de los enemigos.

—¡Lígale el brazo!... Ahura chúpale fuerte el mordisco.

—Toma la cachaza. Anda, tómalala seguido nomás...

—¿Quién ha ido por la curarina?

Debe escapar. Aún tiene fuerzas.

Comienza a reptar lentamente.

—¡Mira, la maldita! Todavía se mueve...

Le destrozan la cabeza a leñazos y la arrojan al río.

En el nido, las viboritas esperan a su madre.



FRRITT FLACC

1884

JULIO VERNE

(francés)

I

Frritt...!, es el viento que se desencadena.
¡Flacc...!, es la lluvia que cae a torrentes.
La mugiente ráfaga encorva los árboles de la costa vol-
siniana, y va a estrellarse contra el flanco de las montañas
de Crimma. Las altas rocas del litoral están incesantemente
roídas por las olas del vasto mar del Megalocride.

¡Frritt...! ¡Flacc...!

En el fondo del puerto se oculta el pueblecillo de Luktrop.

Algunos centenares de casas, con verdes miradores que apenas las defienden contra los fuertes vientos. Cuatro o cinco calles empinadas, más barrancos que vías, empedradas con guijarros, manchadas por las escorias que proyectan los conos volcánicos del fondo. El volcán no está lejos: el Vanglor. Durante el día, sus emanaciones se esparcen bajo la forma de vapores sulfurosos. Por la noche, de tanto en tanto, se producen fuertes erupciones de llamas. Como un faro, con un alcance de ciento cincuenta kilómetros, el Vanglor señala el puerto de Luktrop a los buques de cabotaje, barcos de pesca y transbordadores cuyas rodas cortan las aguas del Megalocride.

Al otro lado de la villa se amontonan algunas ruinas de la época crim-
meriana. Tras un arrabal de aspecto árabe, una kasbah de blancas paredes,
techos redondos y azoteas devoradas por el sol. Es un cúmulo de piedras
arrojadas al azar, un verdadero montón de dados cuyos puntos hubieran
sido borrados por la pátina del tiempo.

Entre todos ellos se destaca el Seis-Cuatro, nombre dado a una construcción
extraña, de techo cuadrado, con seis ventanas en una cara y cuatro en la otra.

Un campanario domina la villa: el campanario cuadrado de Santa Phililene, con campanas suspendidas del grosor de los muros, que el huracán hace resonar algunas veces. Mala señal. Cuando esto sucede, los habitantes tiemblan.

Esto es Luktrop. Unas cuantas moradas, miserables chozas esparcidas en la campiña, en medio de retamas y brezos, passim, como en Bretaña. Pero no estamos en Bretaña. ¿Estamos en Francia? No lo sé. ¿En Europa? Lo ignoro. De todos modos, no busquen Luktrop en el mapa, ni siquiera en el atlas de Stieler¹.

II

¡Froc...! Un discreto golpe resuena en la estrecha puerta del Seis-Cuatro, abierta en el ángulo izquierdo de la calle Messagliere. Es una casa de las más confortables, si esa palabra tiene algún sentido en Luktrop; una de las más ricas, si el ganar un año por otro algunos miles de fretzers constituyen alguna riqueza.

Al froc ha respondido uno de esos ladridos salvajes, en los que hay algo de aullido, y que recuerdan el ladrido del lobo. Luego se abre, por encima de la puerta del Seis-Cuatro, una ventana de guillotina.

—¡Al diablo los importunos! —dice una voz que revela mal humor.

Una jovencita, tiritando bajo la lluvia, envuelta en una mala capa, pregunta si el doctor Trifulgas está en casa.

—¿Está o no está, según!

—Vengo porque mi padre se está muriendo.

—¿Dónde se muere?

—En Val Karniu, a cuatro kertsés de aquí.

—¿Y se llama...

—Vort Kartif.

III

El doctor Trifulgas es un hombre duro. Poco compasivo, no curaba si no era a cambio, y eso por adelantado. Su viejo Hurzof, mestizo de bulldog y faldero, tiene más corazón que él. La casa del Seis-Cuatro inhospitalaria

¹ El atlas del cartógrafo alemán Adolf Stieler fue uno de los más importantes durante las tres últimas décadas del siglo diecinueve y la primera mitad del siglo veinte.

para los pobres no se abre nada más que para los ricos. Además, hay una tarifa: tanto por una tifoidea, tanto por una congestión, tanto por una pericarditis, tanto por cualquiera de las otras enfermedades que los médicos inventan por docenas. ¿Por qué tiene que molestarse en una noche como aquella al doctor Trifulgas?

—¡Solo el haberme hecho levantar vale ya diez fretzers! —murmuró al acostarse de nuevo.

Apenas han transcurrido veinte minutos cuando el llamador de hierro vuelve a golpear la puerta del Seis-Cuatro. El doctor abandona gruñendo su caliente lecho y se asoma a la ventana.

—¿Quién va? —grita.

—Soy yo: la mujer de Vort Kartif.

—¿El hornero de Val Karniu?

—¡Sí! ¡Y si usted se niega a venir, morirá!

—¡Pues bien, te quedarás viuda!

—Aquí traigo veinte fretzers...

—¡Veinte fretzers por ir hasta Val Karniu, a cuatro kertsés de aquí!

—¡Por caridad!

—¡Vete al diablo!

Y la ventana vuelve a cerrarse.

«Veinte fretzers! ¡Bonito hallazgo! ¡Arriesgarse a un catarro o a unas agujetas por veinte fretzers, sobre todo cuando mañana me esperan en Kiltreno, en casa del rico Edzingov, el gotoso, cuya gota me representa cincuenta fretzers por cada visita!». Pensando en esta agradable perspectiva, el doctor Trifulgas vuelve a dormirse más profundamente que antes.

IV

¡Frritt...! ¡Flacc...! Y luego: ¡froc...!, ¡froc...!, ¡froc...!

A la ráfaga se le han unido esta vez tres aldabonazos, aplicados por una mano más decidida.

El doctor duerme. Finalmente se despierta..., ¡pero de qué humor!

Al abrir la ventana, el huracán penetra como un saco de metralla.

—Es por el hornero...

—¿Aún ese miserable?

—¡Soy su madre!

—¡Que la madre, la mujer y la hija revienten con él!

—Ha sufrido un ataque...

—¡Pues que se defienda!

—Nos han enviado algún dinero —señala la vieja—. Un adelanto sobre la venta de la casa a Dontrup, el de la calle Messagliere. ¡Si usted no acude, mi nieta no tendrá padre, mi hija no tendrá esposo y yo no tendré hijo...!

Es a la vez conmovedora y terrible oír la voz de aquella anciana, pensar que el viento hiela la sangre en sus venas y que la lluvia cala sus huesos.

—¡Un ataque cuesta doscientos fretzers! —responde el desalmado Trifulgas.

—¡Solo tenemos ciento veinte!

—¡Buenas noches!

Y la ventana vuelve a cerrarse.

Pero, mirándolo bien, ciento veinte fretzers por hora y media de camino, más media hora de visita, hacen sesenta fretzers la hora, un fretzer por minuto. Poco beneficio, pero tampoco para desdeñar.

En vez de volverse a acostar, el doctor se envuelve en su vestido de lana, se introduce en sus grandes botas impermeables, se cubre con su holopanda de bayeta, y con su gorro de piel en la cabeza y sus manoplas en las manos, deja encendida la lámpara cerca de su Códex, abierto en la página 197, y empujando la puerta del Seis-Cuatro se detiene en el umbral.

La vieja aún sigue allí, apoyada en su bastón, descarnada por sus ochenta años de miseria.

—¿Los ciento veinte fretzers...?

—¡Aquí están, y que Dios se los devuelva centuplicados!

—¡Dios! ¡El dinero de Dios! ¿Hay alguien acaso que haya visto de qué color es?

El doctor silba a Hurzof y, colocándole una linterna en la boca, emprende el camino. La vieja lo sigue.

V

¡Qué tiempo de Frittts y de Flaccs! Las campanas de Santa Philfilene se han puesto en movimiento a impulsos de la borrasca. Mala señal. ¡Bah! El doctor Trifulgas no es supersticioso, no cree en nada, ni siquiera en su ciencia, excepto en lo que le produce.

¡Qué tiempo! Pero también, ¡qué camino! Guijarros y escorias; guijarros, despojos arrojados por el mar sobre la playa, escorias que crepitan como los residuos de las hullas en los hornos. Ninguna otra luz más que la vaga y vacilante de la linterna del perro Hurzof. A veces la erupción en llamas del Vanglor, en medio de las cuales parecen retorcerse extravagantes

siluetas. No se sabe qué hay en el fondo de esos insondables cráteres. Tal vez las almas del mundo subterráneo que se volatilizan al salir.

El doctor y la vieja siguen el contorno de las pequeñas bahías del litoral. El mar está teñido de un blanco lívido, blanco de duelo, y chispea al atacar la línea fosforescente de la resaca, que parece verter gusanos de luz al extenderse sobre la playa.

Ambos suben así hasta el recodo del camino, entre las dunas, cuyas atochas y juncos entrechocan con ruido de bayonetas. El perro se aproxima a su amo y parece querer decirle: «¡Vamos! ¡Ciento veinte fretzers para encerrarlos en el arca! ¡Así se hace fortuna! ¡Una fanega más que agregar al cercado de la vida! ¡Un plato más en la cena de la noche! ¡Una empanada más para el fiel Hurzof! ¡Cuidemos a los enfermos ricos, y cuidémoslos... por su bolsa!».

En aquel momento la vieja se detiene. Muestra con su tembloroso dedo una luz rojiza en la oscuridad. Es la casa de Vort Kartif, el hornero.

—¿Allí? —dice el doctor.

—Sí —responde la vieja. —¡Harrahuau! —ladra el perro Hurzof.

De repente truena el Vanglor, conmovido hasta los contrafuertes de su base. Un haz de fuliginosas llamas asciende al cielo, agujereando las nubes.

El doctor Trifulgas rueda por el suelo. Jura como un cristiano, se levanta y mira. La vieja ya no está detrás de él. ¿Ha desaparecido en alguna grieta del terreno, o ha volado a través del frotamiento de las brumas? En cuanto al perro, allí está, de pie sobre sus patas traseras, con la boca abierta y la linterna apagada.

—¡Adelante! —murmura el doctor Trifulgas.

Ha recibido sus ciento veinte fretzers y, como hombre honrado que es, tiene que ganarlos.

VI

Solo se ve un punto luminoso, a una distancia de medio kertse. Es la lámpara del moribundo, del muerto tal vez. Es, sin duda, la casa del hornero. La abuela la ha señalado con el dedo. No hay error posible.

En medio de los silbadores Frritts, de los crepitantes Flaccs, del ruido sordo y confuso de la tormenta, el doctor Trifulgas avanza a pasos apresurados. A medida que avanza la casa se dibuja mejor, aislada como está en medio de la landa.

Es singular la semejanza que tiene con la del doctor, con el Seis-Cuatro de Luktrop, la misma disposición de ventanas en la fachada, la misma

puertecita centrada. El doctor Trifulgas se apresura tanto como se lo permite la ráfaga. La puerta está entreabierta; no hay más que empujarla. La empuja, entra, y el viento la cierra brutalmente tras él. El perro Hurzof, fuera, aúlla, callándose por intervalos, como los chantres entre los versículos de un salmo de las Cuarenta Horas.

¡Es extraño! Diríase que el doctor ha vuelto a su propia casa. Sin embargo, no se ha extraviado. No ha dado un rodeo que le haya conducido al punto de partida. Se halla sin lugar a dudas en Val Karniú, no en Luktrop. No obstante, el mismo corredor bajo y abovedado, la misma escalera de caracol de madera, gastada por el roce de las manos. Sube, llega a la puerta de la habitación de arriba. Por debajo se filtra una débil claridad, como en el Seis-Cuatro.

¿Es una alucinación? A la vaga luz reconoce su habitación, el canapé amarillo, a la derecha el cofre de viejo peral, a la izquierda el arca ferrada donde pensaba depositar sus ciento veinte fretzers. Aquí su sillón con orejeras de cuero, allí su mesa de retorcidas patas, y encima, junto a la lámpara que se extingue, su Códex, abierto en la página 197.

—¿Qué me pasa? —murmura.

¿Qué tiene? ¡Miedo! Sus pupilas están dilatadas, su cuerpo contraído. Un sudor helado enfría su piel, sobre la cual siente correr rápidas horripilaciones. ¡Pero apresúrate! ¡Falta aceite, la lámpara va a extinguirse, el moribundo también!

¡Sí! Allí está el lecho, su lecho de columnas, con su pabellón tan largo como ancho, cerrado por cortinas con dibujos de grandes ramajes. ¿Es posible que aquella sea la cama de un miserable hornero?

Con mano temblorosa, el doctor Trifulgas agarra las cortinas. Las abre. Mira. El moribundo, con la cabeza fuera de las ropas, permanece inmóvil, como a punto de dar su último suspiro. El doctor se inclina sobre él...

¡Ah! ¡Qué grito escapa de su garganta, al cual responde, desde fuera, el siniestro aullido de su perro! ¡El moribundo no es el hornero Vort Kartif...! ¡Es el doctor Trifulgas...! Es él mismo, atacado de congestión: ¡él mismo! Una apoplejía cerebral, con brusca acumulación de serosidades en las cavidades del cerebro, con parálisis del cuerpo en el lado opuesto a aquel en que se encuentra la lesión. ¡Sí! ¡Es él quien ha venido a buscarlo, por quien han pagado ciento veinte fretzers! ¡Él, que por dureza de corazón se negaba a asistir al hornero pobre!

¡Él, el que va a morir! El doctor Trifulgas está como loco. Se siente perdido. Las consecuencias crecen de minuto en minuto. No solo todas las funciones de relación se están suprimiendo en él, sino que de un momento a otro van a cesar los movimientos del corazón y de la respiración. Y, a pesar de todo, ¡aún no ha perdido por completo el conocimiento de sí mismo!

¿Qué hacer? ¿Disminuir la masa de la sangre mediante una emisión sanguínea? El doctor Trifulgas es hombre muerto si vacila... Por aquel tiempo aún se sangraba y, como al presente, los médicos curaban de la apoplejía a todos aquellos que no debían morir.

El doctor Trifulgas agarra su bolsa, saca la lanceta y pincha la vena del brazo de su doble; la sangre no acude a su brazo. Le da enérgicas fricciones en el pecho: el juego del suyo se detiene. Le abrasa los pies con piedras candentes: los suyos se hielan.

Entonces su doble se incorpora, se agita, lanza un estertor supremo... Y el doctor Trifulgas, pese a todo cuanto pudo inspirarle la ciencia, se muere entre sus manos.

¡Frritt! ¡Flacc...!

VII

A la mañana siguiente no se encontró más que un cadáver en la casa del Seis-Cuatro: el del doctor Trifulgas.

Lo colocaron en un féretro y fue conducido con gran pompa al cementerio de Luktrop, junto a tantos otros a quienes él había enviado según su fórmula. En cuanto al viejo Hurzof, se dice que, desde aquel día, recorre sin cesar la landa, con la linterna encendida en la boca, aullando como un perro perdido.

Yo no sé si es así; ¡pero pasan cosas tan raras en el país de Volsinia, precisamente en los alrededores de Luktrop!

Por otra parte, se los repito, no busquen esta villa en el mapa. Los mejores geógrafos aún no han podido ponerse de acuerdo sobre su situación en latitud, ni siquiera en longitud.



EL DUENDE DE LA TORMENTA

1956

CARLOTA CARVALLO DE NÚÑEZ

(peruana)

Cierta vez unos viajeros encontraron cerca de una mina abandonada un muchachito indio dormido. Les llamó la atención que un ser humano estuviera en un paraje tan frío y solitario y trataron de averiguar cómo había llegado hasta allí, pero él permaneció completamente mudo. Le preguntaron el nombre de sus padres, sin obtener respuesta alguna. Los miraba extrañado como si no comprendiera una palabra.

Vacilaron entre dejarlo allí abandonado a su suerte o llevarlo consigo. Decidieron esto último y montándolo a la grupa de una de sus cabalgaduras, fueron con él hasta el caserío más cercano. Allí lo dejaron en manos de una buena mujer, que vivía con cierta comodidad y tenía dos hijos.

Ella lo tuvo en su casita, lo vistió y le dio de comer. Luego le preparó un blando lecho y lo trató con cariño. Pero el chico parecía un animalito del monte, pues no hablaba y miraba con recelo a su protectora.

Después de unos días, pensó dedicarlo a las faenas del campo y le dio un costal para que fuera a cosechar papas, pero el muchacho se puso a dormir y regresó sin las papas y sin el costal.

Al otro día la buena mujer se dijo: «No sirve para la cosecha, pero en algo tiene que ayudar. Hoy lo mandaré a cuidar el rebaño». Y así se lo ordenó. Pero esa tarde el muchacho se presentó con dos ovejas de menos.

Su mayor placer consistía en seguir a los peones que trabajaban en las minas. Se introducía allí sin que nadie se ocupara de él. Amaba la oscuridad y en los días de sol se metía en el rincón más oscuro de la casa.

Una noche se desató una furiosa tempestad. Los truenos retumbaban en las montañas vecinas y el viento rugía en los tejados de las chozas. La mujer y sus hijos se abrazaron llenos de temor. Entonces sucedió una cosa extraordinaria. El muchachito se animó, sus ojos brillaron de alegría

y empezó a cantar con una vocecita destemplada y chillona, en un idioma desconocido. Luego se puso a bailar agitando los brazos. Sus movimientos se hacían cada vez más rápidos, hasta que de improviso abrió la puerta y se lanzó afuera, perdiéndose entre la oscuridad.

La pobre mujer salió a llamarlo, porque le había tomado cariño, pero el arisco muchacho no regresó nunca más.

Pasó mucho tiempo. Los hijos de la viuda crecieron y fueron mineros, como había sido su padre. Un día hubo un desplome en la mina y uno de ellos quedó sepultado junto con otros operarios. La pobre mujer acudió desconsolada y no quiso moverse en todo el día, esperando que extrajeran a su hijo.

Pero llegó la noche y los mineros abandonaron la tarea. La mina quedó desierta y la pobre mujer permaneció llorando sentada en una piedra. De pronto empezó a retumbar el trueno y a iluminar el rayo, el cielo ennegrecido por la tormenta. Una figura humana se agitó entre la oscuridad. Al pasar cerca de la mujer, esta lo reconoció. Era el muchachito a quien ella había recogido en su casa, hacía tanto tiempo.

Él se detuvo a mirarla y un relámpago iluminó en ese momento el semblante lloroso de la pobre mujer. Entonces le hizo una seña para que lo siguiera y se perdió en la oscuridad de la mina.

La mujer anduvo a tientas, durante un largo rato. El muchacho le indicaba el camino con agudos gritos. Al fin se detuvo y con sus manos afiladas empezó a arañar la dura roca.

Pronto quedó abierto un agujero por donde pudo penetrar. Un rato después volvía con el cuerpo del minero a cuestas. Estaba con los ojos cerrados y parecía muerto. Le sopló en la cara y así lo reanimó. Después se incorporó y pudo andar. El muchacho los guió hasta la entrada de la mina. Los truenos seguían retumbando, pero ya la pobre mujer no tenía miedo, había recobrado a su hijo y se sentía demasiado feliz.

Cuando quiso agradecer al extraño hombrecillo su buena acción, ya este había desaparecido.

A la luz de un relámpago, lo vio alejarse bailando, siempre bailando entre la tempestad.



EL GRAN PACTO

Tradición oral de Pomalca



En tiempos de la hacienda los trabajadores de Pomalca se sentían bien porque tenían su ficha de carne y pescado todos los días, así como el bono de alimentos y su pago todas las semanas. Pero lo malo era que pasaban muchos accidentes en la fábrica y en el ferrocarril en donde los obreros perdían brazos, piernas y causaba horribles muertes. Algunos se molían junto a las cañas y se mezclaban con el azúcar.

Todos estos accidentes no eran por casualidad o descuido de los obreros sino por el pacto que los hacendados habían hecho con el diablo para entregar el alma de un trabajador cada vez que el diablo lo pedía a cambio que a ellos les fuera todo muy bien en su empresa. Los días martes y viernes el patrón se dirigía al cerro Boró y lo veían regresar al día siguiente amarrado su cabeza con una pañoleta, con los ojos rojos y un aspecto muy agotado que se le notaba al caminar. Su chofer, que siempre lo había llevado y observado detenidamente, cierto día se llenó de valor, tomó su trago de yonque y decidió seguirlo escondiéndose tras una planta de vichayo, lo siguió a una prudente distancia y de repente aparecieron unos feroces perros negros que le impidieron continuar. El chofer empezó a rezar de miedo y los perros desaparecieron, entonces continuó tras su patrón encontrándolo en medio de un remolino en el suelo junto a una bestia negra en forma de pavo que lo sacudía. Lleno de un susto por un momento se quedó inmóvil, pero otro trago de yonque lo armó de valor y se abalanzó contra la bestia en defensa de su patrón. Pero la bestia, mostrando su terrible rostro al chofer, hizo que huyera del lugar hasta donde había dejado el auto. Muy asustado regresó a la hacienda y temeroso al día siguiente regresó a recoger a su patrón, porque así acostumbraba hacerlo, encontrándolo como de costumbre con un pesado saco que le ayudó a subir al carro, pero esta

vez puso mucha atención al contenido de la carga. Discretamente abrió un costado del saco y pudo ver cómo brillaba en el interior el oro que su patrón traía después del encuentro con el diablo. Así Pomalca progresó y fue una de las más grandes haciendas azucareras del Perú.



LEYENDA DE POMACOCHAS

Tradición oral de Cajamarca
narrada por Félix Valle¹

En el distrito de Pomacochas, su capital Florida, en la provincia de Bongará, departamento de Amazonas, hay una enorme laguna. Dicen que será aproximada a unos 12 kilómetros; su forma es redonda, con totorales a su alrededor. Navegan muchas canoas y balsas; el pueblo de ahora está casi a la orilla.

En siglos pasados dicen que era una tribu muy rica, que sus edificios y fortalezas eran todo adornado con oro y plata, también diamantes y piedras preciosas. Sus habitantes eran naturales y todos una sola familia, solamente Valles eran sus apellidos. Tenían un gobernante que ordenaba en ese pueblo.

Pero en ese tiempo dicen que no había camino como ahora, que tenían solo entrada y salida por dentro de los cerros, que iban al Cusco y a Kuélap, que visitaban al Inca.

Dicen que a ese pueblo no iba ninguna persona particular, al menos pobres no penetraban sin permiso del capazote. Y dicen que tenía el pueblo su luz propia de piedras muy brillantes que alumbraban a todo el pueblito; sus piletas y grifos de agua eran todo de oro: querían imitarlo a sus casas del Cuismanco antes de los incas.

Su costumbre era sin compasión y sin caridad, porque era una sola familia, un solo gremio. Se alimentaban casi solo de la caza y algunos frutos del campo.

En aquel tiempo, antes que se hiciera la hermosa laguna —dicen que conversaba una viejita llamada Tomasa Valle, que también era de ese pueblito, de la misma familia—, un día, como a las tres o cuatro de la tarde,

¹ Félix Valle, de trescientos años o algo más, era hijo de la vieja Tomasa. Se lo había contado a un señor shilico, Marcelino Chávez, de 90 años. El relato fue recogido por Raymundo Silva Chávez de Cortegana. (Nota del texto original).

pasó un viejito con su perrito por una calle, se dirigió al centro del pueblo, pidiendo, al que hallaba en sus casas, comida para su perrito. Y le negaban. Le decían:

—¡No hay para ti y qué será para tu perro más feo que vos!

Entonces ya se acercaba al centro, donde era más bonito el pueblo y le prohibieron los que vigilaban, porque para ahí no ingresaba ninguna persona particular, y qué sería un viejo inútil con perro. Entonces se regresó por la misma calle, y la señora que cuenta ya lo había visto pasar, pero no había hablado con ella. Entonces ya era más tarde, medio se hizo oscuro. Y llega a la señora y dice:

—¿Algo tiene de comidita que me venda para mí y mi perrito?

La señora no tenía nada, solo una gallina. Y le dice:

—Ahora no tengo nada, pero tengo esta gallinita. Lo pelaré al momento, espere un ratito...

El viejito le dijo:

—Ya va a llover en este momento.

La vieja tenía bien arriba su choza, sus animales medio lejos. El viejito le dijo:

—Agarra la gallina y ándate a matarlo arriba en tu choza, porque ahorita llueve y se tapa este pueblo maldito. Te vas sin mirar atrás, llegas a tu choza, pelas la gallina y las plumas no lo botes; la carne la metes en tu olla y me verás en la mañana por allí. No lo prepares para ahora. Pero rápido ándate arriba, ya se va a derramar la lluvia. En la mañana, antes de mirar la gallina que has pelado, ni mirar la casa de tu pueblo, mudas tus animales y haces tu caldo de otra cosa, no de la gallina. Tomando tu caldo sales de tu choza, miras tu pueblo cómo ha amanecido y te vuelves adentro a tu choza, miras las plumas y tu olla con la gallina. Verás la recompensa de los que no saben hacer caridad. Yo en ese momento llegaré para darte tu recompensa.

Así se acostó la señora pensando en lo que le había dicho el viejito. Y siempre oraba al Intiraymi y a Mamaquilla, que era el sol y la luna.

Antes que amaneciera ya estaba despierta. Rezó y se levantó. No miraba a su casa del pueblo. Se fue a sus animales, igual como le había dicho el viejito. Avanzó en todo para poder mirar su pueblo. Tomó su caldito y salió de su choza para mirar su casa. Y lo vio: era una sola laguna que hasta ahora permanece.

Lloró la vieja de pena y se fue a mirar la olla donde estaba la gallina pelada. Halló una bola de oro con todo olla. Miró a las plumas y era un montón todito de plata. La vieja no sabía qué hacerse, porque ella vivía sola, no tenía ni hijos ni criados.

En eso que se estaba acabando la vida apareció el viejito, pero ya sin su perro. Le dijo que no tuviera pena por su pueblo, que eso pasó porque la gente no tenía caridad. Le dijo:

—Ahora vos vivirás acá. Desde tu choza toda esta parte alta es para ti. Yo te lo doy porque yo soy el dueño, y vos por demostrar tu caridad te has salvado.

Le entregó todo el fundo de Corobamba. ¡Qué no lo podía andar para conocerlo su terreno!

Entonces el viejito se fue. Ya no quería comer nada.

La vieja se quedó en su hacienda. Dicen que vivió muchos años y tuvo dos hijos. A uno le dio la parte alta y al otro la parte baja. Pero la laguna siguió permaneciendo.

En esa laguna dicen que hay una sirena que cuando ya quiere tentar, canta en el canto de la laguna, pero muy bonito. Pero no lo entienden lo que dice en las canciones. Dicen que una vez se hundió una canoa con cazadores de peces; eran de familia rica. De eso no hace más de veinte años. Y solicitaron buenos nadadores para buscarlos. Vinieron de Holanda y de Alemania, pero no hallaron los cadáveres, solo hallaban rocas de oro. Que la laguna es muy profunda, que tiene brazos por dentro de la tierra.



A LA DERIVA

En el cuento «A la deriva», de Horacio Quiroga, el protagonista es mordido por una yaracacusú (un tipo de serpiente venenosa). Por eso, inicia inmediatamente un viaje procurando su salvación.

Ir a la deriva significa navegar o flotar a donde el viento o la corriente nos quieran llevar. Es decir, no tener el poder de fijar el rumbo. Imagina que le recomiendas este cuento a un amigo y te pregunta por el sentido del título, ¿qué le dirías?

Subraya en el cuento las descripciones de la pierna mordida por la serpiente. ¿Cómo crees que se ve esa pierna herida? Así como la has imaginado, ahora dibújala en el siguiente espacio.

¿Por qué crees que el protagonista no pide a su mujer que lo acompañe en la canoa?

UNA MADRE

Según lo que has leído, ¿quién es la madre a la que hace referencia el título del cuento de Fernando Romero?

Los cargadores de leña ven en ella a un animal peligroso. ¿Estás de acuerdo con que la maten? ¿Qué hubieras hecho tú?

¿Qué efecto causa en ti como lector la frase final del cuento?

FRRITT FLACC

En el cuento «Fritt Flacc», de Julio Verne, el protagonista es un médico. ¿Qué sentimientos te provoca la actitud del médico frente a las personas enfermas?

Explica por qué crees que el título del cuento es «Fritt Flacc».

Recuerda cómo termina el cuento. ¿Cómo influye la tormenta en el desenlace de la historia?



Relee el inicio de tres de los cuentos leídos hasta ahora:

«El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.»

«A la deriva», Horacio Quiroga

«Las crías la esperan. Tiene que volver al nido. Los hombres la odian, como si ella tuviera la culpa de que sus glándulas elaboraran veneno. Porque lo sabe comprende que arriesgará la vida si se atreve a reptar bajo los tambos ahora llenos de gente.»

«Una madre», Fernando Romero

«¡Frritt...!, es el viento que se desencadena.
¡Flacc...!, es la lluvia que cae a torrentes.
La mugiente ráfaga encorva los árboles de la costa volsiniana, y va a estrellarse contra el flanco de las montañas de Crimma. Las altas rocas del litoral están incesantemente roídas por las olas del vasto mar del Megalocride.»

«Frritt Flacc», Julio Verne

Observa que los tres se inician con una acción o situación que tiene que ver con el conflicto central del cuento: la mordedura de una serpiente, las crías que esperan que su madre vuelva, la descripción de una tormenta muy intensa. Los tres inicios intentan que el lector se interese por lo que va a pasar.

Ahora fíjate cómo empieza el relato «El gran pacto»:

«En tiempos de la hacienda, los trabajadores de Pomalca se sentían bien porque tenían su ficha de carne y pescado todos los días...».

Lo interesante de esta historia es el encuentro del dueño de la hacienda con el diablo para intercambiar el alma de un obrero por oro.

Imagina otro inicio a «El gran pacto» de manera que pueda despertar la curiosidad del lector desde el comienzo. Anota a continuación tu propuesta de inicio.

EL GRAN PACTO

Según el relato «El gran pacto», ¿cómo obtenían su riqueza los dueños de la hacienda Pomalca?

El diablo se describe en este relato como «una bestia negra en forma de pavo». Imagina una bestia de color negro con alguna similitud a un pavo. Ahora agrégale detalles. Recuerda que es el diablo. Imagina cómo son sus ojos, su cabeza, su nariz (si tiene una), su boca, sus extremidades, su cuerpo.

Redacta una descripción de ese diablo.







EL CORAZÓN DELATOR

1843

EDGAR ALLAN POE

(estadounidense)



Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio... ¡si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad procedí! ¡Con qué cuidado... con qué previsión... con qué disimulo me puse a la obra! Jamás fui más amable con el viejo que la semana antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacía yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una linterna sorda, cerrada, completamente cerrada, de manera que no se viera ninguna luz y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver cuán astutamente pasaba la cabeza! La movía lentamente... muy, muy lentamente, a fin de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora

entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta, hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Es que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto, abría la linterna cautelosamente... ¡oh, tan cautelosamente! Sí, cautelosamente iba abriendo la linterna (pues crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches... cada noche, a las doce... pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándole por su nombre con voz cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarle mientras dormía.

Al llegar la octava noche, procedí con mayor cautela que de costumbre al abrir la puerta. El minuterero de un reloj se mueve con más rapidez de lo que se movía mi mano. Jamás, antes de aquella noche, había *sentido* el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas lograba contener mi impresión de triunfo. ¡Pensar que estaba ahí, abriendo poco a poco la puerta, y que él ni siquiera soñaba con mis secretas intenciones o pensamientos! Me reí entre dientes ante esta idea, y quizá me oyó, porque le sentí moverse repentinamente en la cama, como si se sobresaltara. Ustedes pensarán que me eché hacia atrás... pero no. Su cuarto estaba tan negro como la pez, ya que el viejo cerraba completamente las persianas por miedo a los ladrones; yo sabía que le era imposible distinguir la abertura de la puerta, y seguí empujando suavemente, suavemente.

Había ya pasado la cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en el lecho, gritando:

—¿Quién está ahí?

Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Durante una hora entera no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama. Seguía sentado, escuchando... tal como yo lo había hecho, noche tras noche, mientras escuchaba en la pared los taladros cuyo sonido anuncia la muerte.

Oí de pronto un leve quejido, y supe que era el quejido que nace del terror. No expresaba dolor o pena... ¡oh, no! Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto la sobrecoge. Bien conocía yo ese sonido. Muchas noches, justamente a las doce, cuando el mundo entero dormía, surgió de mi pecho, ahondando con su espantoso eco los terrores que me

enloquecían. Repito que lo conocía bien. Comprendí lo que estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazón. Comprendí que había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando se movió en la cama. Había tratado de decirse que aquel ruido no era nada, pero sin conseguirlo. Pensaba: «No es más que el viento en la chimenea... o un grillo que chirrió una sola vez». Sí, había tratado de darse ánimo con esas suposiciones, pero todo era en vano. *Todo era en vano*, porque la Muerte se había aproximado a él, deslizándose furtiva y envolvía a su víctima. Y la fúnebre influencia de aquella sombra imperceptible era la que le movía a sentir —aunque no podía verla ni oírla—, a *sentir* la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Después de haber esperado largo tiempo, con toda paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna. Así lo hice —no pueden imaginarse ustedes con qué cuidado, con qué inmenso cuidado—, hasta que un fino rayo de luz, semejante al hilo de la araña, brotó de la ranura y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto de par en par... y yo empecé a enfurecerme mientras le miraba. Le vi con toda claridad, de un azul apagado y con aquella horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, como movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito.

¿No les he dicho ya que lo que toman erradamente por locura es solo una excesiva agudeza de los sentidos? En aquel momento llegó a mis oídos un resonar apagado y presuroso, como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido *también* me era familiar. Era el latir del corazón del viejo. Aumentó aún más mi furia, tal como el redoblar de un tambor estimula el coraje de un soldado.

Pero, incluso entonces, me contuve y seguí callado. Apenas si respiraba. Sostenía la linterna de modo que no se moviera, tratando de mantener con toda la firmeza posible el haz de luz sobre el ojo. Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. El espanto del viejo tenía que ser terrible. ¡Cada vez más fuerte, más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquel me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡Algún vecino podía escuchar aquel sonido! ¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me

precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarle al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.

Si ustedes continúan tomándome por loco dejarán de hacerlo cuando les describa las astutas precauciones que adopté para esconder el cadáver. La noche avanzaba, mientras yo cumplía mi trabajo con rapidez, pero en silencio. Ante todo descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, brazos y piernas.

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar... ninguna mancha... ningún rastro de sangre. Yo era demasiado precavido para eso. Una cuba había recogido todo... ¡ja, ja!

Cuando hube terminado mi tarea eran las cuatro de la madrugada, pero seguía tan oscuro como a medianoche. En momentos en que se oían las campanadas de la hora, golpearon a la puerta de la calle. Acudí a abrir con toda tranquilidad, pues ¿qué podía temer *ahora*?

Hallé a tres caballeros, que se presentaron muy civilmente como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la posibilidad de algún atentado. Al recibir este informe en el puesto de policía, habían comisionado a los tres agentes para que registraran el lugar.

Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado a la campaña. Llevé a los visitantes a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran *bien*. Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto. Les mostré sus caudales intactos y cómo cada cosa se hallaba en su lugar. En el entusiasmo de mis confidencias traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran *allí* de su fatiga, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo. Sentáronse y hablaron

de cosas comunes, mientras yo les contestaba con animación. Mas, al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos; pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso; seguía resonando y era cada vez más intenso. Hablé en voz muy alta para librarme de esa sensación, pero continuaba lo mismo y se iba haciendo cada vez más clara... hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía *dentro* de mis oídos.

Sin duda, debí de ponerme muy pálido, pero seguí hablando con creciente soltura y levantando mucho la voz. Empero, el sonido aumentaba... ¿y qué podía yo? Era *un resonar apagado y presuroso...*, *un sonido como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón*. Yo jadeaba, tratando de recobrar el aliento, y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido crecía continuamente. Me puse en pie y discutí sobre insignificancias en voz muy alta y con violentas gesticulaciones; pero el sonido crecía continuamente. ¿Por qué *no se iban*? Anduve de un lado a otro, a grandes pasos, como si las observaciones de aquellos hombres me enfurecieran; pero el sonido crecía continuamente. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía *hacer yo*? Lancé espumarajos de rabia... maldije... juré... Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del piso, pero el sonido sobrepujaba todos los otros y crecía sin cesar. ¡Más alto... más alto... *más alto!* Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡*Sabían...* y se estaban burlando de mi horror! ¡Sí, así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchen... más fuerte... más fuerte... más fuerte... *más fuerte!*

—¡Basta ya de fingir, malvados! —aullé—. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!



EL PODER DE LA INFANCIA

1912

LEÓN TOLSTÓI

(ruso)



iQue lo maten! ¡Que lo fusilen! ¡Que fusilen inmediatamente a ese canalla...! ¡Que lo maten! ¡Que corten el cuello a ese criminal! ¡Que lo maten, que lo maten...! —gritaba una multitud de hombres y mujeres, que conducía, maniatado, a un hombre alto y erguido. Este avanzaba con paso firme y con la cabeza alta. Su hermoso rostro viril expresaba desprecio e ira hacia la gente que lo rodeaba.

Era uno de los que, durante la guerra civil, luchaban del lado de las autoridades. Acababan de prenderlo y lo iban a ejecutar.

«¡Qué le hemos de hacer! El poder no ha de estar siempre en nuestras manos. Ahora lo tienen ellos. Si ha llegado la hora de morir, moriremos. Por lo visto, tiene que ser así», pensaba el hombre; y, encogiéndose de hombros, sonreía, fríamente, en respuesta a los gritos de la multitud.

—Es un guardia. Esta misma mañana ha tirado contra nosotros —exclamó alguien.

Pero la muchedumbre no se detenía. Al llegar a una calle en que estaban aún los cadáveres de los que el ejército había matado la víspera, la gente fue invadida por una furia salvaje.

—¿Qué esperamos? Hay que matar a ese infame aquí mismo. ¿Para qué llevarlo más lejos?

El cautivo se limitó a fruncir el ceño y a levantar aún más la cabeza. Parecía odiar a la muchedumbre más de lo que esta lo odiaba a él.

—¡Hay que matarlos a todos! ¡A los espías, a los reyes, a los sacerdotes y a esos canallas! Hay que acabar con ellos, en seguida, en seguida... —gritaban las mujeres.

Pero los cabecillas decidieron llevar al reo a la plaza.

Ya estaban cerca, cuando de pronto, en un momento de calma, se oyó una vocecita infantil, entre las últimas filas de la multitud.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba un chiquillo de seis años, llorando a lágrima viva, mientras se abría paso, para llegar hasta el cautivo—. Papá, ¿qué te hacen? ¡Espera, espera! Llévame contigo, llévame...

Los clamores de la multitud se apaciguaron por el lado en que venía el chiquillo. Todos se apartaron de él, como ante una fuerza, dejándolo acercarse a su padre.

—¡Qué simpático es! —comentó una mujer.

—¿A quién buscas? —preguntó otra, inclinándose hacia el chiquillo.

—¡Papá! ¡Déjenme que vaya con papá! —lloriqueó el pequeño.

—¿Cuántos años tienes, niño?

—¿Qué van a hacer con papá?

—Vuelve a tu casa, niño, vuelve con tu madre —dijo un hombre.

El reo oía ya la voz del niño, así como las respuestas de la gente. Su cara se tornó aún más taciturna.

—¡No tiene madre! —exclamó, al oír las palabras del hombre.

El niño se fue abriendo paso hasta que logró llegar junto a su padre; y se abrazó a él.

La gente seguía gritando lo mismo que antes: «¡Que lo maten! ¡Que lo ahorquen! ¡Que fusilen a ese canalla!»

—¿Por qué has salido de casa? —preguntó el padre.

—¿Dónde te llevan?

—¿Sabes lo que vas a hacer?

—¿Qué?

—¿Sabes quién es Catalina?

—¿La vecina? ¡Claro!

—Bueno, pues..., ve a su casa y quédate ahí... hasta que yo... hasta que yo vuelva.

—¡No; no iré sin ti! —exclamó el niño, echándose a llorar.

—¿Por qué?

—Te van a matar.

—No. ¡Nada de eso! No me van a hacer nada malo.

Despidiéndose del niño, el reo se acercó al hombre que dirigía a la multitud.

—Escuche; máteme como quiera y donde le plazca; pero no lo haga delante de él —exclamó, indicando al niño—. Desátame por un momento y cójame del brazo para que pueda decirle que estamos paseando, que es usted mi amigo. Así se marchará. Después..., después podrá matarme como se le antoje.

El cabecilla accedió. Entonces, el reo cogió al niño en brazos y le dijo:

—Sé bueno y ve a casa de Catalina.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Ya ves, estoy paseando con este amigo; vamos a dar una vuelta; luego iré a casa. Anda, vete, sé bueno.

El chiquillo se quedó mirando fijamente a su padre, inclinó la cabeza a un lado, luego al otro, y reflexionó.

—Vete; ahora mismo iré yo también.

—¿De veras?

El pequeño obedeció. Una mujer lo sacó fuera de la multitud.

—Ahora estoy dispuesto; puede matarme —exclamó el reo, en cuanto el niño hubo desaparecido.

Pero, en aquel momento, sucedió algo incomprensible e inesperado. Un mismo sentimiento invadió a todos los que momentos antes se mostraron crueles, despiadados y llenos de odio.

—¿Saben lo que les digo? Deberían soltarlo —propuso una mujer.

—Es verdad. Es verdad —asintió alguien.

—¡Suéltelo! ¡Suéltelo! —rugió la multitud.

Entonces, el hombre orgulloso y despiadado que aborreciera a la muchedumbre hacía un instante se echó a llorar; y, cubriéndose el rostro con las manos, pasó entre la gente, sin que nadie lo detuviera.



SALOMÓN Y AZRAEL

aproximadamente 1273

YALAL AL-DIN RUMI

(persa)



Un hombre vino muy temprano a presentarse en el palacio del profeta Salomón, con el rostro pálido y los labios descoloridos. Salomón le preguntó:

—¿Por qué estás en ese estado?

Y el hombre le respondió:

—Azrael, el ángel de la muerte, me ha dirigido una mirada impresionante, llena de cólera. ¡Manda al viento, por favor te lo suplico, que me lleve a la India para poner a salvo mi cuerpo y mi alma!

Salomón mandó, pues, al viento que hiciera lo que pedía el hombre. Y, al día siguiente, el profeta preguntó a Azrael:

—¿Por qué has echado una mirada tan inquietante a ese hombre, que es un fiel? Le has causado tanto miedo que ha abandonado su patria.

Azrael respondió:

—Ha interpretado mal mi mirada. No lo miré con cólera, sino con asombro. Dios, en efecto, me había ordenado que fuese a tomar su vida en la India, y me dije: ¿Cómo podría, a menos que tuviese alas, trasladarse a la India?

¿De quién huyes tú? ¿De ti mismo?

Eso es algo imposible.

Más vale poner uno su confianza en la verdad.



EL VERDUGO

aproximadamente 1950

ARTHUR KOESTLER

(húngaro)



Cuenta la historia que había una vez un verdugo llamado Wang Lun, que vivía en el reino del segundo emperador de la dinastía Ming. Era famoso por su habilidad y rapidez al decapitar a sus víctimas, pero toda su vida había tenido una secreta aspiración jamás realizada todavía: cortar tan rápidamente el cuello de una persona que la cabeza quedara sobre el cuello, posada sobre él. Practicó y practicó y finalmente, en su año sesenta y seis, realizó su ambición.

Era un atareado día de ejecuciones y él despachaba cada hombre con graciosa velocidad; las cabezas rodaban en el polvo. Llegó el duodécimo hombre, empezó a subir el patíbulo y Wang Lun, con un golpe de su espada, lo decapitó con tal celeridad que la víctima continuó subiendo. Cuando llegó arriba, se dirigió airadamente al verdugo:

—¿Por qué prolongas mi agonía? —le preguntó—. ¡Habías sido tan misericordiosamente rápido con los otros!

Fue el gran momento de Wang Lun; había coronado el trabajo de toda su vida. En su rostro apareció una serena sonrisa; se volvió hacia su víctima y le dijo:

—Tenga la bondad de inclinar la cabeza, por favor.



ROMANCE DEL ENAMORADO Y LA MUERTE

siglo XVI

Poema anónimo

versión de Ramón Menéndez Pidal

(español)



Un sueño soñaba anoche,
soñito del alma mía,
soñaba con mis amores,
que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora tan blanca,
muy más que la nieve fría.
—¿Por dónde has entrado, amor?
¿Cómo has entrado, mi vida?,
las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.
—No soy el amor, amante:
la Muerte que Dios te envía.
—¡Ay, Muerte tan rigurosa,
déjame vivir un día!
—Un día no puede ser,
una hora tienes de vida.

Muy deprisa se calzaba,
más de prisa se vestía;
ya se va para la calle,
en donde su amor vivía.
—¡Ábreme la puerta, blanca,
ábreme la puerta, niña!
—¿Cómo te podré yo abrir
si la ocasión no es venida?
Mi padre no fue al palacio,
mi madre no está dormida.
—Si no me abres esta noche,
ya no me abrirás, querida;
la Muerte me está buscando,
junto a ti vida sería.
—Vete bajo la ventana
donde labraba y cosía,
te echaré cordón de seda
para que subas arriba,
y si el cordón no alcanzare
mis trenzas añadiría.

La fina seda se rompe;
la Muerte que allí venía:
—Vamos, el enamorado,
que la hora ya está cumplida.



EL CORAZÓN DELATOR

«El corazón delator» es un cuento narrado por el mismo protagonista. Él simula conversar con alguien y contarle cómo asesinó a un anciano. ¿Cuál es la razón que da para asesinarlo? ¿Qué opinas sobre este motivo?

El protagonista ha pensado muy bien su plan. ¿Qué hace que se ponga nervioso y confiese su crimen?

EL PODER DE LA INFANCIA

En el cuento «El poder de la infancia», un guardia que ha disparado contra los pobladores durante la guerra civil va a ser ejecutado. Cuando lo atrapan, ¿se arrepiente de lo que ha hecho?, ¿qué es lo que piensa?

¿Por qué pide el reo que lo suelten un momento?

Explica por qué el cuento «El poder de la infancia» se titula así.

SALOMÓN Y AZRAEL

En el minicuento «Salomón y Azrael», un hombre se asusta de Azrael. ¿Por qué?

Salomón, con buena intención, desea ayudar al hombre que va a su palacio, ¿su auxilio tuvo resultados positivos?

Si te sugieren cambiar el título del cuento, ¿qué título le pondrías?, ¿por qué?

EL VERDUGO

En el minicuento «El verdugo», el protagonista trata de perfeccionarse en su oficio. Dado que es un verdugo, ¿qué sensación te provoca la meta personal que se trazó?

Cuando el verdugo dice: «Tenga la bondad de inclinar la cabeza, por favor», ¿qué crees que suceda con el hombre del patíbulo?



ROMANCE DEL ENAMORADO Y LA MUERTE

En el poema «Romance del enamorado y la Muerte», una señora muy blanca visita al protagonista en sueños. Esta señora no es otra que la muerte. ¿Por qué crees que la describe tan blanca y más fría que la nieve?

Explica qué tienen en común el minicuento «Salomón y Azrael» y el poema «Romance del enamorado y la Muerte».

De los últimos cinco textos que has leído, solo en uno sale la muerte derrotada. Observa que en ese cuento se ha incluido mucho diálogo. Ahora prueba tú redactar tu propio cuento. Haz que el amor de una persona salve de la muerte a otra. Trata de utilizar bastante diálogo.







LA CREACIÓN DEL MUNDO

1975

ANTONIO GÁLVEZ RONCEROS

(peruano)

Dicen quial pirncipio e toa las cosas la Tierra etaba vacía y se conjundía con el fimamento en una ocuridá muy prieta. Pero elepíritu de Dio, que año tras año veía dede ariba lo mimo, no aguantó má y se vino volando a hacé las cosas. Entonce dijo: «Que brote la lu». Y la lu brotó. Y como vio que la lu era güena, la desayuntó de la ocuridá y a eta la mandó a que juera a viví a ota padte. Y a la lu la llamó día y a la ocuridá noche. Eto pasó en un solo día, en el pirmé día de la vida del mundo.

Como antes too dede ariba hata abajo era purita agua, el segundo día Dio ordenó: «Quiedo que apareca el fimamento en medio de esagua pa que un poco se vaya pariba y oto poco pabajo, que no puee sé quiande pegá too el tiempo». Y así jue: apadeció el fimamento metiéndose con juerza entre elagua y aventó una padte pariba y ota padte pabajo. Y al fimamento Dio le llamó cielo.

El tercé día Dio miró pa un lao y vio que lasaguas diabajo andaban haciendo su guto, yéndose pallá y pacá, ponde les daba la gana. Entonce dijo: «Quiacen deparramá esasaguas diabajo. Que siamontonen en un mimo sitio». Y lasaguas diabajo dieron un respingo de suto y corieron a amontonarse dejando mucho lugare seco. Y sin pensalo má, Dio le llamó tierra a lo seco y mare al montón diagua.

Entonce, viendo que la tierra seguía pelá como una pampa, dijo: «Que horita mimo eta tierra se preñe de yerbas y plantas con semías y jrutos». Y comenzaron a brotá rapidito toa clase e yerbas y plantas, que abrieron su semías y su jrutos. Y así aparecieron sobe la tierra el frijón, el pallá, la yuca, el camote, la guayaba y lo demás jrutos que dan la plantas pa quel hombe coma.

El cuato día Dio miró pariba y meneó la cabeza. «Eto sigue regüerto», dijo. Entonce ordenó: «Que aparecan candelas en el cielo pa que alumben la

Tiera y se distinga el día de la noche». Y el día tuvo así una candela grande y la noche unas candelitas chiquitas. Y a la candelaza le llamó sol y a las candelitas, etrellas. Pero la noche se quejó: «Señó, esas mandelitas náaa me alumban y a mí me da ñiedo la ocuridá». Entonce, pa que la noche no juera muy prieta, Dio le prendió una candela má chica quel sol, que llamó luna. Y así el día y la noche, que aparecían cuando querían, se enderezaron y sivieron pa que nacieran las etacione y los años.

El quinto día, viendo que toavía naa se movía ni en elagua ni en el aire, mandó Dio: «Que se llenen dianimale lasaguas y el fimamento y que se ayuntan entrellos pa que aumenten como cuyes». Y no bien aparecieron los pescao y lasaves, comenzaron a ayuntase rapidito pa cumplí con lo que Dio había ordená. Y así aletiaron en la mar toa clase e pescao, ya sea pejerreye, chauchía, lorna, bonito, pejiouja, toyo, mojarría y otos má. Y en el aire comenzaron a volá pájaros comuel chaucato, el pichío, el cuccho, el cernícalo y la lechuza y tamién insectos comuel tábano, de coló azulprieto, que empezó a zumbá po lo corrale de buros, y el zancudo, que se puso a tocá su pitito.

Y llegando el seto día dijo Dio: «Y ahoda qué fartra». Y se puso a mirá po aquí y po allá, bucando lo que fartraba. Y viendo que lo seco taba muy quieto, que naa en él se movía, paró de mirá y dijo: «Ah, ya sé». Entonce mandó: «Que la tiera se llene dianimale, sean de do, cuatro y má patas; unos con diente, otos sin diente; animale con güeso, animale sin güeso; unos de pelo, otos de pellejo; animale con cacho, animale sin cacho; unos con uña, otos con casco..., toa clase dianimale e tiera». Dicho y hecho: la tiera empezó a llenase de ruidos, de güellas y de guitos, po la tendalaa dianimale y alimaña que aparecieron. Ahi taban el chivo locón y la vaca tetona; el buro con su mujé la bura, dumiendo paraos; la mula, medio agaritaa, mirando el aire sin entendé po qué taba ahí; el sapo bocón, con susojos de bulto; el caballo y la yegua, temblando po cuadquié cosa; la araña, con su poto redondo y birllante: el gusano, doblándose y arastrándose pa avanzá su camino; la víbora, de lengua partía y ojos malinos; la lagartija, mirando asutá, epantándose de su mimo ruido; el buey, con su pecuezo e tronco; el alacrán, de codos palante y lanceta patrás...

«Güeno», dijo Dio, «ahoda hay que hacé al hombre». Y lo hizo. Y dicen que lo hizo a su mima apadiencia, como Dio mimo era. Y entonce le dijo que luabía hecho pa que dominara a los pescao, a lasaves y a cuantos animale se movían sobe la tiera, y que debía aporvechase dellos, que no juera zonzó, que podía comé los que se podían comé y ayudase con los que podían ayudá, y que ahí tamién tenía las semías y los jrutos de las plantas pa que le hicieran porvecho. Entonce el hombre comenzó a servirse dianimale y plantas. De

la mar sacó y comió pescao, y siempre había má, sin que siacabaran; agadó y comió los jrutos de las plantas y pa que no siacabaran aprendió a sembrá las semías en la tierra. El buro jue güeno pa la carga, la mula y el buey pa jalá troncos y pedrones y pa ará la tierra, el caballo y la yegua pa montalos. Y pa tené caine a la mano, el hombre crió gaínas, patos, palomas, cuyes y chivos. Y crió perros, que ladraran en la noche...

Pero Dio no solo liabló al hombre. Ese día liabló tamién a lo animale que se movían en la tierra y en el aire. De modo que cuando les dijo: «Tamién a utede, ánimoale e tierra y animale diaire y too los que etán sobe la tierra, les doy pa su comía la yerba que brota e la tierra», comenzaron a jorese entrellos y de yapa a joré tamién al hombre, como si hubieran etao eperando noma que Dio les hablara pa desatase en jorienda. El cernícalo siaventó dede arriba sobe lo poítos y toa clase e pájaro pa carnialos; el alacrán levantó su lance-ta; el zancudo se metió po la orejas del hombre y los cuadrúpedo a chupales la sangre; la araña reculó, tejió su trampa de hilo y se quedó quieta, eperando que senredara algún animalito voladó o que asomara el hombre pa vaciale su veneno; el sapo y la lechuza salieron en la noche a comé animalitos enteros; lo tábanos se prendieron de las heridas de mulas y buros y se pusieron a ecarbalas hata fomá matadura; se enrolló la víbora bucando que tragase algún animá pequeño y el hombre tuvo que apartase de su mordico lleno e veneno; la mula se puso terca; el buro quiso pisá bura preñá; el chivo pisoteó los sembrao; al gusano se le dio po comese lo brotes; el buey y la vaca querían corniá; el caballo y la yegua dale con queré tumbá al hombre... Entonce el hombre deconfió de lo animale y tuvo que aprendé a cuidase dellos.

Dio etaba muy cansao de too lo que había hecho en lo sei días. Y como ya no quedaba naa po hacé, el día siete decansó. Depué se jue, desapareció, no se sabe aónde.

Dicen, pue, quel mundo y el hombre aparecieron po la voluntá de Dio. Humm... Si será verdá.



EL REGALO

1959

RAY BRADBURY
(estadounidense)



Mañana sería Navidad, y aun mientras viajaban los tres hacia el campo de cohetes, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo por el espacio del niño, su primer viaje en cohete, y deseaban que todo estuviese bien. Cuando en el despacho de la aduana los obligaron a dejar el regalo, que excedía el peso límite en no más de unos pocos kilos, y el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban la fiesta y el cariño.

El niño los esperaba en el cuarto terminal. Los padres fueron allá, murmurando luego de la discusión inútil con los oficiales interplanetarios.

—¿Qué haremos?

—Nada, nada. ¿Qué podemos hacer?

—¡Qué reglamentos absurdos!

—¡Y tanto que deseaba el árbol!

La sirena aulló y la gente se precipitó al cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar, y el niño entre ellos, pálido y silencioso.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo el padre.

—¿Qué?... —preguntó el niño.

Y el cohete despegó y se lanzaron hacia arriba en el espacio oscuro.

El cohete se movió y dejó atrás una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, un 24 de diciembre de 2052, subiendo a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Durmieron durante el resto del primer «día». Cerca de medianoche, hora terráquea, según sus relojes neoyorquinos, el niño despertó y dijo:

—Quiero mirar por el ojo de buey.

Había un único ojo de buey, una «ventana» bastante amplia, de vidrio tremendamente grueso, en la cubierta superior.

—Todavía no —dijo el padre—. Te llevaré más tarde.

—Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.

—Quiero que esperes por un motivo —dijo el padre.

El padre había estado despierto, volviéndose a un lado y a otro, pensando en el regalo abandonado, el problema de la fiesta, el árbol perdido y las velas blancas. Al fin, sentándose, hacía apenas cinco minutos, creyó haber encontrado un plan. Si lograba llevarlo a cabo este viaje sería en verdad feliz y maravilloso.

—Hijo —dijo—, dentro de media hora, exactamente, será Navidad.

—Oh —dijo la madre consternada. Había esperado que, de algún modo, el niño olvidaría.

El rostro del niño se encendió. Le temblaron los labios.

—Ya lo sé, lo sé. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron...

—Sí, sí, todo eso y mucho más —dijo el padre.

—Pero... —empezó a decir la madre.

—Sí —dijo el padre—. Sí, de veras. Todo eso y más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo en seguida.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

—Ya es casi la hora.

—¿Puedo tener tu reloj? —preguntó el niño.

Le dieron el reloj y el niño sostuvo el metal entre los dedos: un resto del tiempo arrastrado por el fuego, el silencio y el movimiento insensible.

—¡Navidad! ¡Ya es Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

—A eso vamos —dijo el padre y tomó al niño por el hombro.

Salieron de la cabina, cruzaron el pasillo, y subieron por una rampa. La madre los seguía.

—No entiendo.

—Ya entenderás. Hemos llegado —dijo el padre.

Se detuvieron frente a la puerta cerrada de una cabina.

El padre llamó tres veces y luego dos, en código.

La puerta se abrió y la luz llegó desde la cabina y se oyó un murmullo de voces.

—Entra, hijo —dijo el padre.

—Está oscuro.

—Te llevaré de la mano. Entra, mamá.

Entraron en el cuarto y la puerta se cerró, y el cuarto estaba, en verdad, muy oscuro. Y ante ellos se abría un inmenso ojo de vidrio, el ojo de buey, una ventana de un metro y medio de alto y dos metros de ancho, por la que podían ver el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás, el padre y la madre se quedaron también sin aliento, y entonces en la oscuridad del cuarto varias personas se pusieron a cantar.

—Feliz Navidad, hijo —dijo el padre.

Y las voces en el cuarto cantaban los viejos, familiares villancicos; y el niño avanzó lentamente y aplastó la nariz contra el vidrio frío del ojo de buey. Y allí se quedó largo rato, mirando, mirando simplemente el espacio, la noche profunda, y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas...



A MARGARITA DEBAYLE

1908

RUBÉN DARÍO

(nicaragüense)



Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento.

*

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes.
Un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti.
Cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
¿y qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?»

La princesa no mentía,
y así, dijo la verdad:
«Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad».

Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar».

Y dice ella: «No hubo intento:
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento
fui a la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver».

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en Mí».

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

*

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.



LA CREACIÓN DEL MUNDO

Tradición oral bora

Esto sucedió así: en un tiempo existió un ser del que nadie hasta el día de hoy conoce el origen. Un ser formado de la nada. No se sabe si nació de alguien o se formó por su cuenta. Se llama *Mépiivyeji Niimúhe*, Dios creador del mundo.

Al principio, *Mépiivyeji Niimúhe* no sabía dónde se encontraba. Él existía cuando no había tierra, ni luz, ni día, solamente había agua y aire. Eso era todo. Entonces, como él era poderoso, mandó que existieran todas esas cosas que conocemos ahora.

Como era Dios, formaba todas las cosas como debían ser.

Nuestros antepasados cuentan que *Mépiivyeji Niimúhe* empezó a trabajar formando la tierra. Esta era pequeña, tan pequeña como el caparazón del cangrejo. Con su propio poder, mandaba que la tierra vaya creciendo poco a poco. A esta tierra la llamó *Mépiivyeji iinúji*, que quiere decir «tierra donde muchos nacen», «donde nosotros nacemos» o «donde nos hemos creado».

Sobre esta tierra, él formó el tabaco, que era tan pequeño que se encontraba solo en el suelo; la hoja del tabaco era como la escama de un pecesito, no se sabía si iba a crecer o si iba a morir. Este tabaco representaba al hombre. A su costado creció otra planta de tabaco que simbolizaba a los animales.

Estas dos plantas de tabaco iban creciendo poco a poco. A medida que la tierra se iba agrandando, estas se desarrollaban. Así se iban formando las montañas, las plantas y los árboles frutales. Pero había un solo árbol para alimentar, se llamaba el árbol de la vida. Este árbol tenía todos los frutos que se hicieron para comer.

Al mismo tiempo, *Mépiivyeji Niimúhe*, Dios creador del mundo, juntó la tierra con el agua y modeló los peces. Cuando formó la tierra, creó toda clase de plantas, árboles, animales, aves e insectos. Él veía que todas las cosas que había constituido estaban bien hechas.

Mépiivyeji Niimúhe se dio cuenta que no había luz y no existía el día. Él dijo que en nombre de la chicharra se hiciera la luz y el sol. Al instante la luz comenzó a iluminar la tierra de tal manera que ya se podía observar nítidamente los animales, peces y toda clase de plantas comestibles. Viendo todo esto, *Mépiivyeji Niimúhe* dijo:

—Como ya he creado estos elementos: tierra, árboles, animales, agua, quizá sería bueno formar también a un ser como yo, a mi imagen y semejanza. Este ser se beneficiará de todas las cosas que he creado.

Entonces *Mépiivyeji Niimúhe*, Dios creador del mundo, formó al hombre y, después de crearlo, sopló sobre las hojas de la planta de tabaco que representaba a la gente. Él hizo al hombre frotando los palos de tabaco y lo llamó *Meóóvete Niimúhe*, padre de todos los alimentos.

Así sucedió.



EL GIGANTE IWA Y MACHÍN, EL MONO BLANCO

Tradición oral aguaruna

Antiguamente el gigante Iwa comía gente. Exterminaba a los aguarunas y huambisas del Alto Marañón. Nadie podía con él. Y entonces Machín, el travieso mono blanco, quiso salvar a los aguarunas y huambisas. Al Machín siempre le gusta hacer bromas.

Un día Machín se fue al interior del bosque y junto a un barranco profundo sembró un árbol de *yaásu*¹ cerca del camino por donde todos los días pasaba el gigante Iwa. Pronto creció el árbol y maduraron sus frutos. Otros aguarunas cuentan que Machín sopló o escupió a un árbol del monte cualquiera y ese árbol se convirtió en caimito cargado de frutos.

Cuando Iwa se acercaba por la trocha, Machín se subió al árbol y lo llamó diciendo:

—Oye, compadre Iwa, detente un rato y ven a gustar estos frutos de caimito, que son muy sabrosos. Son más sabrosos aun que la carne de los aguarunas y huambisas que tú acostumbras comer.

Como Iwa no podía pasar, pues le separaba un barranco, dijo:

—¿Por dónde paso, Machín?

—Espérame ahí, no te muevas, que te voy a llevar unas frutas de caimito para que pruebes.

Y diciendo esto, Machín, el mono blanco, se descolgó por un bejuco que colgaba del árbol y de unos cuantos saltos llegó a donde estaba Iwa.

—Toma, come caimito —dijo Machín.

A Iwa le agradó la fruta. Dijo:

¹ Yaásu: es el árbol llamado caimito que produce una fruta del mismo nombre muy sabrosa y carnosa, pero que deja los labios pegajosos.

—Está buena. Dame más caimito para mí y mi familia.

—Sube tú mismo a cogerla.

Decía Machín con malicia. Pero Iwa respondía:

—Yo no puedo subir arriba.

Machín le dice:

—Mira, llévate estos pocos frutos de caimito para que des a probar a tu mujer y a tus hijos, y mañana te vienes con tu familia a llevarte todos los que quieras. Tráete bastantes canastas para que te las lleves llenas. Mientras tanto, yo mismo voy a prepararte un buen puente para que puedan tú y tu familia pasar este barranco y subir al árbol sin dificultad.

Apenas se hubo ido el gigante Iwa a avisar a su familia, Machín preparó un puente de bejucos y lianas que atravesaba el barranco. Abajo corría entre peñascos una quebrada de aguas transparentes de color sangre llamada *Numpatken*.

Al día siguiente, desde muy temprano, Machín, el travieso mono blanco, tenía todo preparado y estaba bien alegre saltando y esperando que llegase el gigante Iwa. Por fin apareció al otro lado del barranco con toda su familia. Cada uno traía colgando a su espalda una canasta de *tamshi*².

—Compadre, dame permiso, vengo a llevar caimito con mi mujer y con todos mis hijos. ¿Ya preparaste el puente?

Así habló Iwa. Machín le contestó:

—Sí, ya está listo. Yo voy a probarlo para que veas que es resistente.

Y diciendo así corriendo y saltando Machín pasó el puentecillo sin dificultad. Lo probó tanteándolo todo. Dijo:

—Está bueno, compadre. Puedes pasar sin dificultad. Cuando llegas al medio me avisas.

Entonces el gigantesco Iwa comienza a pasar el puente de bejucos y lianas. Su mujer y sus hijos iban detrás llevando sus canastas. Iwa al llegar al centro dice:

—¡Ya estamos en medio del puente! ¡Ya llegamos!

Entonces, Machín pasó la voz a unas ardillas que tenía avisadas de antemano para que royeran los bejucos y lianas. Las ardillas *kunám* y *waiwásh*, y las pequeñas ardillas *wichin*, aserraban con sus muelas los bejucos y lianas del puente. Rápidamente quedó trozado. Y el puente se desplomó precipitando a todos los Iwa al barranco. Los Iwa al caer chocaron contra los peñascos de la correntosa quebrada y murieron hechos pedazos.

2 Tamshi: liana muy resistente y fuerte que se utiliza para amarrar los palos y vigas en la construcción de las viviendas, para sujetar las canoas en las orillas, fabricar canastas, etc.

Para asegurarse de la muerte de todos, el mono blanco Machín se bajó del árbol del caimito con cuidado y con un palo fracturaba las cabezas de los lwas muertos. Después buscando encontró al gigante Iwa y le sacó los sesos, y Machín se los puso en su cabeza. Desde entonces el mono blanco tiene la cabeza grande y piensa como gente.

Machín se marchó llorando a grandes gritos. Por gusto lloraba y fingía como que estaba triste y asustado. Porque temía que alguno de la familia Iwa hubiese sobrevivido y le culpase de la muerte del gigante Iwa y de su numerosa familia.

Pero todos estaban bien muertos y él, Machín, el mono blanco del Alto Marañón, era el único realmente vivo.



LA JOVEN, EL JOVEN, LA SUEGRA Y LAS ALPACAS

Tradición oral de Caylloma
narrada por Alejo Maque Capira

Hace mucho tiempo vivía en una estancia una joven que tenía una cantidad enorme de alpacas. Vivía sola con su mamá, no tenía esposo. Tenía un vecino que a su vez era un joven soltero.

La madre de esta joven era una mujer muy mala y de ninguna manera quería que la joven se casara.

Un día, el joven vecino —que era un pobre campesino que pasteaba animales ajenos— se conoció con la joven mientras pasteaban los animales. Allí deseó que la joven fuera su mujer. Así, empezaron a amarse a escondidas y la joven quedó embarazada.

Bueno, ¿pero por qué esta joven poseía esa cantidad tan grande de alpacas? Por lo siguiente: del lugar denominado «Mama-Qucha»¹ salieron, destinadas para esa joven, unas alpacas sagradas, llamadas «Khuya». Y también le fue enviado a la joven un hermoso tamborcito o caja.

Mientras las pasteaba, al tocar la joven ese instrumento, las alpacas «Khuyas» se reproducían enormemente. La Mama-Qucha también habría ordenado, siendo que la joven ya tenía hombre, que el hijo que tuviera fuese una rana.

Así, la joven dio a luz una rana. El niño-rana no debía ser visto ni por el joven ni por la madre de ella.

Una vez que dio a luz ya no salía a pastear, sino permanecía todo el día en la casa cuidando a su hijo-rana. Por otro lado, el joven comenzó a hacer continuos viajes. Y las alpacas, por sí mismas, salían de los corrales

1 «Mama-Qucha»: en quechua «Laguna-Madre», laguna situada en las alturas de Chivay.

donde dormían, y sin que nadie les ordene iban a comer a los bofedales. Cuando atardecía, la joven tocaba su instrumento que sonaba «tin, tin, tin». Al escucharlo, las alpacas por ellas mismas se reunían y regresaban en tropel a los sitios donde dormían.

La mamá de la joven, que vivía en otra casa, ya sabía que su hija se había juntado con ese muchacho y también que había quedado embarazada, aunque no la vio dar a luz. Como ya no veía a su hija pensó:

«¿Por qué será que mi hija ya no sale a pastear? ¡Tanto se habrá encañado con su hijo que está todo el día cuidándolo en la casa!».

Pensando esto, un día la engañó:

—¡Oye, hija! ¡Los ladrones están arreando a las alpacas! —le dijo.

Al escuchar esto, la joven se apuró para ir ver a las alpacas; a su hijo lo envolvió con cariño en una manta y lo dejó en la casa.

Mientras, la madre de la joven entró a la casa a ver al niño. Al desenvolver la manta encontró una rana, entonces la mató aplastándola con una piedra.

Cuando las alpacas supieron la muerte de la rana, todas se fueron a la Mama-Qucha. Así, de la misma forma como salieron, desaparecieron allí. La joven, tras eso, desapareció igualmente en la Laguna-Madre siguiendo a las alpacas. También los manantiales de los bofedales se secaron. Y se dice que, por eso, ahora llueve poco.

Hay unas pocas creencias que guardan muchos secretos acerca de la vida de las alpacas. Si desaparecieran, también desaparecerían las mismas alpacas.

Así como este, hay bastantes cuentos tanto sobre alpacas, como personas, como ranas.



LA CREACIÓN DEL MUNDO

En el relato «La creación del mundo», de Gálvez Ronceros, ¿por qué se dice que Dios creó la luz?

En este relato se procura reproducir el modo de hablar de los peruanos afrodescendientes que habitan en la zona rural de Chincha. Observa esta cita:

«El tercé día Dio miró pa un lao y vio que lasaguas diabajo andaban haciendo su guto, yéndose pallá y pacá, ponde les daba la gana. Entonce dijo: “Quiacen deparra- má esasaguas diabajo. Que siamontonen en un mimo sitio”. Y lasaguas diabajo dieron un respingo de suto y corieron a amontonase dejando mucho lugare seco. Y sin pensalo má, Dio le llamó tierra a lo seco y mare al montón diagua.»

Si no entiendes bien el texto, trata de leerlo en voz alta. Luego, reescríbelo tratando de adaptarlo a tu modo de hablar. ¿Qué te parece el resultado?

El final del relato tiene un poco de humor. Leemos cómo todos los animales se devoran y acosan unos a otros, incluido al ser humano. ¿Crees que así sucede en el mundo real? Puedes emplear ejemplos de situaciones que hayas visto o escuchado.

EL REGALO

«El regalo» es un relato ambientado en el futuro. Sin embargo, la tradición de festejar la Navidad sigue vigente. ¿Por qué quitan a los protagonistas su árbol de Navidad?

Explica en tus propias palabras cómo se siente el padre ante esta situación.

Al final del cuento, ¿qué reemplaza al árbol de Navidad que el papá había prometido a su hijo?

¿La idea del padre de reemplazar el árbol te parece adecuada?, ¿cómo es que reacciona el niño de la historia?

LA CREACIÓN DEL MUNDO

El mito bora titulado «La creación del mundo» se parece al relato de la *Biblia* acerca del origen del universo. En la *Biblia*, el hombre es hecho de barro. En el mito bora, tanto la tierra, los animales y plantas, como los seres humanos, están hechos de la planta del tabaco. Investiga acerca de esta planta y explica por qué crees que en ese mito el tabaco es la materia prima de todo.



EL GIGANTE IWA Y MACHÍN, EL MONO BLANCO

En el relato «El gigante Iwa y Machín, el mono blanco», se cuenta de una trampa que le tiende el mono a Iwa y a toda su familia. ¿Por qué le quiere tender esa trampa?

¿Cómo imaginas que será el gigante Iwa? Dibújalo en alguna situación que te presente el relato.



LA JOVEN, EL JOVEN, LA SUEGRA Y LAS ALPACAS

El relato «La joven, el joven, la suegra y las alpacas» contiene muchos hechos sobrenaturales. Menciona tres de ellos.

Como muchas leyendas, esta también trata de explicar una realidad. En este caso, porqué hay tan pocas alpacas y no hay muchos manantiales ni bofedales. Según el relato, ¿a qué se debe esta situación?





WARMA KUYAY

1933

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

(peruano)

Noche de luna en la quebrada de Viseca.
*Pobre palomita por dónde has venido,
buscando la arena por Dios, por los suelos.*
—¡Justina! ¡Ay, Justinita!
*En un terso lago canta la gaviota,
memorias me deja de gratos recuerdos.*

—¡Justinay, te pareces a las torcazas de Sausiyok'!

—¡Déjame, niño, anda donde tus señoritas!

—¿Y el Kutu? ¡Al Kutu le quieres, su cara de sapo te gusta!

—¡Déjame, niño Ernesto! Feo, pero soy buen laceador de vaquillas y hago temblar a los novillos de cada zurriago. Por eso Justina me quiere.

La cholita se rio, mirando al Kutu; sus ojos chispeaban como dos luceros.

—¡Ay, Justinacha!

—¡Sonso, niño, sonso! —habló Gregoria, la cocinera.

Celedonia, Pedrucha, Manuela, Anitacha... soltaron la risa; gritaron a carcajadas.

—¡Sonso, niño!

Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda, con la musiquita de Julio, el charanguero. Se volteaban a ratos, para mirarme, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre.

Me fui hacia el molino viejo; el blanqueo de la pared parecía moverse, como las nubes que correteaban en las laderas del Chawala. Los eucaliptos de la huerta sonaban con ruido largo e intenso; sus sombras se tendían hasta el otro lado del río. Llegué al pie del molino, subí a la pared más alta y miré desde allí la cabeza del Chawala: el cerro, medio negro, recto, amenazaba caerse sobre los alfalfares de la hacienda. Daba miedo por las noches;

los indios nunca lo miraban a esas horas y en las noches claras conversaban siempre dando las espaldas al cerro.

—¡Si te cayeras de pecho, tayta Chawala, nos moriríamos todos! En medio del witron¹, Justina empezó otro canto:

*Flor de mayo, flor de mayo,
flor de mayo primavera,
por qué no te libertaste
de esa tu falsa prisionera.*

Los cholos se habían parado en círculo y Justina cantaba al medio. En el patio inmenso, inmóviles sobre el empedrado, los indios se veían como estacas de tender cueros.

—Ese puntito negro que está al medio es Justina. Y yo la quiero, mi corazón tiembla cuando ella se ríe, llora cuando sus ojos miran al Kutu. ¿Por qué, pues, me muero por ese puntito negro?

Los indios volvieron a zapatear en ronda. El charanguero daba vueltas alrededor del círculo, dando ánimos, gritando como potro enamorado. Una paca-paca empezó a silbar desde un sauce que cabeceaba a la orilla del río; la voz del pájaro maldecido daba miedo. El charanguero corrió hasta el cerco del patio y lanzó pedradas al sauce; todos los cholos le siguieron. Al poco rato el pájaro voló y fue a posarse sobre los duraznales de la huerta; los cholos iban a perseguirle, pero don Froylán apareció en la puerta del witron.

—¡Largo! ¡A dormir!

Los cholos se fueron en tropa hacia la tranca del corral; el Kutu se quedó solo en el patio.

—¡A ese le quiere!

Los indios de don Froylán se perdieron en la puerta del caserío de la hacienda, y don Froylán entró al patio tras ellos.

—¡Niño Ernesto! —llamó el Kutu.

Me bajé al suelo de un salto y corrí hacia él.

—Vamos, niño.

Subimos al callejón por el lavadero de metal que iba desmoronándose en un ángulo del witron; sobre el lavadero había un tubo inmenso de fierro y varias ruedas enmohecidas, que fueron de las minas del padre de don Froylán.

Kutu no habló nada hasta llegar a la casa de arriba.

La hacienda era de don Froylán y de mi tío; tenía dos casas. Kutu y yo estábamos solos en el caserío de arriba; mi tío y el resto de la gente fueron al escarbe de papas y dormían en la chacra, a dos leguas de la hacienda.

1 Witron: patio grande.

Subimos las gradas sin mirarnos siquiera; entramos al corredor, y tendimos allí nuestras camas para dormir alumbrados por la luna. El Kutu se echó callado; estaba triste y molesto. Yo me senté al lado del cholo.

—¡Kutu! ¿Te ha despachado Justina?

—¡Don Froylán la ha abusado, niño Ernesto!

—¡Mentira, Kutu, mentira!

—¡Ayer no más la ha forzado; en la toma de agua, cuando fue a bañarse con los niños!

—¡Mentira, Kutullay, mentira!

Me abracé al cuello del cholo. Sentí miedo; mi corazón parecía rajarse, me golpeaba. Empecé a llorar, como si hubiera estado solo, abandonado en esa gran quebrada oscura.

—¡Déjate, niño! Yo, pues, soy «endio», no puedo con el patrón. Otra vez, cuando seas «abugau», vas a fregar a don Froylán.

Me levantó como a un becerro tierno y me echó sobre mi catre.

—¡Duérmete, niño! Ahora le voy a hablar a Justina para que te quiera. Te vas a dormir otro día con ella ¿quieres, niño? ¿Acaso? Justina tiene corazón para ti, pero eres muchacho todavía, tiene miedo porque eres niño.

Me arrodillé sobre la cama, miré al Chawala que parecía terrible y fúnebre en el silencio de la noche.

—¡Kutu: cuando sea grande voy a matar a don Froylán!

—¡Eso sí, niño Ernesto! ¡Eso sí! ¡Mak'tasu²!

La voz gruesa del cholo sonó en el corredor como el maullido del león que entraba hasta el caserío en busca de chanchos. Kutu se paró; estaba alegre, como si hubiera tumbado al puma ladrón.

—Mañana llega el patrón. Mejor esta noche vamos a Justina. El patrón seguro te hace dormir en su cuarto. Que se entre la luna para ir.

Su alegría me dio rabia.

—¿Y por qué no matas a don Froylán? Mátale con tu honda, Kutu, desde el frente del río, como si fuera puma ladrón.

—¡Sus hijitos, niño! ¡Son nueve! Pero cuando seas «abugau» ya estarán grandes.

—¡Mentira, Kutu, mentira! ¡Tienes miedo, como mujer!

—No sabes nada, niño. ¿Acaso no he visto? Tienes pena de los becerritos, pero a los hombres no los quieres.

—¡Don Froylán! ¡Es malo! Los que tienen hacienda son malos; hacen llorar a los indios como tú; se llevan las vaquitas de los otros, o las matan

2 Mak'tasu: de mak'ta, joven; en ciertos casos un adjetivo muy encomioso, equivalente a fuerte, valiente.

de hambre en su corral. ¡Kutu, don Froylán es peor que toro bravo! Mátales no más, Kutucha, aunque sea con galga, en el barranco de Capitana.

—¡«Endio» no puede, niño! ¡«Endio» no puede!

¡Era cobarde! Tumbaba a los padrillos cerriles, hacía temblar a los potros, rajaba a látigos el lomo de los aradores, hondeaba desde lejos a las vaquitas de los otros cholos cuando entraban a los potreros de mi tío, pero era cobarde. ¡Indio perdido!

Le miré de cerca: su nariz aplastada, sus ojos casi oblicuos, sus labios delgados, ennegrecidos por la coca. ¡A este le quiere! Y ella era bonita: su cara rosada estaba siempre limpia, sus ojos negros quemaban; no era como las otras cholas, sus pestañas eran largas, su boca llamaba al amor y no me dejaba dormir. A los catorce años yo la quería; sus pechitos parecían limones grandes, y me desesperaban. Pero ella era de Kutu, desde tiempo; de este cholo con cara de sapo. Pensaba en eso y mi pena se parecía mucho a la muerte. ¿Y ahora? Don Froylán la había forzado.

—¡Mentira, Kutu! ¡Ella misma, seguro, ella misma!

Un chorro de lágrimas saltó de mis ojos. Otra vez el corazón me sacudía, como si tuviera más fuerza que todo mi cuerpo.

—¡Kutu! Mejor la mataremos los dos a ella ¿quieres?

El indio se asustó. Me agarró la frente: estaba húmeda de sudor.

—¡Verdad! Así quieren los mistis³.

—¡Llévame donde Justina, Kutu! Eres mujer, no sirves para ella. ¡Déjala!

—Cómo no, niño, para ti voy a dejar, para ti solito. Mira, en Wayrala se está apagando la luna.

Los cerros ennegrecieron rápidamente, las estrellitas saltaron de todas partes del cielo; el viento silbaba en la oscuridad, golpeándose sobre los duraznales y eucaliptos de la huerta; más abajo, en el fondo de la quebrada, el río grande cantaba con su voz áspera.

* * *

Despreciaba al Kutu; sus ojos amarillos, chiquitos, cobardes, me hacían temblar de rabia.

—¡Indio, muérete mejor, o lárgate a Nazca! ¡Allí te acabará la terciana, te enterrarán como a perro! —le decía.

Pero el novillero se agachaba no más, humilde, y se iba al witron, a los alfalfares, a la huerta de los becerros, y se vengaba en el cuerpo de los animales de don Froylán. Al principio yo le acompañaba. En las noches entrábamos, ocultándonos, al corral; escogíamos los becerros más finos, los más

3 Nombra a las personas de los grupos sociales dominantes.

delicados; Kutu se escupía en las manos, empuñaba duro el zurriago, y les rajaba el lomo a los torillitos. Uno, dos, tres... cien zurriagazos; las crías se retorcián en el suelo, se tumbaban de espaldas, lloraban; y el indio seguía, encorvado, feroz. ¿Y yo? Me sentaba en un rincón y gozaba. Yo gozaba.

—¡De don Froylán es, no importa! ¡Es de mi enemigo!

Hablaba en voz alta para engañarme, para tapar el dolor que encogía mis labios e inundaba mi corazón.

Pero ya en la cama, a solas, una pena negra, invencible, se apoderaba de mi alma y lloraba dos, tres horas. Hasta que una noche mi corazón se hizo grande, se hinchó. El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento. Salté de la cama, descalzo, corrí hasta la puerta; despacito abrí el cerrojo y pasé al corredor. La luna ya había salido; su luz blanca bañaba la quebrada; los árboles, rectos, silenciosos, estiraban sus brazos al cielo. De dos saltos bajé al corredor y atravesé corriendo el callejón empedrado, salté la pared del corral y llegué junto a los becerritos. Ahí estaba Zarinacha, la víctima de esa noche; echadita sobre la bosta seca, con el hocico en el suelo; parecía desmayada. Me abracé a su cuello; la besé mil veces en su boca con olor a leche fresca, en sus ojos negros y grandes.

—¡Niñacha, perdóname! ¡Perdóname, mamaya!

Junté mis manos y, de rodillas, me humillé ante ella.

—Ese perdido ha sido, hermanita, yo no. ¡Ese Kutu canalla, indio perro! La sal de las lágrimas siguió amargándose durante largo rato.

Zarinacha me miraba seria, con su mirada humilde, dulce.

—¡Yo te quiero, niñacha, yo te quiero!

Y una ternura sin igual, pura, dulce, como la luz en esa quebrada madre, alumbró mi vida.

* * *

A la mañana siguiente encontré al indio en el alfalfar de Capitana. El cielo estaba limpio y alegre, los campos verdes, llenos de frescura. El Kutu ya se iba, tempranito, a buscar «daños»⁴ en los potreros de mi tío, para ensañarse contra ellos.

—Kutu, vete de aquí —le dije—. En Viseca ya no sirves. ¡Los comuneros se ríen de ti, porque eres maula!

Sus ojos opacos me miraron con cierto miedo.

—¡Asesino también eres, Kutu! Un becerrito es como criatura. ¡Ya en Viseca no sirves, indio!

—¿Yo no más acaso? Tú también. Pero mírale al tayta Chawala: diez días más atrás me voy a ir.

4 «Daños»: se llama a los animales que han incursionado en chacra ajena.

Resentido, penoso como nunca, se largó a galope en el bayo de mi tío.

Dos semanas después, Kutu pidió licencia y se fue. Mi tía lloró por él, como si hubiera perdido a su hijo.

Kutu tenía sangre de mujer: le temblaba a don Froylán, casi a todos los hombres les temía. Le quitaron su mujer y se fue a ocultar después en los pueblos del interior, mezclándose con las comunidades de Sondondo, Chacralla... ¡Era cobarde!

Yo, solo, me quedé junto a don Froylán, pero cerca de Justina, de mi Justinacha ingrata. Y no fui desgraciado. A la orilla de ese río espumoso, oyendo el canto de las torcazas y de las tuyas, yo vivía sin esperanzas; pero ella estaba bajo el mismo cielo que yo, en esa misma quebrada que fue mi nido. Contemplando sus ojos negros, oyendo su risa, mirándola desde lejitos, era casi feliz, porque mi amor por Justina fue un «warma kuyay» y no creía tener derecho todavía sobre ella; sabía que tendría que ser de otro, de un hombre grande, que manejara ya zurriago, que echara ajos roncós y peleara a látigos en los carnavales. Y como amaba a los animales, las fiestas indias, las cosechas, las siembras con música y jarawi, viví alegre en esa quebrada verde y llena del calor amoroso del sol. Hasta que un día me arrancaron de mi querencia, para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo.

* * *

El Kutu en un extremo y yo en otro. Él quizá habrá olvidado: está en su elemento; en un pueblecito tranquilo, aunque maula, será el mejor novillero, el mejor amansador de potrancas, y le respetarán los comuneros. Mientras yo, aquí, vivo amargado y pálido, como un animal de los llanos fríos, llevado a la orilla del mar, sobre los arenales candentes y extraños.



EL AMIGO FIEL

1888

OSCAR WILDE

(inglés)

A primeras horas del día la vieja Rata de agua sacó la cabeza por el agujero del escondrijo. Sus ojos eran redondos y vivarachos, los bigotes grises y tupidos; la cola parecía un largo elástico negro.

Unos patitos amarillos nadaban en el estanque dando la impresión de una bandada de canarios. Su madre, toda blanca y con patas rojas, esforzábale en enseñarles a hundir la cabeza en el agua.

—Si no aprendéis a sumergir la cabeza —les decía—, jamás os será brindada la ocasión de codearos con la buena sociedad.

Y de nuevo les enseñaba cómo tenían que hacerlo. Pero los patitos no prestaban la menor atención a las lecciones. Eran tan jóvenes, que ignoraban las ventajas que la vida de sociedad reporta.

—¡Qué desobedientes son! —exclamó la Rata de agua—. ¡Estas criaturas merecerían ahogarse!

—¡Dios no lo quiera! —replicó la señora Pata—. El aprendizaje es necesario en todas las cosas, y por otra parte, la paciencia de los padres nunca se acaba.

—¡Ah! No tengo idea de lo que son sentimientos paternos —dijo la Rata de agua—. No soy padre de familia. No me he casado ni he pensado nunca en hacerlo. Indiscutiblemente, el amor es una cosa buena, a su manera; pero la amistad vale más. Puedo asegurarle que no conozco en el mundo nada más noble o más raro que una amistad auténtica y fiel.

—Y dígame, se lo suplico: ¿qué idea tiene usted de los deberes de un amigo fiel? —preguntó un Pardillo verde que había escuchado la conversación posado sobre el tronco retorcido de un sauce.

—¡Eso es precisamente lo que yo quisiera saber! —exclamó la Pata; y nadando hacia el extremo del estanque, hundió la cabeza en el agua para dar buen ejemplo a sus hijos.

—¡Qué pregunta más necia! —gritó la Rata de agua— ¡Como es lógico, entiendo por amigo fiel al que me demuestra fidelidad!

—Y usted, ¿qué hará para corresponder? —dijo la avecilla, columpiándose sobre una ramita y agitando sus diminutas alas.

—No alcanzo a comprenderlo —respondió la Rata de agua.

—Entonces permítame usted que le cuente una historia sobre este asunto —dijo el Pardillo.

—Esa historia, ¿tiene algo que ver conmigo? —preguntó la Rata de agua—. De ser así, la escucharé complacida, porque a mí me encantan los cuentos.

—Bien puede aplicarse a usted —respondió el Pardillo.

Y en un instante se posó a la orilla del estanque, y empezó a contar la historia del Amigo fiel.

—Había una vez —comenzó a decir el Pardillo —un honrado mozo llamado Hans.

—¿Era un hombre realmente distinguido? —preguntó la Rata de agua.

—No —respondió el Pardillo—. Opino que no era nada distinguido, excepto por su buen corazón y por su redonda cara morena y afable.

«Habitaba en una humilde casita de campo, y trabajaba en su jardín todos los días.

En la comarca entera no había un jardín tan hermoso como el suyo. En él crecían alhelíes, bolsas de pastor, francesillas, así como rosas de Damasco y rosas amarillas, azafranes lilas y oro; y violetas moradas y blancas. Y, según la época de año, por su orden florecían colombinas y cardaminas, mejoranas y albahacas silvestres, velloritas, flor de lis, claveles y narcisos.

Unas flores sustituían a otras, por lo cual había allí siempre algo bonito que contemplar y olores agradables que respirar.

Muchos amigos tenía el pequeño Hans, pero el más íntimo era el corpulento Hugo, el molinero. El rico molinero era realmente tan íntimo del pequeño Hans, que no recorría nunca su jardín sin inclinarse sobre los macizos y coger un gran ramo de flores o un buen manojo de suculentas lechugas, o sin llenarse los bolsillos de ciruelas o cerezas, según la estación.

—Los verdaderos amigos lo comparten todo entre sí —solía decir el molinero.

Y sonriente el pequeño Hans movía la cabeza en señal de asentimiento. Por otra parte, estaba muy orgulloso de tener un amigo que de forma tan noble pensara.

Sin embargo, el vecindario encontraba raro que el rico molinero no diese nunca nada al pequeño Hans, aunque tuviera almacenados cien sacos de harina, sin contar las seis vacas lecheras ni las muchísimas cabezas de ganado lanar, de lo cual era propietario. Pero Hans jamás se preocupó por semejante cosa.

Nada le encantaba tanto como escuchar los bellos conceptos que el molinero acostumbraba decir sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el pequeño Hans cultivaba su jardín. En primavera en verano y en otoño, sentíase muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía frutos ni flores que llevar al mercado, padecía un gran frío y mucho le apretaba el hambre, y se acostaba con frecuencia sin haber comido más que unas peras secas y algunas nueces rancias.

Además, en invierno encontrábase muy solo, porque el molinero no iba nunca a verle durante aquella estación.

—Mientras las nieves duren no está bien que vaya a ver al pequeño Hans —decía muchas veces el molinero a su mujer—. Cuando las personas pasan apuros hay que dejarlas solas y no atormentarlas con visitas. Esa es, por lo menos, mi opinión sobre la amistad, y estoy seguro de que es acertada. Por eso esperaré la primavera y entonces iré a verle; podrá darme un gran cesto de velloritas, y eso le alegrará mucho.

—Eres realmente diligente y cuidadoso con los demás —le contestaba su mujer, sentada en un cómodo sillón junto a un buen fuego de leña—. Es un verdadero placer oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que el señor cura no diría sobre ella tan bellas cosas como tú, aunque viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en el dedo meñique.

—¿Y por qué no invitamos al pequeño Hans a venir aquí? —preguntaba el hijo del molinero—. Si el pobre Hans pasa apuros, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

—¡Qué tonto eres! —exclamó el molinero—. No comprendo para qué sirve mandarte a la escuela. No aprendes nada. Si el pequeño Hans viniese aquí, y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestra gran barrica de vino tinto, podría sentir envidia, y la envidia es una cosa terrible que echa a perder los mejores caracteres. Yo no podría sufrir que el carácter de Hans se echara a perder. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él, y tendré buen cuidado de no exponerle a ninguna tentación. Por

otra parte, si Hans viniese aquí, podría pedirme que le diese un poco de harina fiada, lo cual me es imposible. La harina es una cosa y la amistad otra, y no deben confundirse. Esas dos palabras se escriben de modo diferente y significan cosas completamente distintas, como todo el mundo muy bien sabe.

—¡Con qué acierto hablas! —dijo la mujer del molinero sirviéndole un gran vaso de cerveza caliente—. En verdad que me siento como adormecida lo mismo que en la iglesia.

—Muchos obran bien —replicó el molinero—: pero pocos saben hablar bien, lo cual prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil, así como la más hermosa de las dos.

Y severamente dirigió su mirada, por encima de la mesa, hacia su hijo. Este sintió tal vergüenza de sí mismo, que bajó la cabeza, se puso extremadamente ruborizado y empezó a llorar.

Bien se le podía disculpar, ¡era tan joven!».

—¿Ese es el final de la historia? —preguntó la Rata de agua.

—No, desde luego que no —respondió el Pardillo—. Esto es tan solo el comienzo.

—Luego está usted atrasadísimo con relación a su tiempo —repuso la Rata de agua—. Hoy día, todo buen cuentista empieza por el final, prosigue por el comienzo y termina por la mitad. Es el nuevo estilo. Así lo he oído de labios de un crítico que paseaba alrededor del estanque con un joven. Trataba el asunto magistralmente, y estoy segura de que tenía razón, porque llevaba gafas azules y era calvo; y cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: «¡Psch!». Pero continúe usted la historia, se lo ruego. Me agrada mucho el molinero. Yo también llevo en mí toda clase de bellos sentimientos; de ahí la gran simpatía que entre él y yo existe.

—¡Bueno! —dijo el Pardillo, saltando sobre sus dos patitas—. En cuanto pasó el invierno y las vellowitas comenzaron a abrir sus amarillas y pálidas estrellas, el molinero dijo a su mujer que iría a visitar al pequeño Hans.

«—¡Ah, qué noble corazón tienes! —le gritó suspirando, su mujer—. Siempre piensas en los demás. No te olvides de llevar el cesto grande para traer las flores.

Entonces el molinero ató unas a otras las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó la colina con la cesta al brazo.

—Buenos días, pequeño Hans —dijo el molinero.

—Muy buenos días —contestó Hans, apoyándose en su azadón y sonriendo abiertamente.

—¿Cómo has pasado el invierno? —le preguntó el molinero.

—¡Bien, bien! —repuso Hans—. Muchísimas gracias por tu interés. He pasado mis malos ratos; pero ahora ha vuelto la primavera y me siento casi feliz... Además, mis flores van creciendo magníficas.

—Durante el invierno hemos hablado con mucha frecuencia de ti —prosiguió el molinero—, y nos preguntábamos qué sería de nuestro buen amigo Hans.

—¡Qué amable eres! —le dijo Hans—. A veces temía que me hubieras olvidado.

—Querido Hans, me sorprende oírte hablar así —dijo el molinero—. La amistad no se olvida jamás. Eso tiene de admirable, aunque presiento que no comprendas la poesía de la amistad. Y... ahora que las veo, ¡qué hermosas están tus velloritas!

—Sí, están muy hermosas —dijo Hans—, y es para mí una gran suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado, donde las venderé a la hija del burgomaestre y con ese dinero compraré otra vez mi carretilla.

—¿Dices que comprarás otra vez tu carretilla? ¿Acaso la vendiste? ¡Es, desde luego, un acto bien necio!

—Sin lugar a dudas; pero el hecho es —replicó Hans— que me vi obligado a ello. Como sabes, el invierno es una época muy mala para mí, y carecía de dinero para comprar pan. Primero vendí los botones de plata del traje que acostumbro a ponerme los domingos, luego mi cadena de plata, después mi flauta, y por último la carretilla. Pero ahora pienso rescatarlo todo.

—Hans —dijo el molinero—, te daré mi carretilla. No está en muy buen estado; uno de los lados se ha roto y los radios de la rueda se ven algo torcidos, pero, a pesar de esto, te la daré. Sé que es una gran generosidad en mí y a mucha gente les parecerá una locura que me desprenda de ella; pero yo no soy como el resto del mundo. Estoy convencido de que la generosidad es la esencia de la amistad, y, además, me he comprado una carretilla nueva. Sí, puedes estar tranquilo. Te daré mi carretilla.

—Muchas gracias. Eres, realmente, muy generoso —dijo el pequeño Hans. Y su afable rostro resplandeció de gozo—. Puedo arreglarla con facilidad, ya que tengo una tabla en mi casa.

—¡Una tabla! —exclamó el molinero—. ¡Qué bien! Eso es precisamente lo que necesito para la techumbre de mi granero. Se ha formado una gran brecha y se mojará todo el trigo si no la tapo.

¡No podías estar más oportuno! Es verdad que una buena acción engendra siempre otra. Te he dado mi carretilla, y ahora tú me darás la tabla. Claro está que la carretilla vale mucho más que la tabla; pero la amistad sincera no repara nunca en esas cosas. Dame ahora mismo la tabla y así hoy mismo arreglaré mi granero.

—¡Ya lo creo! —replicó el pequeño Hans.

Y se fue corriendo a su casa y cogió la tabla.

—No es una tabla muy grande —comentó el molinero— y me figuro que una vez hecho el arreglo de la techumbre del granero, no quedará madera suficiente para componer la carretilla. Claro que yo no tengo la culpa de eso. Y ahora, en vista de que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que accederás a regalarme unas flores... Aquí tienes el cesto; procura llenarlo.

—¿Llenarlo? —replicó al instante el pequeño Hans, quedándose bastante afligido al comprobar las grandes dimensiones del cesto y comprender que si lo llenaba no le quedarían ya flores que llevar al mercado, y estaba deseoso también de rescatar sus botones de plata.

—A fe mía —respondió el molinero—, una vez que te doy mi carretilla, no creí que fuese mucho pedirte unas cuantas flores. Podré estar equivocado; pero yo me figuré que la amistad, la verdadera amistad, estaba exenta de toda clase de egoísmo.

—Mi querido amigo —protestó el pequeño Hans—, tú eres mi mejor amigo y todas las flores de mi jardín están a tu disposición, porque me importa mucho más tu estimación que mis relucientes botones de plata.

Y corriendo se fue a coger las hermosas velloritas para llenar el cesto del molinero.

—¡Adiós, pequeño Hans! —exclamó el molinero subiendo de nuevo la colina con su tabla al hombro y su gran cesta al brazo.

—Adiós —contestó él.

Y se puso a cavar con renovadas energías. Estaba contentísimo de tener carretilla.

A la mañana siguiente, cuando estaba sujetando unas madre-selvas sobre su puerta, oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Bajó de su escalera y corrió hasta el otro extremo del jardín, se encaramó por el muro hasta lograr ver por encima y divisó al molinero que venía con un gran saco de harina cargado a la espalda.

—Pequeño Hans —dijo el molinero acercándose—, ¿querías

llevarme este saco de harina al mercado?

¡Oh, cuánto lo siento! —dijo Hans—. La verdad es que estoy ocupadísimo. Tengo que sujetar todas mis enredaderas, regar todas mis flores y segar todo el césped.

—¡Caramba! —replicó el molinero—. Supuse que, en consideración a que te he dado mi carretilla, no te negarías a complacerme.

—¡Pero si no me niego! —protestó el pequeño Hans—. Tratándose de ti, por nada del mundo dejaría yo de obrar como amigo.

Y se fue en busca de su gorra y partió con el gran saco al hombro.

Era un día muy caluroso y la carretera estaba terriblemente polvorienta. Así, antes de que Hans llegara al mojón que marcaba la sexta milla, hallábase tan fatigado, que tuvo que sentarse a descansar. Sin embargo, no tardó mucho en continuar animosamente su camino, llegando por fin al mercado.

Logró vender el saco de harina a buen precio, pero no sin antes de tener que aguardar un buen rato. Rápidamente y de un tirón regresó a su casa, porque temía encontrarse a algún salteador en el camino si se retrasaba demasiado.

“¡Qué día más caluroso y agotador! —se dijo Hans al tenderse en la cama—. Pero me siento feliz por no haberme negado. El molinero es mi mejor amigo, y, además, va a darme su carretilla”.

A la mañana siguiente muy temprano, el molinero llegó en busca del dinero de su saco de harina; pero el pequeño Hans estaba tan rendido, que no se había levantado aún de la cama.

—¡Vaya! —exclamó el molinero—. Eres muy perezoso, ¡palabra! Y cuando pienso que acabo de darte mi carretilla creo que podrías trabajar con más ímpetu. La pereza es un gran vicio, y no quisiera yo que ninguno de mis amigos fuera perezoso, poco sensible y dejado. Como ves, te hablo sin miramientos. Claro es que no te hablaría así si no fuese amigo tuyo. Pero, ¿de qué serviría la amistad si uno no pudiera decir claramente lo que piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables y esforzarse en ser agradable y halagador, pero un amigo sincero dice las cosas molestas y no teme causar pesadumbre. Por el contrario, si es un amigo verdadero, lo prefiere ya que sabe que obra bien.

—Lo siento mucho respondió el pequeño Hans, restregándose los ojos y quitándose el gorro de dormir—; pero estaba tan rendido, que creía haberme acostado hace poco y escuchaba cantar a los pájaros. ¿No sabes que luego trabajo más a gusto cuando he oído cantar a los pájaros?

—¡Tanto mejor! —replicó el molinero, dándole una palmada

en el hombro—. Porque necesito que arregles la techumbre de mi granero.

Hacía dos días que el pequeño Hans no regaba el jardín, por lo cual tenía gran necesidad de hacerlo. Sin embargo, no quiso decírselo al molinero, ya que tan buen amigo era para él.

No obstante se atrevió a preguntar con humilde y tímida voz:

—¿Crees que no sería amistoso decirte que tengo que regar mis flores?

—¡No! Realmente, no —contestó el molinero—. Pero si te niegas, lo haré yo mismo.

—¡De ningún modo! —exclamó el pequeño Hans, saltando de su cama.

Vistiose rápidamente y se fue al granero.

Trabajó allí durante todo el día hasta el anochecer. Al ponerse el sol, vino el molinero a ver hasta dónde había llegado.

—¡Pequeño Hans! —gritó el molinero con tono alegre—. ¿Has tapado el boquete del techo?

—Está casi terminado —contestó el pequeño Hans, bajando de la escalera.

—¡Bien! —dijo el molinero—. No existe trabajo más agradable como el que se hace por otro.

—¡Es un placer oírte hablar! —respondió el pequeño Hans, que descansaba, secándose la frente—. Es un placer; pero temo no tener nunca ideas tan hermosas como tú.

—¡Oh, ya las tendrás! —dijo el molinero—. Pero debes aplicarte más. Por ahora no posees más que la práctica de la amistad. Algún día poseerás también la teoría.

—¿De veras lo crees así? —preguntó el pequeño Hans.

—No cabe la menor duda —contestó el molinero—. Pero ahora que has arreglado el techo, mejor será que vuelvas a tu casa y descanses, pues mañana necesito que lleves mis carneros a pacer a la montaña.

El pobre Hans no se atrevió a protestar, y al día siguiente, al amanecer, el molinero condujo sus carneros hasta cerca de su casa, y Hans continuó llevando el rebaño hasta la montaña. Entre ir y volver se le fue el día. Cuando regresó, estaba tan agotado que se durmió en su silla y no despertó hasta ya entrada la mañana.

“Hoy podré trabajar en mi jardín con un tiempo delicioso”, se dijo, e iba a comenzar su labor; pero, por un motivo u otro, no tuvo tiempo de echar un vistazo a sus flores: llegaba su amigo el

molinero, y le mandaba muy lejos a recados, o le pedía que fuese a ayudarlo en el molino. Algunas veces, el pequeño Hans se apuraba pensando que sus flores creerían que las había olvidado; pero se consolaba al pensar que el molinero era su mejor amigo.

“Además —solía decirse—, va a darme su carretilla, lo cual es un acto del más puro desprendimiento”.

Y el pequeño Hans trabajaba para el molinero, y este decía muchas cosas bellas sobre la amistad, cosas que Hans escribía luego en su libro verde y que releía por la noche, pues era culto.

Ahora bien: sucedió que una noche, estando el pequeño Hans sentado al fuego, dieron un aldabonazo en la puerta.

La noche era negrísima y el viento rugía en torno a la casa de un modo tan terrible, que Hans creyó al principio si sería el huracán el que sacudía la puerta. Pero sonó un segundo golpe y después un tercero, más fuerte que los otros.

“Quizá sea algún pobre viajero”, se dijo el pequeño Hans, y corrió a la puerta.

El molinero estaba en el umbral; con una mano sujetaba la linterna y en la otra tenía un grueso garrote.

—Me aflije un gran pesar —dijo atropelladamente el molinero—, mi chico se ha caído de una escalera, hiriéndose. Voy a buscar al médico. Pero vive lejos de aquí y la noche está tan mala, que he pensado que vayas tú, querido Hans, en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretilla. Por eso estaría muy bien que, a cambio, hicieses algo por mí.

—¡Claro que sí! —exclamó el pequeño Hans—, y me alegra mucho que se te haya ocurrido venir. Iré en seguida. Pero tendrías que dejarme tu linterna; la noche es tan oscura, que resultaría fácil caer en alguna zanja.

—Lo siento mucho —respondió el molinero—; pero es mi linterna nueva, y si le ocurriese algo sería una gran pérdida para mí.

—Muy bien; ¡no se hable más del asunto! Me pasaré sin ella —contestó el pequeño Hans.

Se puso su gran capa de pieles, su gorro encarnado de mucho abrigo, se colocó su tapabocas alrededor del cuello y partió.

¡Qué horrible tormenta se desencadenaba en aquellos momentos!

La noche era tan oscura, que el pequeño Hans apenas lograba ver; y el viento soplaba tan fuerte que le costaba gran trabajo andar.

Sin embargo, él era muy animoso, y después de caminar cerca

de tres horas, llegó a casa del médico y llamó en su puerta.

—¿Quién llama? —preguntó el doctor asomando la cabeza a la ventana de su aposento.

—¡El pequeño Hans, doctor!

—¿Y qué deseas a estas horas, mi pequeño Hans?

—El hijo del molinero se ha caído de una escalera y está herido. Es necesario que vaya usted en seguida.

—¡Muy bien! —replicó el doctor.

En el acto se calzó sus grandes botas, enjaezó su caballo y cogiendo su linterna se dispuso para la marcha.

Se dirigió a casa del molinero, llevando al pequeño Hans, a pie, detrás de él.

La tormenta arreciaba cada vez más. El agua caía a torrentes y el pequeño Hans no alcanzaba a ver dónde ponía sus pies ni lograba seguir al caballo. Al fin se perdió; estuvo vagando por el páramo, que era un paraje peligroso lleno de hoyos profundos, y el pequeño Hans cayó en uno de ellos y se ahogó.

A la mañana siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo flotando en el pequeño pantano y lo llevaron a su casita.

Como Hans era muy querido por todos, nadie faltó al entierro. Y el molinero figuró a la cabeza del duelo.

—Yo siempre fui su mejor amigo —decía el molinero—. Justo es que ocupe el sitio de honor.

Así es que asistió a la cabeza del cortejo con una larga capa negra; y de cuando en cuando se enjugaba los ojos con un gran pañuelo.

—El pequeño Hans representa para todos nosotros una sensible pérdida —dijo el hojalatero, una vez terminados los funerales y cuando el acompañamiento estuvo instalado cómodamente en la posada, bebiendo vino dulce y comiendo ricos pasteles.

—Particularmente para mí es una gran pérdida —contestó el molinero—. Fui lo bastante bueno para comprometerme a darle mi carretilla, y ahora, a fe mía, que no sé qué hacer con ella. Me estorba en casa, y está tan rota, que si la vendiera no me darían nada por ella. Os aseguro que de aquí en adelante no daré nada a nadie. Si se es generoso, luego se pagan las consecuencias».

—Es verdad —añadió la Rata de agua, después de una larga pausa.

—Pues bien; este es el final —dijo el Pardillo.

—Pero... ¿qué fue del molinero? —dijo la Rata de agua.

—¡Oh! No lo sé a punto fijo —contestó el Pardillo, y por otra parte, igual me da.

—Resulta evidente que su carácter no es nada simpático —dijo la Rata de agua.

—Creo que usted no ha comprendido la moraleja de esta historia —replicó el Pardillo.

—¿La qué? —gritó la Rata de agua.

—La moraleja.

—¿Quiere con eso decir que la historia tiene una moraleja?

—Sí, ¡claro que sí! —afirmó el Pardillo.

—¡Vaya! —exclamó con ira la Rata de agua—. Podía usted habérmelo dicho antes de empezar. De ser así, con toda seguridad que no le hubiera escuchado. Con decirle «¡Psch!», como el crítico, era suficiente. Pero aún estoy a tiempo de hacerlo.

«¡Psch!» —gritó a toda voz, y dando un fuerte coletazo, se volvió a esconder en su agujero.

—¿Qué opina usted de la Rata de agua? —preguntó la señora Pata, que llegó, chapoteando, pocos minutos después—. Muchas son las buenas cualidades que ella posee; pero yo, por mi parte, tengo sentimientos de madre, y no puedo ver a un solterón empedernido sin que las lágrimas fluyan de mis ojos.

—Sospecho que se ha molestado —respondió el Pardillo—. El hecho es que le he contado una historia que tiene su moraleja.

—¡Ahora comprendo! ¡Eso es siempre peligrosísimo! —exclamó la Pata. Y su opinión, yo la comparto íntegramente.



LA CONFESIÓN

aproximadamente 1940

MANUEL PEYROU

(argentino)



En la primavera de 1232, cerca de Aviñón, el caballero Gontran D'Orville mató por la espalda al odiado conde Geoffroy, señor del lugar. Inmediatamente, confesó que había vengado una ofensa; pues su mujer lo engañaba con el Conde. Lo sentenciaron a morir decapitado, y diez minutos antes de la ejecución le permitieron recibir a su mujer, en la celda.

—¿Por qué mentiste? —preguntó Giselle D'Orville—. ¿Por qué me llenas de vergüenza?

—Porque soy débil —repuso—. De este modo me cortarán la cabeza, simplemente. Si hubiera confesado que lo maté porque era un tirano, primero me torturarían.



EXACTA DIMENSIÓN

1960

JUAN GONZALO ROSE

(peruano)



Me gustas porque tienes el color de los patios
de las casas tranquilas...

y más precisamente:
me gustas porque tienes el color de los patios
de las casas tranquilas
cuando llega el verano...

y más precisamente:
me gustas porque tienes el color de los patios
de las casas tranquilas en las tardes de enero
cuando llega el verano...

y más precisamente:
me gustas porque te amo.

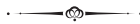


POEMA DEL MAR Y DE ELLA

1927

CARLOS OQUENDO DE AMAT

(peruano)



Tu bondad pintó el canto de los pájaros

y el mar venía lleno en tus palabras
de puro blanca se abrirá aquella estrella
y ya no volarán nunca las dos golondrinas de tus cejas
el viento mueve las velas como flores
yo sé que tú estás esperándome detrás de la lluvia
y eres más que tu delantal y tu libro de letras
eres una sorpresa perenne

DENTRO DE LA ROSA DEL DÍA



WARMA KUYAY

En el cuento «Warma kuyay» el protagonista es el niño Ernesto y él mismo nos cuenta de su amor por Justina. Pero Justina está enamorada de Kutu. ¿Por qué crees que Gregoria y otros peones de la hacienda se ríen del amor del niño Ernesto?

¿Cómo se siente el niño Ernesto cuando ve bailar a Kutu y Justina? ¿Adónde se va para sentir su tristeza?

De acuerdo al relato, Justina fue forzada por don Froylán. Debido a que Kutu no reacciona frente a este atropello, Ernesto lo desprecia diciendo que actúa como mujer. ¿Qué imagen de la mujer expone este relato?, ¿estás de acuerdo con esto? Explica tu respuesta.

El narrador en este cuento es el personaje protagonista, Ernesto. Según lo que nos cuenta, ¿cómo describirías a este personaje?

LA CONFESIÓN

El caballero Gontran D´Orville, protagonista de «La confesión», dice que es cobarde. ¿Consideras que es efectivamente un cobarde? Explica tu respuesta.

EL AMIGO FIEL

En el relato «El amigo fiel» se habla acerca de la amistad. ¿Cómo justifica Hugo que, cada vez que pasa por la casa de Hans, se lleve frutos y flores del jardín de su amigo?

Hugo dice: «Los amigos verdaderos deberían compartir todas las cosas». Sin embargo, cuando llega el invierno, el molinero no auxilia a Hans, pese a que este la está pasando mal. Explica en tus palabras cómo Hugo justifica no ayudarlo.

Hugo le ofrece a Hans una carretilla en mal estado que nunca le llega a entregar, pero a cambio de ella le pide varios favores. Haz una lista de esos favores.

Al final del cuento, la Rata de agua está más preocupada por el molinero que por Hans. Por eso, el Pardillo le dice que eso es muestra de que no ha comprendido la moraleja. No todos los cuentos tienen necesariamente una moraleja, pero, en este caso, el cuento sobre Hans y Hugo parece tenerla. ¿Cuál crees que es? Redáctala.



Si tuvieras que pronunciar un discurso en el velorio del pequeño Hans, para resaltar sus cualidades, ¿qué dirías? Escribe tu discurso a continuación.

EXACTA DIMENSIÓN

En el poema «Exacta dimensión», la voz poética trata de explicar por qué le gusta su amada. Observa que cada vez trata de ser más preciso y va ampliando sus razones. Comienza diciendo que su amada tiene «el color de los patios / de las casas tranquilas...». Explica qué puede ser lo que le gusta de su amada.

Copia lo que agrega en la segunda estrofa para precisar lo que le gusta de su amada.

Ahora copia lo que agrega en la tercera estrofa para precisar lo que le gusta de su amada.



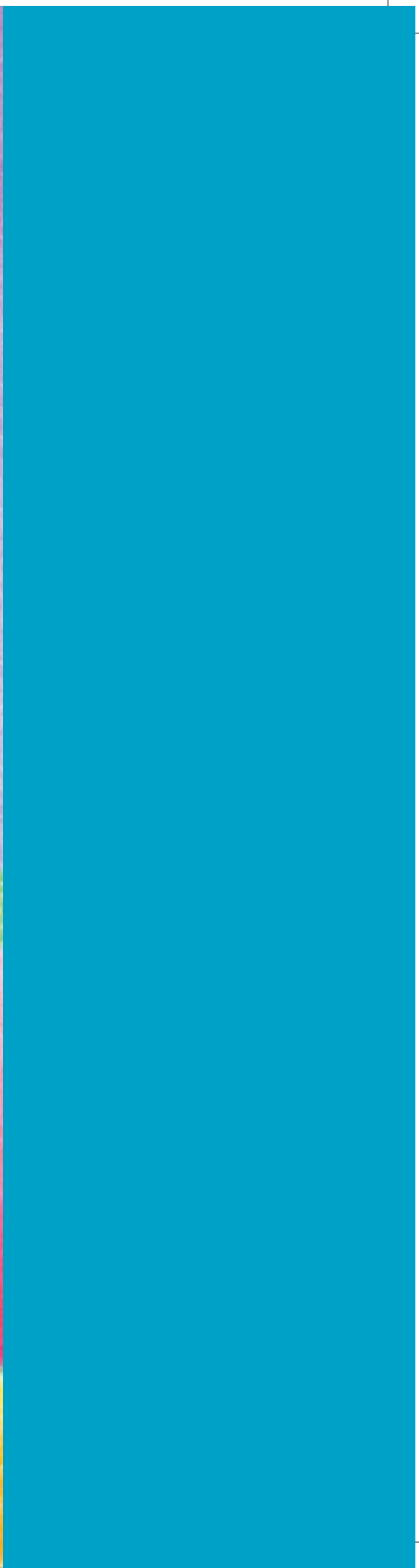
Observa que cada una de estas tres primeras estrofas termina con puntos suspensivos, indicando que hay algo más que debe decir. Después, relee la última estrofa. La explicación se ha reducido a un motivo: el amor. Trata de explicar por qué el poema se titula la «Exacta dimensión».

POEMA DEL MAR Y DE ELLA

El «Poema del mar y de ella» está escrito con palabras muy sencillas, pero combinadas de forma muy creativa para intentar transmitir un delicado sentimiento amoroso. Por ejemplo, «Tu bondad pintó el canto de los pájaros». La bondad no puede «pintar» y el canto de los pájaros no tiene color, es más, no lo percibimos por la vista, sino por el oído. Pero se entiende que ella tiene mucha bondad. Otro ejemplo puede ser «eres una sorpresa perenne», que es una forma de decir que ella actúa de manera imprevisible. Te proponemos que escribas un corto poema combinando palabras sencillas para transmitir al lector un sentimiento de amor. Puedes imitar el estilo del poema y combinar dos sentidos (vista y oído, u oído y tacto).







EL MONO QUE QUISO SER ESCRITOR SATÍRICO

1969

AUGUSTO MONTERROSO

(guatemalteco)

En la selva vivía una vez un Mono que quiso ser escritor satírico. Estudió mucho, pero pronto se dio cuenta de que para ser escritor satírico le faltaba conocer a la gente y se aplicó a visitar a todos y a ir a los cocteles y a observarlos por el rabo del ojo mientras estaban distraídos con la copa en la mano.

Como era de veras gracioso y sus ágiles piruetas entretenían a los otros animales, en cualquier parte era bien recibido y él perfeccionó el arte de ser mejor recibido aún.

No había quien no se encantara con su conversación y cuando llegaba era agasajado con júbilo tanto por las Monas como por los esposos de las Monas y por los demás habitantes de la Selva, ante los cuales, por contrarios que fueran a él en política internacional, nacional o doméstica, se mostraba invariablemente comprensivo; siempre, claro, con el ánimo de investigar a fondo la naturaleza humana y poder retratarla en sus sátiras.

Así llegó el momento en que entre los animales era el más experto conocedor de la naturaleza humana, sin que se le escapara nada.

Entonces, un día dijo voy a escribir en contra de los ladrones, y se fijó en la Urraca, y principió a hacerlo con entusiasmo y gozaba y se reía y se encaramaba de placer a los árboles por las cosas que se le ocurrían acerca de la Urraca; pero de repente reflexionó que entre los animales de sociedad que lo agasajaban había muchas Urracas y especialmente una, y que se iban a ver retratadas en su sátira, por suave que la escribiera, y desistió de hacerlo.

Después quiso escribir sobre los oportunistas, y puso el ojo en la Serpiente, quien por diferentes medios —auxiliares en realidad de su arte adulatorio— lograba siempre conservar, o sustituir, mejorándolos, sus cargos;

pero varias Serpientes amigas suyas, y especialmente una, se sentirían aludidas, y desistió de hacerlo.

Después deseó, satirizar a los laboriosos compulsivos y se detuvo en la Abeja, que trabajaba estúpidamente sin saber para qué ni para quién; pero por miedo de que sus amigos de este género, y especialmente uno, se ofendieran, terminó comparándola favorablemente con la Cigarra, que egoísta no hacía más que cantar y cantar dándose las de poeta, y desistió de hacerlo.

Después se le ocurrió escribir contra la promiscuidad sexual y enfiló su sátira contra las Gallinas adúlteras que andaban todo el día inquietas en busca de Gallitos; pero tantas de estas lo habían recibido que temió lastimarlas, y desistió de hacerlo.

Finalmente elaboró una lista completa de las debilidades y los defectos humanos y no encontró contra quién dirigir sus baterías, pues todos estaban en los amigos que compartían su mesa y en él mismo.

En ese momento renunció a ser escritor satírico y le empezó a dar por la Mística y el Amor y esas cosas; pero a raíz de eso, ya se sabe cómo es la gente, todos dijeron que se había vuelto loco y ya no lo recibieron tan bien ni con tanto gusto.



EL CUENTISTA

1904

SAKI¹

(escocés)



Era una tarde calurosa y el vagón del tren también estaba caliente; la siguiente parada, Templecombe, estaba casi a una hora de distancia. Los ocupantes del vagón eran una niña pequeña, otra niña aún más pequeña y un niño también pequeño. Una tía, que pertenecía a los niños, ocupaba un asiento de la esquina; el otro asiento de la esquina, del lado opuesto, estaba ocupado por un hombre soltero que era un extraño ante aquella fiesta, pero las niñas pequeñas y el niño pequeño ocupaban, enfáticamente, el compartimiento. Tanto la tía como los niños conversaban de manera limitada pero persistente, recordando las atenciones de una mosca que se niega a ser rechazada. La mayoría de los comentarios de la tía empezaban por «No», y casi todos los de los niños por «¿Por qué?». El hombre soltero no decía nada en voz alta.

—No, Cyril, no —exclamó la tía cuando el niño empezó a golpear los cojines del asiento, provocando una nube de polvo con cada golpe—. Ven a mirar por la ventanilla —añadió.

El niño se desplazó hacia la ventilla con desgana.

—¿Por qué sacan a esas ovejas fuera de ese campo? —preguntó.

—Supongo que las llevan a otro campo en el que hay más hierba —respondió la tía débilmente.

—Pero en ese campo hay montones de hierba —protestó el niño—; no hay otra cosa que no sea hierba. Tía, en ese campo hay montones de hierba.

—Quizá la hierba del otro campo es mejor —sugirió la tía neciamente.

—¿Por qué es mejor? —fue la inevitable y rápida pregunta.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía.

Casi todos los campos por los que pasaba la línea de tren tenían vacas o toros, pero ella lo dijo como si estuviera llamando la atención ante una novedad.

1 Seudónimo de Hector Hugh Munro

—¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? —persistió Cyril.

El ceño fruncido del soltero se iba acentuando hasta estar ceñudo. La tía decidió, mentalmente, que era un hombre duro y hostil. Ella era incapaz por completo de tomar una decisión satisfactoria sobre la hierba del otro campo.

La niña más pequeña creó una forma de distracción al empezar a recitar «De camino hacia Mandalay». Solo sabía la primera línea, pero utilizó al máximo su limitado conocimiento. Repetía la línea una y otra vez con una voz soñadora, pero decidida y muy audible; al soltero le pareció como si alguien hubiera hecho una apuesta con ella a que no era capaz de repetir la línea en voz alta dos mil veces seguidas y sin detenerse. Quienquiera que fuera que hubiera hecho la apuesta probablemente la perdería.

—Acérquense aquí y escuchen mi historia —dijo la tía cuando el soltero la había mirado dos veces a ella y una al timbre de alarma.

Los niños se desplazaron apáticamente hacia el final del compartimiento donde estaba la tía. Evidentemente, su reputación como contadora de historias no ocupaba una alta posición, según la estimación de los niños.

Con voz baja y confidencial, interrumpida a intervalos frecuentes por preguntas malhumoradas y en voz alta de los oyentes, comenzó una historia poco animada y con una deplorable carencia de interés sobre una niña que era buena, que se hacía amiga de todos a causa de su bondad y que, al final, fue salvada de un toro enloquecido por numerosos rescatadores que admiraban su carácter moral.

—¿No la habrían salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas.

Esa era exactamente la pregunta que había querido hacer el soltero.

—Bueno, sí —admitió la tía sin convicción—. Pero no creo que la hubieran socorrido muy deprisa si ella no les hubiera gustado mucho.

—Es la historia más tonta que he oído nunca —dijo la mayor de las niñas con una inmensa convicción.

—Después de la segunda parte no he escuchado, era demasiado tonta —dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario, pero hacía rato que había vuelto a comenzar a murmurar la repetición de su verso favorito.

—No parece que tenga éxito como contadora de historias —dijo de repente el soltero desde su esquina.

La tía se ofendió como defensa instantánea ante aquel ataque inesperado.

—Es muy difícil contar historias que los niños puedan entender y apreciar —dijo fríamente.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo el soltero.

—Quizá le gustaría a usted explicarles una historia —contestó la tía.

—Cuéntenos un cuento —pidió la mayor de las niñas.

—Érase una vez —comenzó el soltero— una niña pequeña llamada Berta que era extremadamente buena.

El interés suscitado en los niños momentáneamente comenzó a vacilar en seguida; todas las historias se parecían terriblemente, no importaba quién las explicara.

—Hacía todo lo que le mandaban, siempre decía la verdad, mantenía la ropa limpia, comía budín de leche como si fuera tarta de mermelada, aprendía sus lecciones perfectamente y tenía buenos modales.

—¿Era bonita? —preguntó la mayor de las niñas.

—No tanto como cualquiera de ustedes —respondió el soltero—, pero era terriblemente buena.

Se produjo una ola de reacción en favor de la historia; la palabra terrible unida a bondad fue una novedad que la favorecía. Parecía introducir un círculo de verdad que faltaba en los cuentos sobre la vida infantil que narraba la tía.

—Era tan buena —continuó el soltero— que ganó varias medallas por su bondad, que siempre llevaba puestas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra por puntualidad y una tercera por buen comportamiento. Eran medallas grandes de metal y chocaban las unas con las otras cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad en la que vivía tenía esas tres medallas, así que todos sabían que debía de ser una niña extraordinariamente buena.

—Terriblemente buena —citó Cyril.

—Todos hablaban de su bondad y el príncipe de aquel país se enteró de aquello y dijo que, ya que era tan buena, debería tener permiso para pasear, una vez a la semana, por su parque, que estaba justo afuera de la ciudad. Era un parque muy bonito y nunca se había permitido la entrada a niños, por eso fue un gran honor para Berta tener permiso para poder entrar.

—¿Había alguna oveja en el parque? —preguntó Cyril.

—No —dijo el soltero—, no había ovejas.

—¿Por qué no había ovejas? —llegó la inevitable pregunta que surgió de la respuesta anterior.

La tía se permitió una sonrisa que casi podría haber sido descrita como una mueca.

—En el parque no había ovejas —dijo el soltero— porque, una vez, la madre del príncipe tuvo un sueño en el que su hijo era asesinado tanto por una oveja como por un reloj de pared que le caía encima. Por esa razón, el príncipe no tenía ovejas en el parque ni relojes de pared en su palacio.

La tía contuvo un grito de admiración.

—¿El príncipe fue asesinado por una oveja o por un reloj? —preguntó Cyril.

—Todavía está vivo, así que no podemos decir si el sueño se hará realidad —dijo el soltero despreocupadamente—. De todos modos, aunque no había ovejas en el parque, sí había muchos cerditos corriendo por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Negros con la cara blanca, blancos con manchas negras, totalmente negros, grises con manchas blancas y algunos eran totalmente blancos.

El contador de historias se detuvo para que los niños crearan en su imaginación una idea completa de los tesoros del parque; después prosiguió:

—Berta sintió mucho que no hubiera flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no arrancaría ninguna de las flores del príncipe y tenía intención de mantener su promesa por lo que, naturalmente, se sintió tonta al ver que no había flores para coger.

—¿Por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —contestó el soltero rápidamente—. Los jardineros le habían dicho al príncipe que no podía tener cerdos y flores, así que decidió tener cerdos y no tener flores.

Hubo un murmullo de aprobación por la excelente decisión del príncipe; mucha gente habría decidido lo contrario.

—En el parque había muchas otras cosas deliciosas. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos loros que decían cosas inteligentes sin previo aviso, y colibríes que cantaban todas las melodías populares del día. Berta caminó arriba y abajo, disfrutando inmensamente, y pensó: «Si no fuera tan extraordinariamente buena no me habrían permitido venir a este maravilloso parque y disfrutar de todo lo que hay en él para ver», y sus tres medallas chocaban unas contra las otras al caminar y la ayudaban a recordar lo buenísima que era realmente. Justo en aquel momento, iba merodeando por allí un enorme lobo para ver si podía atrapar algún cerdito gordo para su cena.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños, con un inmediato aumento de interés.

—Era completamente del color del barro, con una lengua negra y unos ojos de un gris pálido que brillaban con inexplicable ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Berta; su delantal estaba tan inmaculadamente blanco y limpio que podía ser visto desde una gran distancia. Berta vio al lobo, vio que se dirigía hacia ella y empezó a desear que nunca le hubieran permitido entrar en el parque. Corrió todo lo que pudo y el lobo la siguió

dando enormes saltos y brincos. Ella consiguió llegar a unos matorrales de mirto y se escondió en uno de los arbustos más espesos. El lobo se acercó olfateando entre las ramas, su negra lengua le colgaba de la boca y sus ojos gris pálido brillaban de rabia. Berta estaba terriblemente asustada y pensó: «Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena ahora estaría segura en la ciudad». Sin embargo, el olor del mirto era tan fuerte que el lobo no pudo olfatear dónde estaba escondida Berta, y los arbustos eran tan espesos que podría haber estado buscándola entre ellos durante mucho rato, sin verla, así que pensó que era mejor salir de allí y cazar un cerdito. Berta temblaba tanto al tener al lobo merodeando y olfateando tan cerca de ella que la medalla de obediencia chocaba contra las de buena conducta y puntualidad. El lobo acababa de irse cuando oyó el sonido que producían las medallas y se detuvo para escuchar; volvieron a sonar en un arbusto que estaba cerca de él. Se lanzó dentro de él, con los ojos gris pálido brillando de ferocidad y triunfo, sacó a Berta de allí y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, algunos pedazos de ropa y las tres medallas de la bondad.

—¿Mató a alguno de los cerditos?

—No, todos escaparon.

—La historia empezó mal —dijo la más pequeña de las niñas—, pero ha tenido un final bonito.

—Es la historia más bonita que he escuchado nunca —dijo la mayor de las niñas, muy decidida.

—Es la única historia bonita que he oído nunca —dijo Cyril.

La tía expresó su desacuerdo.

—¡Una historia de lo menos apropiada para explicar a niños pequeños! Ha socavado el efecto de años de cuidadosa enseñanza.

—De todos modos —dijo el soltero cogiendo sus pertenencias y dispuesto a abandonar el tren—, los he mantenido tranquilos durante diez minutos, mucho más de lo que usted pudo.

«¡Infeliz! —se dijo mientras bajaba al andén de la estación de Templecombe—. ¡Durante los próximos seis meses esos niños la asaltarán en público pidiéndole una historia impropia!»



A ENREDAR CUENTOS

1962

GIANNI RODARI

(italiano)



—Érase una vez una niña que se llamaba Caperucita Amarilla.

—¡No, Roja!

—¡Ah!, sí, Caperucita Roja. Su mamá la llamó y le dijo: «Escucha, Caperucita Verde...».

—¡Que no, Roja!

—¡Ah!, sí, Roja. «Ve a casa de tía Diomira a llevarle esta cáscara de papa».

—No: «Ve a casa de la abuelita a llevarle este pastel».

—Bien. La niña se fue al bosque y se encontró una jirafa.

—¡Qué lío! Se encontró al lobo, no una jirafa.

—Y el lobo le preguntó: «¿Cuántas son seis por ocho?».

—¡Qué va! El lobo le preguntó: «¿Adónde vas?».

—Tienes razón. Y Caperucita Negra respondió...

—¡Era Caperucita Roja, Roja, Roja!

—Sí. Y respondió: «Voy al mercado a comprar salsa de tomate».

—¡Qué va!: «Voy a casa de la abuelita, que está enferma, pero no recuerdo el camino».

—Exacto. Y el caballo dijo...

—¿Qué caballo? Era un lobo.

—Seguro. Y dijo: «Toma el tranvía número setenta y cinco, baja en

la plaza de la Catedral, tuerce a la derecha, y encontrarás tres peldaños y una moneda en el suelo; deja los tres peldaños, recoge la moneda y cómprate un chicle».

—Tú no sabes contar cuentos en absoluto, abuelo. Los enredas todos. Pero no importa, ¿me compras un chicle?

—Bueno, toma la moneda.

Y el abuelo siguió leyendo el periódico.



POESÍA EN FORMA DE PÁJARO

1973

JORGE EDUARDO EIELSON

(peruano)



azul
brillante
el Ojo el
pico anaranjado
el cuello
el cuello
el cuello
el cuello
el cuello
el cuello
el cuello herido
pájaro de papel y tinta que no vuela
que no se mueve que no canta que no respira
animal hecho de versos amarillos
de silencioso plumaje impreso
tal vez un soplo desbarata
la misteriosa palabra que sujeta
sus dos patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas a mi mesa



EL MONO QUE QUISO SER UN ESCRITOR SATÍRICO

En el relato «El mono que quiso ser un escritor satírico», se asocian determinados animales con ciertos defectos humanos. Copia al costado del nombre de cada animal el defecto con el que se le asocia:

Urraca: _____

Serpiente: _____

Abeja: _____

Gallinas: _____

EL CUENTISTA

En el relato «El cuentista», los niños se aburren de las historias que hablan de una niña buena salvada debido a su bondad. Los niños inmediatamente preguntan si no la hubiesen salvado de todas formas, fuera buena o mala. ¿Por qué habría que rescatar a una persona ya sea ella buena o mala?

Cuando la niña está oculta y aparentemente a salvo, ¿qué la pone en evidencia? ¿Y qué sensación te provocó que la niña sea descubierta?

El soltero cuenta a los niños una historia en la que ser una niña muy buena resulta perjudicial. ¿Por qué la tía considera esa historia inapropiada para los niños?

¿Crees que los relatos deben tener siempre una enseñanza?, ¿por qué?

A ENREDAR CUENTOS

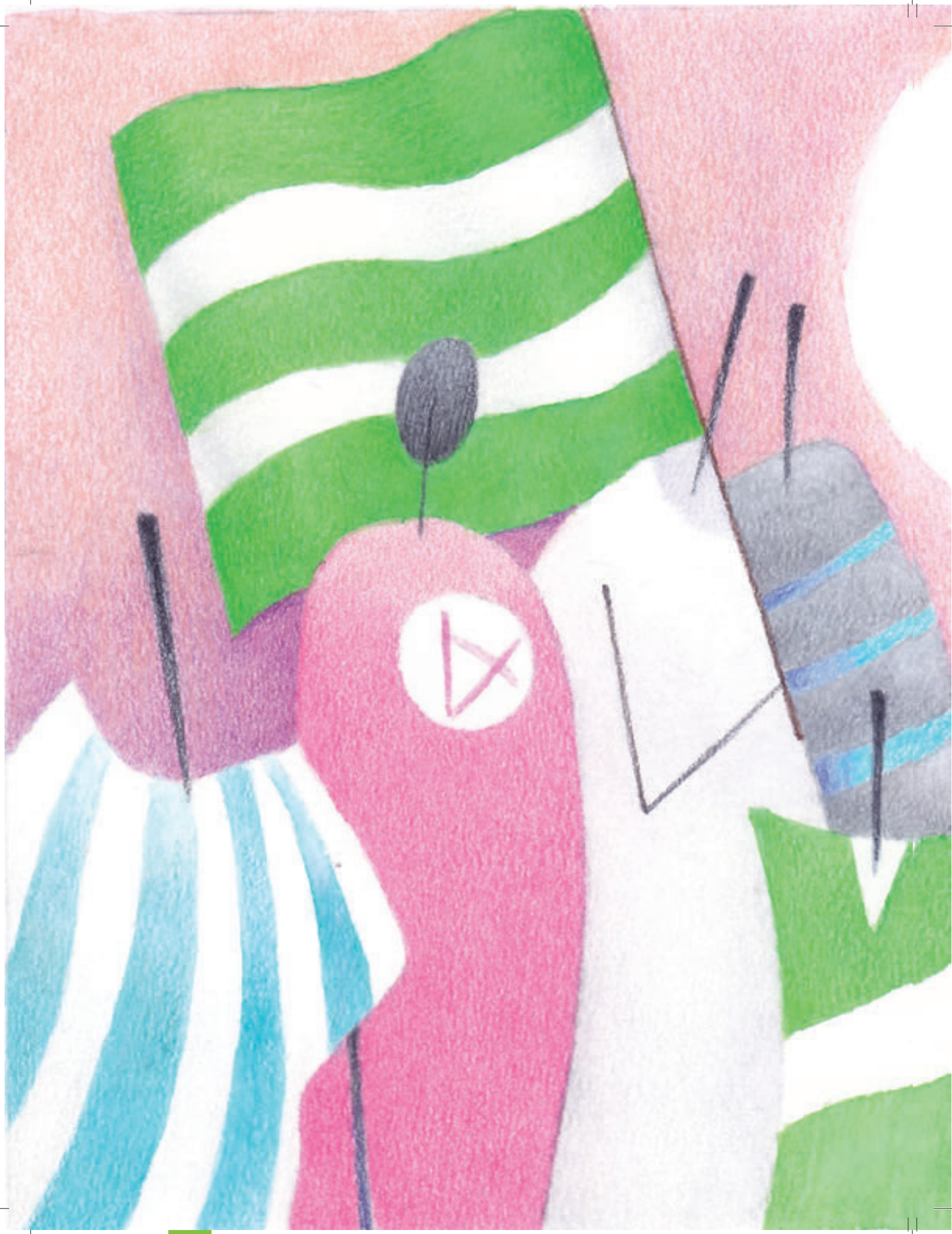
En el relato «A enredar cuentos», el abuelo cuenta a su nieta «La caperucita roja», pero haciendo muchos cambios en la historia. ¿Crees que lo hace a propósito? Si crees que sí, ¿qué razón puede tener?

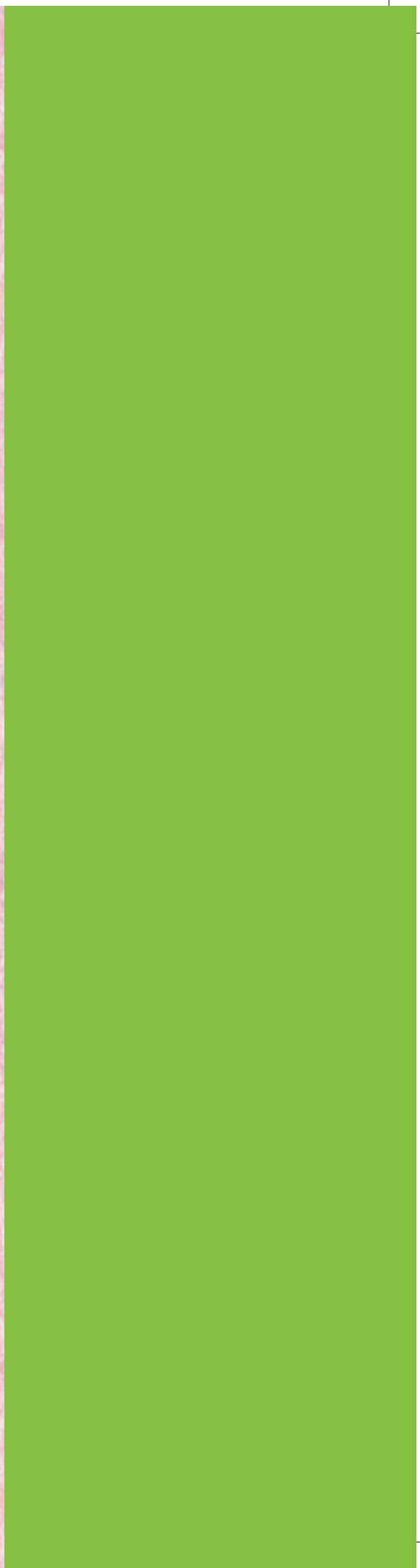
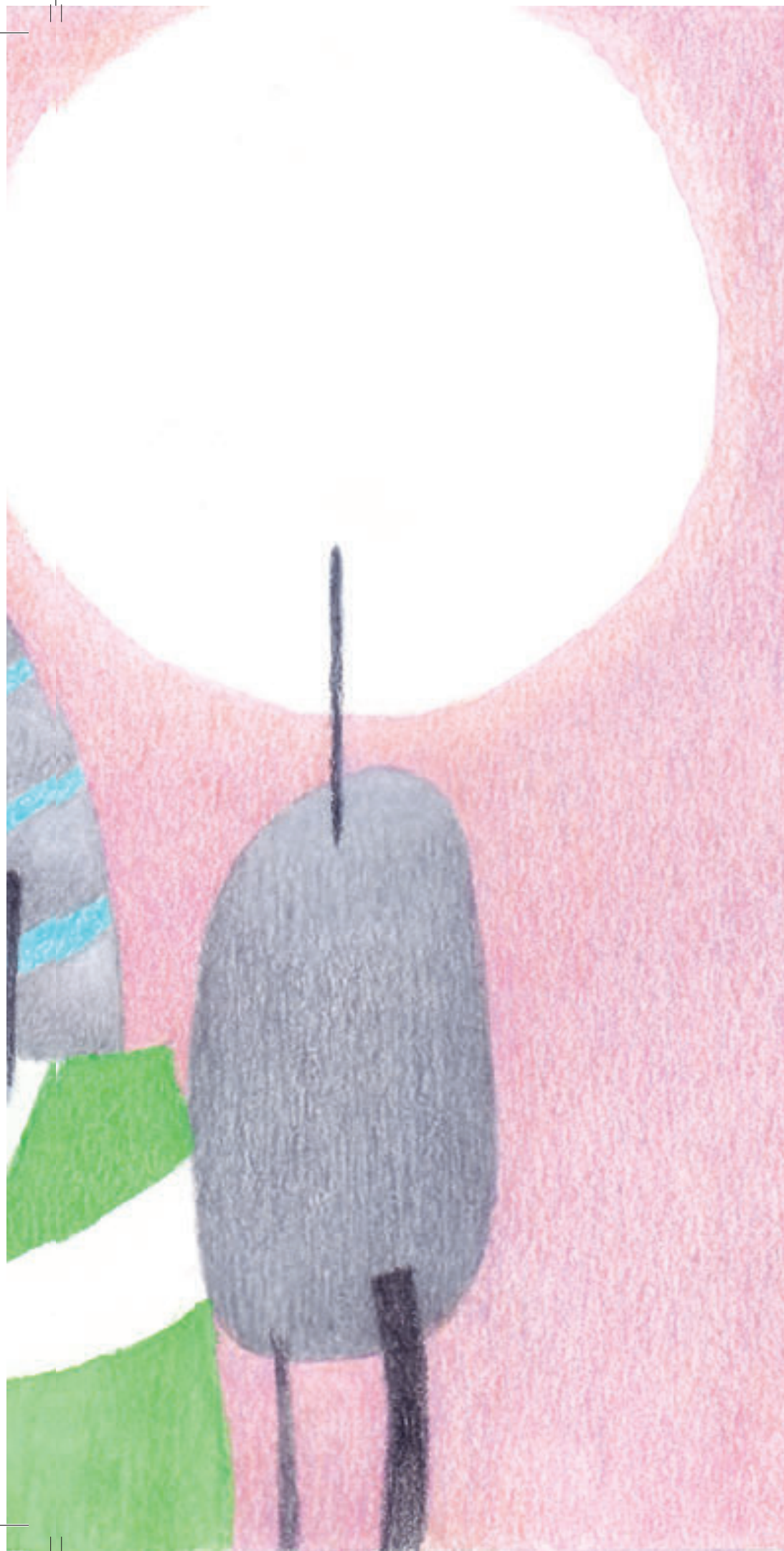
Ahora, imagina que te cuentan de manera enredada el relato que mejor conoces. ¿Quién te lo contaría? Imagina todo los cambios que podrían hacerle y que tú corregirías. ¿Y cómo sería el final de esta situación? Escribe a continuación tu cuento enredado, como si fuese un diálogo. Toma como modelo «A enredar cuentos».

POESÍA EN FORMA DE PÁJARO

El poema «Poesía en forma de pájaro» habla de un ave hecha de versos en el papel que está sobre la mesa del escritor. Te habrás dado cuenta de que los versos están ubicados de tal manera que forman la figura de un pájaro. ¿Por qué la palabra «Ojo» de la tercera línea empieza con la «O» mayúscula?







LOCA DE BASURAL

1991

ROSELLA DI PAOLO

(peruana)



Soy la loca que revuelve en la basura
y estoy aquí gritando tu nombre
tu nombre que aviento contra latas descartadas
(yo la descartada) y que revienta y me salpica
porque soy la loca que tú sabes
acaba de llevarse una botella al ojo
y te observa arriba entre las moscas
la loca bien trajeada con sus cáscaras
de naranja al cuello y gritando
que el sol es verde y pica
como pulga, como las mil pulgas
y qué rico es rascarse hasta que vengas
con tus manos de policía a ordenarme la cabeza
a revisarme por todas partes como Dios manda
y a seguir el ritmo suelto del tornillo
que me está bailando
como un trompo aterrado
como un trompo.



EL CAFÉ

1960

NICOMEDES SANTA CRUZ

(peruano)



Tengo tu mismo color
y tu misma procedencia,
somos aroma y esencia
y amargo es nuestro sabor.
Tú viajaste a Nueva York
con visa de Zimbabué,
yo mi Trópico crucé
de Abisinia a las Antillas.
Soy como ustedes semillas.
Soy un grano de café.

En los tiempos coloniales
tú me viste en la espesura
con mi liana a la cintura
y mis arbóreos timbales.
Compañero de mis males,
yo mismo te trasplanté.
Surgiste y yo progresé:
en los mejores hoteles
te dijeron ¡qué bien hueles!
Y yo asentí «uí, mesié».

Tú de porcelana fina,
cigarro puro y cognac.
Yo de smoking, yo de frac,
yo recibiendo propina.
Tú a la Bolsa, yo a la ruina;
tú subiste, yo bajé...
En los muelles te encontré,
vi que te echaban al mar
y ni lo pude evitar
ni a las aguas me arrojé.

Y conocimos al Peón
con su «café carretero»,
y hablando con el Obrero
recorrimos la nación.
Se habló de revolución
entre sorbos de café:
cogí el machete... dudé,
¡tú me infundiste valor
y a sangre y fuego y sudor
mi libertad conquisté!...

Después vimos al Poeta:
lejano, meditabundo,
queriendo arreglar el mundo
con una sola quarteta.
Yo, convertido en peseta,
hasta sus plantas rodé:
¡qué ojos los que iluminé,
qué trilogía formamos
los pobres que limosneamos
el Poeta y su café!...

Tengo tu mismo color
y tu misma procedencia,
somos aroma y esencia
y amargo es nuestro sabor...
¡Vamos, hermanos, valor,
el café nos pide fe;
y Changó y Ochún y Agué
piden un grito que vibre
por nuestra América libre,
libre como su café!



APU CÓNDROR

Tradición oral del Valle del Colca

En la parte baja del valle, por el lado de Choqo, hay unos cerros que dicen, son el padre y la madre de los cóndores. Y estos cóndores, al salir de esa dirección, se posan en la cruz de cóndor, que es el lugar donde descansan. Igualmente el Inca, al estar yendo a Cabana, también descansó ahí. Asimismo, hoy al salir de abajo, descansan ahí.

En el lenguaje de los cóndores hay esta costumbre. Hay un cóndor que es el que coge una oveja. Pero este cóndor no lo come al instante, le comunica a otro cóndor para que venga. Este cóndor que baja es grande, da vueltas; el cóndor que ha cogido a la oveja, cuida; y el que viene a ver se regresa. Entonces este último trae al Apu Cóndor, su otro nombre es Mallku, también se le dice Apuchin. Él tiene, en el cuello, una chalina blanca. A este es al que le trae, y este cóndor es el que inicia a comer los ojos —de los dos lados—, más el corazón. Nada más eso come.

Hecho esto, se va. Y recién el resto de los cóndores comen amontonándose. Pero tampoco entran a comer de frente. Ni ese Apu Cóndor come de frente. Antes, abre sus alas y mira al sol. Igual que el cura en la misa, mira al alto, así. Ahí el cóndor reza un rato. Una vez que ha terminado de rezar, recién come el corazón y los ojos.

Asimismo, algunos cóndores al lado del ganado muerto, dan vueltas, como soldados en fila, uno tras otro. Cuando concluyen de dar vueltas, recién llega el Apu Cóndor Apuchin, de cuello blanco. Si es una oveja, igual que una oveja bala ese cóndor: «baa» dice. Si es una llama, también igual que una llama gime. ¿Pero para qué llora? Lloro así, para que al año siguiente nazca igual. Antes de comer apela al Hanaq Pacha Inti Taita.

Parece que da su agradecimiento para que ese ganado se reponga igual.
Si come un burro, igual que un burro rebuzna; si come un toro, igual que
el toro brama.

Así es, la vida de los cerros.



LA SUEGRA QUE, DE PESAR, SE TRANSFORMÓ EN CARACHUPA

Tradición oral cashinahua

Tener una suegra es una cosa. Ahora, tener una suegra desdentada es otra... puede provocar situaciones bien mortificantes como lo va a demostrar este cuento.

Un hombre, pues, tenía una suegra bien viejecita, a la que no le quedaba un solo diente. Esto era bien cargante porque toda vez que su yerno sembraba una chacra de maíz, la viejecilla vivía pendiente del momento en que las mazorcas se llenasen con granos de leche, deliciosamente tiernos y casi líquidos, ideales para su boca donde no quedaba ya un solo diente. Entonces, voraz en su apetito nunca satisfecho, arrasaba con el sembrío. De esta suerte, el yerno se encontraba siempre sin maíz maduro y —lo que era peor todavía— en el penoso trance de mendigar continuamente nuevos granos donde sus familiares para poder resembrar maíz.

Sin embargo, un día la paciencia se le agotó. Poniéndose de acuerdo con su mujer, decidieron sembrar esta vez, un campo de maíz solo para ellos dos. Por fin podrían comer maíz en su punto debido y guardar semillas. Pero ¡qué poco conocían la sagacidad de la suegra! No en vano había vivido tanto tiempo; no se la podía burlar tan fácilmente. En efecto, inmediatamente supo que había pedido semillas a un pariente y eso significaba, ¡una nueva chacra de maíz! Él no pudo negar el hecho. Desesperado, resolvió entonces engañarla, falseándole cuando le preguntara por el estado de crecimiento de la planta.

El maíz ya estaba de buena altura y comenzaba a florecer. Su suegra, con su hambre impaciente, le preguntó:

—Yerno, ¿ya brotó el maíz?

—No. Apenas acaba de germinar —le hizo decir a su esposa.

Cuando las mazorcas tiernas se hubieron cargado de granos lechosos, que apasionaban a la vieja, él le hizo creer:

—Está por brotar.

Por último, las mazorcas maduraron y las plantas empezaron a secarse, ¡al fin iban a cosechar su propio verdadero maíz!

Esa noche, la suegra, extrañada por la excesiva demora, preguntó vivamente a su yerno cómo andaba la cosa y cuándo podría ir a la chacra para darse un atracón a su regalado gusto, según su costumbre.

—Todavía algunos días de paciencia, suegra.

La horrible viejecilla rio a toda encía pensando en el succulento festín que no tardaría en proporcionarse. Soñó con esto toda la noche. ¡Su estómago irradiaba bienestar adelantadamente!

Al día siguiente, se sintió tan robustecida que empuñó su bastón y se encaminó, a paso tan vivo como se lo permitían sus años, hacia la chacra. Quería constatar con sus propios ojos la aparición de las mazorcas. Y, ¿quién sabe?, de repente podría descubrir alguna que le sirviera de entre-més mientras esperaba las otras, ya con conocimiento de causa.

Su hija y su yerno estaban en la chacra, ocupados en cosechar maíz de granos duros. De una sola ojeada, la vieja desdentada vio cómo y cuánto había sido engañada. Concibió una cólera sin límites contra su yerno y su hija, cómplice de sus mentiras. Rechazó todo consuelo y toda compensación; se negó a regresar a casa con ellos y se quedó en el campo llorando amargamente.

Deshecha en llanto, rasguñaba el suelo con la punta de su bastón. A fin de marcar mejor su cólera y su aflicción, se había recubierto la cabeza y la espalda con la pampanilla que había traído para encerrar una eventual primera cosecha de choclo tierno.

Cuando cayó la noche se puso en marcha, siempre raspando la tierra delante de ella. La pampanilla, que llevaba sobre el dorso, gradualmente se transformó en caparazón y ella se convirtió en carachupa. ¿Saben?, esos extraños animales de aspecto envejecido que constantemente escarban el suelo para descubrir gusanos tiernos y deglutirlos en su rara boca desdentada...

Al día siguiente, su yerno y su hija, inquietos por no haberla visto regresar, fueron en su búsqueda. Siguieron las huellas y comprendieron que la suegra, enconada contra ellos, se había transformado en carachupa. Incluso descubrieron la madriguera que se había hecho en el bosque, no lejos de allí.



LOCA DE BASURAL

En el poema «Loca de basural», la voz poética expresa su locura. Describe en tus propias palabras cómo te imaginas a esta loca. ¿Cómo estará vestida? ¿Cómo estará peinada? ¿Qué artículos llevará como adornos?

Se dice que los locos tienen flojo un tornillo. ¿Cómo siente que se mueve el tornillo la loca de basural?

EL CAFÉ

En el poema «El café», la voz poética, un afrodescendiente, se identifica con un grano de café. Ambos salen de África. El café termina en Nueva York; la voz poética, en las islas del Caribe. Explica si ambos tienen la misma suerte en la vida.

Relee estos versos: «Tengo tu mismo color / y tu misma procedencia, / somos aroma y esencia / y amargo es nuestro sabor...». ¿Por qué crees que el poeta dice que ambos tienen sabor amargo?

¿Crees que la voz poética siente que los afrodescendientes son personas libres? Copia los versos en los que te das cuenta de la respuesta.

APU CÓNDOR

En el relato «Apu Cóndor» dan cuenta de algunas costumbres de los cóndores. Uno de ellos recibe más respeto: el Apu Cóndor. ¿Qué otro nombre tiene?

¿Por qué el Apu Cóndor debe imitar el sonido del animal del que se está alimentando?

LA SUEGRA QUE, DE PESAR, SE TRANSFORMÓ EN CARACHUPA

En el relato «La suegra que, de pesar, se transformó en carachupa», sucede que una mujer se transforma en carachupa o armadillo. ¿Cómo se la describe en el relato?

¿Por qué quiere la suegra comer maíz muy tierno?



La hija y el yerno quieren comer maíz maduro; la suegra, maíz muy tierno. ¿Crees que tienen razón la hija y el yerno en engañar a la suegra?, ¿por qué?

En todos estos últimos textos los personajes se comparan o imitan o se transforman en otro: una loca, un grano de café, la imitación de sonidos de otros animales y una carachupa. Escribe a continuación un relato en el que tú te transformes en un animal. Podría ser tu animal favorito. Dibújalo como lo imaginas.

ACTIVIDADES







CONSUMIR PREFERIBLEMENTE ANTES DE...

aproximadamente 2000

LAURIE CHANNER

(canadiense)



Mackenzie hizo a un lado las sobras y el apio mustio para ver qué había en la parte trasera del frigorífico. Ahí seguía el vaso de plástico de yogur. Su padre aún no lo había visto, o de lo contrario ya lo habría tirado. Era de color azul y blanco, y tenía un aspecto de lo más normal. Pero Mackenzie tenía miedo de abrirlo. Llevaba mucho tiempo ahí. Sería realmente asqueroso. De color verde y con moho, o tal vez incluso sería azul y con moho. Mackenzie había visto incluso moho de un vivo color púrpura en una ocasión. Y cuanto más tiempo pasara, peor se pondría.

Se agachó, haciéndose camino hasta el estante inferior. El cubo de la basura estaba al lado. Podía coger el envase y lanzarlo rápidamente al cubo sin siquiera abrirlo.

Mackenzie lo alcanzó.

Y algo en el interior se movió.

Dio un grito y apartó el brazo. La tapa se estaba hinchando. Y seguía hinchándose. Pero seguía cerrada. Tan herméticamente cerrada que parecía que fuera a estallar con solo tocarla.

Mackenzie imaginó el horrible y putrefacto aroma que se estaría intensificando en el interior del vaso de yogur. Glup. No podría deshacerse de él sin que aquella peste inundara toda la casa. Evidentemente, su padre se volvería loco. Más aún si el olor tardaba varios días en irse, como si fuera el de una mofeta¹.

Devolvió el resto de cosas al interior, cerciorándose de que el vaso quedaba oculto y de que nada entraba en contacto con él. Cerró la puerta del frigorífico a

1 Mofeta: mamífero carnívoro y parecido exteriormente a la comadreja, de la cual se diferencia por su tamaño y pelaje. Es propio de América y lanza un líquido fétido que segregan dos glándulas situadas cerca del ano.

toda prisa y se quedó de piedra al pensar que tal vez el portazo habría sido tan fuerte que el vaso se habría sacudido y habría estallado. Durante un instante permaneció ahí, a la espera de oír «pop». Pero no sucedió. Aún no.

Mackenzie se marchó de la cocina.

—¿Lo abriste? —preguntó Jason.

Estaba montado en la bici, en la entrada de la casa de ella.

Mackenzie se había sentado para ponerse los patines.

—Ni pensarlo —sacudió la cabeza—. No pienso abrirlo. —Fue a raíz de una apuesta con Jason, su mejor amigo, que había ocultado el vaso de yogur en la parte trasera de la nevera. Todo aquello había sucedido antes de las vacaciones de verano. Ambos habían decidido que iban a dejar que algo se pudriera en la nevera. Ganaría quien consiguiera que Roddy Blandings vomitara—. La tapa ahora tiene esta forma —dijo, y trazó la forma abombada en el aire.

—¡Fantástico! —dijo Jason—. ¡Qué suerte tienes de no tener madre! El queso empezaba a tener moho cuando lo descubrió y lo tiró.

—Mi padre nunca limpia la nevera —dijo Mackenzie.

Pero estaba preocupada. La madre de Jason había tirado el queso al poco de empezar. Mackenzie se había olvidado del yogur hasta ayer, cuando Roddy había vomitado después de montar en los columpios del parque. Y ahora quien tal vez vomitaría sería ella.

—¡Ecs! —dijo Jason—. ¿Y si la cosa estalla como una bomba fétida? ¡Pum! Se llenará la cocina de una cosa asquerosa. Y tendrán que venir los Expertos.

Mackenzie no quería que sucediera tal cosa. Habían oído hablar de los Expertos en Eliminación de Consumibles, a los que se recurría cuando sucedía algo terrible en una casa, pero nadie en el vecindario los había visto. Los Expertos eran unos tipos grandes y tremendos, vestidos con abrigos de goma y que se desplazaban a bordo de un misterioso camión en el que guardaban las cosas que se pudrían. Roddy Blandings había dicho que también iba a parar al camión el responsable de la travesura, en un tanque de basura con toda la porquería que habían recogido.

—No van a venir solo por un vaso de yogur —dijo Mackenzie. Esperaba estar en lo cierto.

—Más vale que lo tires de una vez —dijo Jason.

—¡Ni hablar! —exclamó Mackenzie—. ¿Y si estalla cuando lo toque?

—Pues díselo a tu padre —dijo Jason.

—Está trabajando —dijo Mackenzie—. No puedo llamarle a menos que sea una emergencia. —Su padre trabajaba de jardinero y cada día estaba en un sitio diferente.

—Será una emergencia en el momento en que la cosa estalle —rió Jason—. ¡Me largo! —saltó sobre los pedales y empezó a pedalear en dirección al parque.

Mackenzie miró de nuevo a la casa, nerviosa, antes de salir tras él, patinando y gritando:

—¡Espera!

Era la hora de la comida cuando regresaron a la calle. De inmediato supieron que algo no marchaba bien. Se detuvieron en una máquina y se quedaron mirando.

—¡Eh! ¡Es tu casa! —dijo Jason, pues Mackenzie no podía verlo.

Un gran camión negro estaba aparcado frente a la casa de Mackenzie. Era mucho mayor que la furgoneta del padre de Mackenzie, que solía estar aparcada ahí. Del camión salía una ancha banda amarilla que llegaba hasta la entrada principal de la casa, y que entraba por la puerta, que estaba abierta. Detrás del camión había una cosa enorme, de cemento, con forma de lata y sobre ruedas. Aquella cosa tenía una tapa como la de una alcantarilla, con una bisagra gigante.

—¡Son ellos, son ellos! —dijo Jason—. ¡Y ahí está la cisterna de la basura!

Mackenzie sintió que algo se le removía en el estómago. Los Expertos en Eliminación de Consumibles estaban en su casa. Finalmente, la cosa aquella de la nevera debía de haber estallado. Y su padre ni siquiera había llegado del trabajo.

—Volvamos al parque —dijo.

Pero no se podía mover.

Los vecinos habían salido a los jardines de sus casas y observaban. Los mayores llevaban del cuello a los niños, y no les dejaban acercarse al camión. Corría el rumor de que el olor procedente de la cisterna de basura podía matar a una persona si se acercaba lo suficiente. Mackenzie se preguntaba si el olor del vaso de yogur tendría el mismo efecto. Oisqueó el aire, pero no olía a nada.

Dos tipos grandes, vestidos con unos grandes abrigos negros y abrochados, con enormes botas y unos cascos relucientes salieron por la puerta principal de la casa. Miraron a su alrededor, pero unas imponentes máscaras antigás les cubrían el rostro. Llevaban bombonas de aire a la espalda, y guantes, unos guantes gruesos y de goma que llegaban más arriba del codo, escondiendo las mangas de los abrigos.

Jason se acercó al adulto que le quedaba más próximo. Era una mujer que estaba en la calle fingiendo que lavaba el coche aunque en realidad observaba lo que sucedía, como el resto.

—Disculpe, señora —dijo—. ¿Qué sucede? Es su casa —y señaló a Mackenzie, que quería esconderse.

La mujer frunció el entrecejo al ver a Mackenzie.

—Debe de haber algo que pone en peligro al vecindario. Cuando los Expertos tienen que venir, es que sucede algo grave. Van a realizar una extracción.

—¡Pero si no los hemos llamado! —dijo Mackenzie—. ¡Ni siquiera estamos en casa! —se preguntaba cómo sabían lo que había hecho.

—¡Oh! Pero pueden entrar si es preciso —dijo la mujer—. En este sentido, son como la policía. —Dedicó a Mackenzie una mirada reprobatoria—. Y si nadie los ha llamado, la cosa debe de ser muy grave. Ve y diles que tú vives ahí. Querrán verte.

Mackenzie no sabía que aquel vaso pudiera ser un peligro para toda la calle. Tampoco sabía el sentido de la palabra «extracción». Le sonaba a lo que hacían con un niño de diez años que hubiera causado problemas. Extraerlo y llevarlo a la cisterna de la basura.

Mackenzie se dio la vuelta y patinó tan rápido como pudo.

Regresó al parque. No había un alma. Todos los chicos habían ido a su calle, a ver a los Expertos.

Mackenzie se columpió, pero no se divertía. Se quedó mirando al suelo y se preguntaba si jamás podría volver a casa.

—¡Mackenzie!

Alzó los ojos y vio cómo se acercaba un hombre. Un hombre grande, vestido con un gran abrigo negro y con botas y casco. Iba directamente a por ella, y se dirigía a ella por el nombre.

¡Lo sabían! Mackenzie saltó del columpio dispuesta a huir. Pero se olvidó que aún llevaba puestos los patines y cayó al césped. El hombre se había puesto a correr para atraparla, ataviado con aquel traje de goma negro, aterrador, que se sacudía al ritmo de sus movimientos, como si fuera un murciélago o un pájaro comeniños gigante. Mackenzie intentó huir patinando, pero la hierba estaba húmeda y volvió a caerse, y se torció un tobillo. No podía ponerse en pie. A su espalda, las botas del Experto sonaban cada vez más cerca. Lanzó un grito y cerró los ojos al tiempo que el hombre se agachaba y la cogía.

—¡No huyas, Mackenzie!

Mackenzie gritó y dio patadas. El hombre la levantó.

—Tienes que venir conmigo —dijo con una voz firme y profunda.

Iba a acabar en la cisterna de la basura, lo sabía.

—¡No! ¡No! —exclamó. Intentaba zafarse—. ¡No me llesves!

De súbito, Mackenzie notó que la devolvían al césped. El Experto se puso de cuclillas y la miró de frente.

—Mackenzie, ¿qué crees que estamos haciendo ahí dentro?

Ya no llevaba la máscara de ojos saltones pero, por debajo del casco, se le veía con el ceño fruncido. Mackenzie seguía asustada.

—Habéis sacado algo de la nevera y ahora me vais a llevar a la cisterna de la basura —dijo, rompiendo a llorar.

—Tenemos que realizar nuestro trabajo para proteger a la gente —dijo el Experto—. Hay muchas cosas peligrosas en el mundo, mucho más peligrosas que antes. Cosas que provocan enfermedades. No podemos dejar que se escape un germen y que, por su culpa, todo un vecindario enferme. Necesitamos que nos digas dónde encontrar a tu padre.

—¡Mi padre no les dejará que me lleven a la cisterna de la basura!

El Experto se sentó y se quitó aquel casco parecido al de los bomberos.

—¿Quién te ha dicho eso? ¡No vas a ir al tanque!

—¡Oh! —Por vez primera, Mackenzie advirtió que el hombre tenía el pelo castaño y ondulado, como su padre—. ¿No?

El Experto le alargó su enorme mano. Mackenzie la esquivó, pero el hombre la despeinó.

—No lo haremos si nos ayudas a hacer nuestro trabajo —dijo, y sus ojos se almendraron cuando sonrió.

Mackenzie estaba en el porche de su casa, mientras los Expertos se llevaban sus cosas y recogían la cinta amarilla. Ya habían acabado en su casa y se habían despojado del equipo. Bajo los abrigos, vestían camisas y pantalones azules como los que solía usar su padre para ir al trabajo. No se quitaron las botas. El segundo Experto era rubio.

Los chicos del vecindario, incluido Jason, miraron a los Expertos y luego a Mackenzie, como si ella también fuera importante.

El Experto de ojos almendrados fue hasta el camión y volvió con algo. Era un vaso de yogur con el nombre «Metro» en rojo.

—Toma —dijo—. Lo hemos limpiado. Puedes quedártelo. A los niños siempre os gusta guardar envases.

De repente, Mackenzie tuvo un mal presagio. Aquel no era su vaso. Ese era uno que su padre había comprado hacía solo una semana. Estaba en la primera fila de la nevera. Su vaso era azul y blanco. Un vaso abombado de color azul y blanco. Tal vez no lo habían visto, allá, al fondo del último estante. Y el suyo no solo contenía yogur. Había puesto mil cosas en el interior que podían estropearse. Había metido incluso fertilizante que había sacado de la camioneta de su padre. Nunca se lo había contado a Jason, por si pensaba que era hacer trampas.

Mackenzie quería contárselo a los hombres, pero no era capaz. Tal vez dejarían de ser amables si descubrían que estaba criando algo malo a propósito. Pero también se sentía mal al no hablarles de ello.

Oyó que el rubio estaba hablando con su padre por teléfono.

—El escáner del cajero de Food Mart nos ha revelado el nombre de todas las personas que compraron un cierto tipo de yogur —dijo—. Marca Metro, 250 mililitros, natural, en packs. Es una remesa muy mala. Se contaminó en la lechería. Tienen suerte de no haber probado ni uno aún. Me temo que no tenemos tiempo de limpiarle la nevera, pero aún nos quedan muchas visitas. Aun así, vaya pensando en tirar el apio.

Mackenzie fue hasta la cocina sin que lo viera y se quedó frente al frigorífico. No parecía haber cambiado. Pero seguía habiendo algo malo en el interior.

Por la puerta principal, aún abierta, pudo oír cómo se cerraban las puertas del camión. Unos segundos más y sería demasiado tarde para decirselo a los Expertos. Mackenzie todavía no estaba segura. Tal vez si volvía a echar un vistazo...

Al alcanzar el pomo de la puerta de la nevera, oyó un «pop» alto y súbito. Mackenzie se detuvo con la mano en alto.

El frigorífico empezó a moverse.

Mackenzie gritó al tiempo que la puerta se abría. Un huevo podrido, leche agria y un asqueroso olor salieron proyectados. Volvió a gritar conforme una cosa grande y viscosa, y de un color verde turquesa, se inflaba en el último estante. Empujaba todo lo que tenía ante sí. Al suelo cayeron tarros de mostaza y de salsas. Se hacía cada vez más grande, y cambiaba de forma, golpeando las baldas que quedaban encima. Las botellas de leche y de refrescos estallaron al chocar con el suelo. Por todas partes se habían esparcido restos y aquella cosa de la nevera seguía creciendo.

Mackenzie no podía soportar seguir ahí, inmóvil. A causa de aquel olor horrible, se desvaneció.

No les oyó llegar, pero de repente los Expertos estaban en la puerta de la cocina. Pero entonces, la cosa del frigorífico se abalanzó sobre ella.

Se pegó a su espalda y su asquerosa textura verde recubrió a la chica. Era casi tan grande como Mackenzie, con unos pulmones que parecían de enredadera y que trataban de rodearla a pesar de su oposición. Aquel olor espantoso y terrible la estaba ahogando. Podía oír cómo los hombres se gritaban entre sí.

—¡Yo la sacaré, tú coge las tenazas!

Uno de los Expertos había saltado contra la criatura y la separó de la niña, y la cosa empezó a retorcerse por el suelo. Ahora había cubierto al Experto, al del pelo castaño. No podía verle la cara, cubierta por aquella cosa apestosa y que se retorció, sino simplemente el pelo. Mackenzie cogió una botella de spray desinfectante del armario que estaba bajo el fregade-

ro y lanzó un chorro. La criatura se resistió al spray y continuó pegada al hombre. Los gritos apagados de este iban perdiendo fuerza.

El Experto de pelo rubio regresó corriendo a la cocina con las pesadas tenazas negras y las hundió con fuerza en la cosa verde. Una mezcla poco espesa de sangre y yogur blanco salió despedida en todas las direcciones. Volvió al ataque. Mackenzie escondió el rostro.

Aquella cosa de textura de yogur emitió un silbido que se tornó en un gorgoteo. De repente, todo había vuelto a la calma.

Mackenzie abrió los ojos. Las paredes de la cocina estaban cubiertas de yogur, y aquella horrible cosa verde seguía sobre el cuerpo del Experto en el suelo.

—¡No se mueve! —dijo.

El Experto rubio quitó los restos de la criatura de encima de su compañero. El hombre del pelo castaño y ondulado seguía sin moverse.

—¡Le has dado con las tenazas! —gritó Mackenzie.

—No —dijo el compañero—. Se ha ahogado debajo de esa cosa —se arrodilló—. Nunca había visto nada así —sacudió la cabeza, incrédulo—. Tratamos con comida y con gérmenes, no con monstruos.

Mackenzie entonces rompió a llorar, allí mismo, en el suelo. Todo era por su culpa.

—Lo siento.

El Experto sacudió la cabeza y adoptó un aire también triste.

—No, es culpa nuestra. Deberíamos haber comprobado todo el frigorífico cuando aún llevábamos las máscaras puestas. Entonces se habría salvado.

Se sentó en el suelo y con un brazo rodeó a Mackenzie y observó a su compañero.

—Al menos, estará contento por haberte salvado —dijo.

Pero Mackenzie no podía dejar de llorar.

Pasó mucho tiempo antes de que las cosas regresaran a su cauce. El padre de Mackenzie regresó a casa al mismo tiempo que lo hacían los agentes para ayudar al Experto a echar aquella criatura que había salido del yogur en la cisterna de basura. El vecindario miraba, y Roddy Blandings vomitó al ver y al oler aquella cosa. Y luego se llevaron al Experto muerto.

Diversos miembros de un cuerpo especial limpiaron la nevera y el yogur de la cocina. Cuando acabaron, le ofrecieron un vaso de yogur azul y blanco, limpio. Mackenzie no lo quiso.



LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

1876

MARK TWAIN¹
(estadounidense)



Esta novela transcurre en una pequeña ciudad ficticia del sur estadounidense, a orillas del río Mississippi, antes de la Guerra de Secesión Norteamericana. Los personajes viven en un mundo tradicional y religioso que es puesto en jaque por sucesos misteriosos y un cruel asesinato. El protagonista, Tom Sawyer, es un joven alegre y juguetón que se ve envuelto en fascinantes aventuras. En este capítulo, los dos amigos –Tom y Huck– pretenden encontrar y desenterrar un tesoro en una casa “encantada”, vieja y abandonada. Durante la noche, se aproximan a la casa dos delincuentes, uno de ellos es el indio Joe, que ha asesinado a una persona. Este crimen fue presenciado por Tom, quien así se convirtió en un enemigo de este delincuente. Joe caminaba en días anteriores por el pueblo disfrazado de español sordomudo. A continuación, aquí tienes el capítulo 26 de esta novela.

Hacia el mediodía, los chicos llegaron al árbol muerto. Habían ido a recoger sus herramientas. Tom estaba impaciente por llegar a la casa encantada. Huck también lo deseaba, pero no tanto como para estar impaciente. Dijo:

—Escucha, Tom, ¿no sabes qué día es hoy?

Tom recorrió mentalmente los días de la semana y luego alzó los ojos con sorpresa.

—¡Oh! ¡No tenía ni idea, Huck!

—Yo tampoco, pero de pronto me he dado cuenta de que era viernes.

—¡Maldita sea! Toda precaución es poca, Huck. Nos habríamos metido en un buen lío si nos llegamos a presentar allí en viernes.

—¡Ya lo creo! Quizá haya días de suerte, pero el viernes no es uno de esos días.

—El más tonto de todos lo sabe, no creo que hayas sido el primero en descubrirlo, Huck.

—Yo no he dicho que haya sido el primero, ¿vale? Además, el hecho de que sea viernes no lo es todo. Esta noche he tenido un sueño de lo más espantoso... He soñado con ratas.

¹ Seudónimo de Samuel Langhorne Clemens.

—¡No! Mala señal. Eso significa problemas. ¿Se peleaban?

—No.

—Eso es bueno, Huck. Cuando no se pelean, solo quiere decir que hay problemas cerca, ¿sabes? Lo que tenemos que hacer es estar bien alerta y mantenernos al margen de las complicaciones. Dejaremos el tesoro para mañana y hoy jugaremos. ¿Sabes quién fue Robin Hood, Huck?

—No, ¿quién fue?

—Fue uno de los hombres más grandes que jamás hubo en Inglaterra... y el mejor. Fue un bandolero.

—¡Bravo! A mí me gustaría mucho ser bandolero. ¿A quién robaba?

—Solo a los alguaciles y a los obispos, a la gente rica, a los reyes y gente así. Pero nunca molestaba a los pobres. Los quería. Siempre compartía con ellos su botín, y con toda justicia.

—¡Pues debió de ser un tipo estupendo!

—¡Por supuesto que lo fue, Huck! Fue el hombre más noble que ha existido jamás. Ya no hay hombres como él, puedes creerme. Podía zurrar a cualquier hombre de Inglaterra con una mano atada a la espalda; y cogía su arco de tejo y atravesaba una moneda de diez centavos a milla y media de distancia.

—¿Qué es un arco de tejo?

—No lo sé. Es un tipo de arco, naturalmente. Y si solo rozaba el canto de la moneda, se sentaba en el suelo y lloraba... y renegaba. Ahora juguemos a Robin Hood... Es una diversión estupenda. Yo te enseñaré.

—De acuerdo...

Así que jugaron a Robin Hood toda la tarde. De vez en cuando lanzaban una mirada ansiosa a la casa encantada y hacían algunos comentarios sobre los proyectos y las posibilidades que tenían sus planes para el día siguiente.

Cuando el sol comenzó a ponerse por el oeste, se dirigieron hacia el pueblo pasando por las largas sombras de los árboles y pronto fueron engullidos por el bosque de la colina de Cardiff.

Algo después del mediodía del sábado, los chicos ya volvían a estar junto al árbol muerto. Fumaron y charlaron durante un rato a la sombra, y después cavaron un poco en el último hoyo; lo hicieron sin muchas esperanzas, sencillamente porque Tom dijo que se habían dado muchos casos en que la gente había abandonado un tesoro después de haber cavado a unas pocas pulgadas de donde estaba, y luego, algún otro se lo había llevado con solo cuatro golpes de pala. Esta vez la cosa tampoco funcionó, de forma que los chicos se echaron las herramientas a la espalda y se alejaron pensando que no habían intentado engañar a la suerte, sino que habían cumplido con todos los requisitos necesarios en el oficio de buscar tesoros.

Cuando llegaron a la casa encantada sintieron que había algo de sobrena-

tural y pavoroso en el silencio mortal que se cernía sobre aquel lugar, bajo un sol que quemaba, y era un lugar tan depresivo y solitario, tan desolado, que por un momento tuvieron miedo de aventurarse en él. Se deslizaron hasta la puerta y echaron un tembloroso vistazo al interior. Vieron una habitación sin suelo donde crecía todo tipo de maleza, con las paredes sin enyesar, una chimenea antigua, ventanas vacías, una escalera en ruinas; y aquí y allá, por todas partes, inmensas telarañas rotas. Entraron poco a poco, con el pulso latiendo aceleradamente, hablando en voz muy baja, aguzando los oídos para oír el más imperceptible sonido, con los músculos tensos y a punto para una retirada a tiempo.

Un rato después, la familiaridad modificó sus temores y dio paso a una investigación crítica e interesada. Admiraban su propia osadía y a la vez se sorprendían de ella. Entonces quisieron investigar en el piso de arriba, cosa que suponía cortar una posible retirada; pero comenzaron a provocarse mutuamente y el resultado no se hizo esperar: echaron las herramientas a un lado y empezaron a subir.

Arriba había los mismos signos de decadencia. En un rincón encontraron una recámara que prometía misterio, pero la promesa resultó ser una estafa: no había nada de nada. Ahora ya habían recobrado todo su coraje y se sentían muy valientes. Estaban dispuestos a volver a bajar y comenzar el trabajo cuando...

—¡Chis! —dijo Tom.

—¿Qué pasa? —murmuró Huck, blanco como el papel.

—¡Chis! Allí... ¿no lo oyes?

—¡Sí! ¡Oh, Dios mío, huyamos!

—¡Estate quieto! ¡No te muevas! Van directamente hacia la puerta.

Los chicos se tendieron en el suelo con los ojos pegados a las ranuras del entarimado y esperaron con el corazón preso de terror.

—Se han detenido... No... ya vienen. Ya están aquí. No digas ni una palabra, Huck. ¡Oh, Dios mío! ¡Ojalá no hubiésemos venido!

Entraron dos hombres. Cada chico dijo para sí mismo: «Es el viejo hispano sordomudo que últimamente ha estado una o dos veces por el pueblo... Al otro no lo he visto nunca».

El otro era un hombre harapiento, sucio, con una cara muy desagradable. El hispano iba envuelto en un sarape²; tenía unas patillas blancas y muy enredadas, cabellos largos y también blancos le asomaban por debajo del sombrero, y llevaba unas anteojeras verdes. Cuando entraron, el «otro» hablaba en voz baja. Se sentaron en el suelo con las espaldas apoyadas en la pared y el que hablaba continuó con sus observaciones. Su comportamiento se hizo menos cauteloso y sus palabras más audibles según iba hablando.

² Sarape: especie de frazada de lana o colcha de algodón generalmente de colores vivos, con abertura o sin ella en el centro para la cabeza, que se lleva para abrigarse.

—No —dijo—, lo he pensado bien y no me gusta nada. Es peligroso.

—¡Peligroso! —murmuró el sordomudo, con grata sorpresa por parte de los chicos—. ¡Menudo títere estás hecho!

Al oír aquella voz a los dos chicos se les hizo un nudo en la garganta y se pusieron a temblar. ¡Era el indio Joe! Hubo unos minutos de silencio. Después, Joe dijo:

—¿Qué hay más peligroso que la fiesta de allá arriba...? Y ya lo has visto. No ha pasado nada.

—Eso es distinto. Tan arriba del río y sin ninguna casa en los alrededores... Además, no se sabrá que lo hemos intentado mientras no lo hayamos logrado.

—Ya, ¿y crees que es más peligroso que venir aquí de día? Cualquiera que nos viera sospecharía de nosotros...

—Ya lo sé. Pero no había otro lugar más a mano después de aquella tontería. Ya me gustaría a mí no estar en esta casona. Lo habría preferido ayer, pero no tenía sentido venir por aquí con aquellos condenados chicos jugando en la colina, justo a la vista de la casa.

Los «condenados chicos» se estremecieron al oír semejante observación y pensaron en la suerte que habían tenido al recordar el día de la semana en el que estaban y dejarlo para el siguiente. Aunque en el fondo de sus corazones habrían preferido esperar un año.

Los dos hombres sacaron algunas viandas y comieron. Después de un largo silencio, el indio Joe dijo:

—Escucha: vuelve río arriba al lugar de donde eres. Espera allí hasta que yo te avise. Yo voy a arriesgarme; entraré otra vez en el pueblo para echar un vistazo. Y haremos eso tan «peligroso» cuando yo haya vigilado un poco y las cosas estén a punto. Y después, ¡hacia Texas! ¡Nos iremos juntos!

Ambos estuvieron de acuerdo. Entonces se pusieron a bostezar y el indio Joe dijo:

—Estoy muerto de sueño. Te toca a ti montar guardia.

Se acurrucó entre las hierbas y pronto estuvo roncando. Un poco después, el vigilante comenzó a dar cabezadas; cada vez bajaba la cabeza más y más. Pronto ya roncaban los dos.

Los chicos respiraron aliviados. Tom cuchicheó:

—¡Ahora es nuestra oportunidad! ¡Vamos!

—No puedo... —dijo Huck—. Me moriría si se despertaran.

Tom insistió, pero Huck se echó para atrás. Finalmente, Tom se levantó poco a poco, con mucho cuidado, y decidió bajar solo. Pero el primer paso que dio provocó un crujido tan espantoso en el podrido entarimado que se dejó caer al suelo muerto de miedo. No lo intentó más. Los chicos permanecieron allí, tumbados, contando los minutos que se alargaban hasta que les

pareció que el tiempo se había extinguido y la eternidad envejecía; al final, agradecieron que el sol comenzara a ponerse.

Uno de los dos hombres dejó de roncar. El indio Joe se incorporó y miró a su alrededor. Sonrió malévolamente al ver a su compañero con la cabeza caída sobre sus rodillas. Lo sacudió con el pie y dijo:

—¡Eh, tú! ¡Creía que estabas montando guardia! Menos mal que hemos tenido suerte... No ha pasado nada.

—¡Diablos! ¿Es que me he dormido?

—Eso parece. Bueno, ya es hora de emprender la marcha, compadre. ¿Qué hacemos con las cosas que hemos cogido?

—No sé... Las podemos dejar aquí, como siempre. No tiene sentido llevarnos nada hasta que no nos vayamos hacia el sur, ¿no? Seiscientas monedas de plata pesan demasiado para acarrearlas arriba y abajo.

—De acuerdo. No me importa volver aquí otra vez.

—Sí... pero yo preferiría volver de noche, como en las anteriores ocasiones. Es mejor.

—Sí, pero escucha: tal vez tardemos bastante hasta que yo encuentre la oportunidad para hacer ese otro trabajo; y puede pasar cualquier cosa. El dinero no está en buen sitio... Yo diría que conviene enterrarlo, y cuanto más hondo mejor.

—Buena idea.

El compañero de Joe atravesó la estancia, se arrodilló y levantó una gran piedra del fondo de la habitación; cogió una bolsa que agitó alegremente. Sacó veinte o treinta dólares para él y la misma cantidad para el indio Joe y después le dio la bolsa. El mestizo estaba de rodillas en un rincón cavando un hoyo con su machete.

Los chicos olvidaron todos sus temores y todas sus desgracias. Con ojos codiciosos contemplaban cada movimiento de los hombres. ¡Menuda suerte! Aquel brillo superaba toda imaginación. Seiscientos dólares era más que suficiente para enriquecer a media docena de chicos. ¡Aquello sí que era buscar tesoros bajo los auspicios más favorables! Ahora no tendrían las inseguridades tan preocupantes de no saber dónde cavar. Se daban codazos a cada instante, codazos elocuentes y fáciles de comprender, pues sencillamente querían decir: «¿A que ahora sí que estás contento de estar aquí?».

El cuchillo de Joe topó con algo duro.

—¡Anda! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —dijo su compañero.

—Un tablón medio carcomido... No, parece una caja. ¡Venga, ayúdame y veremos qué hay aquí! No, espera, no hace falta... He hecho un agujero.

Metió la mano y la sacó.

—¡Dios! ¡Es dinero!

Los dos hombres examinaron el montón de monedas. Eran de oro. Los chicos de arriba estaban tan excitados y tan contentos como los hombres de abajo.

El compadre de Joe dijo:

—Hay que sacarlo enseguida. Hay un viejo pico entre las hierbas de aquel rincón, al otro lado de la chimenea... Lo he visto hace un minuto.

Corrió a buscar el pico y la pala de los chicos. El indio Joe cogió el pico, lo miró con mala cara, torció la cabeza, murmuró alguna cosa y comenzó a picar.

Muy pronto la caja estuvo desenterrada. No era muy grande, pero tenía refuerzos de hierro y debía de haber sido una caja muy fuerte antes de que el lento paso del tiempo la hubiera estropeado. Los dos hombres contemplaron la caja durante un rato con un beatífico silencio.

—Compadre, aquí hay miles de dólares —dijo el indio Joe.

—Siempre oí decir que la banda de Murrell rondó por aquí durante el verano —comentó el otro.

—Lo sé, y diría que esto debía de ser suyo.

—Ahora ya no será preciso hacer aquel trabajito, ¿no?

El mestizo frunció el ceño y dijo:

—Tú no me conoces lo suficiente o no tienes ni idea de qué va el asunto. No es solo un robo... ¡es una venganza! —Un rayo maligno pasó por sus ojos—. Será preciso que me ayudes, y cuando esté hecho, entonces, a Texas. Ahora vete a casa con Nance y tus hijos y espera hasta que te avise.

—Bueno, si tú lo dices... ¿Y qué hacemos con esto? ¿Lo volvemos a enterrar?

—Sí. (Exultante entusiasmo arriba.) ¡No, por Satanás que no! (Profunda preocupación arriba.) ¡Lo había olvidado! Este pico tenía tierra fresca pegada. (Los chicos enfermaron de terror por unos instantes.) ¿Qué hacen un pico y una pala aquí? ¿Y por qué tienen rastros de tierra fresca? ¿Quién los ha dejado aquí? ¿Y dónde está ahora? ¿Has oído algo? ¿Has visto a alguien? ¡Quita! Enterrar esto otra vez y dejarlo para que cualquiera vea la tierra removida... ¡Ni hablar! ¡De ninguna manera! Lo llevamos a mi madriguera.

—¡Claro! Ya podíamos haberlo pensado antes, ¿no? ¿Te refieres a la número uno?

—No... La número dos... Bajo la cruz. El otro sitio es malo...; pasa mucha gente por allí.

—De acuerdo. Ahora ya está lo bastante oscuro para salir.

El indio Joe se levantó y atisbó por todas las ventanas con mucha cautela. Después dijo:

—¿Quién habrá dejado estas herramientas aquí? ¿Y si estuviera escondido arriba?

A los chicos se les heló el corazón. El indio Joe cogió su machete, se detuvo

un momento vacilando y se dio la vuelta hacia la escalera. Los chicos pensaron en la recámara, pero ya no había posibilidad de huir. Los pasos se acercaban escalera arriba crujiendo, y la intolerable angustia de la situación despertó la decisión de los chicos. Cuando estaban a punto de saltar hacia la recámara, se oyó un crujido de tablas rotas y el indio Joe rodó por el suelo entre los restos de la maltrecha escalera. Se levantó blasfemando, y su compadre dijo:

—¿Y qué más da? Si hay alguien arriba, que se quede... ¿Qué importa? Y si quiere saltar ahora mismo y meterse en problemas, ¿quién se lo impide? De aquí a poco habrá oscurecido... Y, si quiere, puede seguirnos. Ya me gustaría, ya. Pero diría que, sea quien sea el que ha dejado estas herramientas aquí, nos debe de haber visto y debe de haber creído que éramos fantasmas, demonios o algo así. Apuesto a que aún está corriendo.

Joe gruñó un poco. Después estuvo de acuerdo con su compadre en que convenía aprovechar lo que quedaba de claridad para arreglar las cosas y partir. Poco después se deslizaban fuera de la casa, en medio de las sombras del crepúsculo, y se dirigían hacia el río con la caja del tesoro.

Tom y Huck se levantaron, débiles pero más tranquilos, y los vieron alejarse por las rendijas de los tablones de la casa. ¿Debían seguirlos? De ninguna manera. Estaban más que contentos de poder poner los pies en el suelo sin el cuello roto, y emprendieron el camino del pueblo que pasaba por la colina.

No hablaron mucho, bastante tenían con maldecirse a ellos mismos; se maldecían por haber llevado el pico y la pala a aquella casa. Si no hubiera sido por eso, el indio Joe no habría sospechado jamás, habría escondido la plata junto con el oro y habría esperado satisfecho su «venganza». Después se habría encontrado con la desgracia de que su dinero había volado. ¡Qué mala suerte haber dejado las herramientas!

Decidieron que vigilarían al hispano cuando fuese al pueblo para estudiar la posibilidad de llevar a cabo su venganza y seguirían al «número dos» dondequiera que estuviera.

Entonces, Tom tuvo una idea espantosa.

—¡Venganza! ¿Y qué pasa si se trata de nosotros, Huck?

—¡Oh, no! —dijo Huck a punto de desmayarse.

Hablaron durante todo el camino del asunto, y al llegar al pueblo decidieron que a lo mejor se trataba de otro. O, en cualquier caso, solo podía referirse a Tom, ya que solo él había testificado.

¡Menudo consuelo estar solo ante el peligro! La compañía le hubiera aliviado algo, pensó Tom.



MI PLANTA DE NARANJA LIMA

1968

JOSÉ MAURO DE VASCONCELOS

(brasileño)



En seguida encontrarás el capítulo 1 de la novela, llamado «El descubridor de las cosas».

Veníamos tomados de la mano, sin apuro ninguno, por la calle. Totoca venía enseñándome la vida. Y yo me sentía muy contento porque mi hermano mayor me llevaba de la mano, enseñándome cosas. Pero enseñándome las cosas fuera de casa. Porque en casa yo aprendía descubriendo cosas solo y haciendo cosas solo, claro que equivocándome, y acababa siempre llevando unas palmadas. Hasta hacía bastante poco tiempo nadie me pegaba. Pero después descubrieron todo y vivían diciendo que yo era un malvado, un diablo, un gato vagabundo de mal pelo. Yo no quería saber nada de eso. Si no estuviera en la calle comenzaría a cantar. Cantar sí que era lindo. Totoca sabía hacer algo más, aparte de cantar: silbar. Pero por más que lo imitase no me salía nada. Él me dio ánimo diciendo que no importaba, que todavía no tenía boca de soplador. Pero como yo no podía cantar por fuera, comencé a cantar por dentro. Era raro, pero luego era lindo. Y yo estaba recordando una música que cantaba mamá cuando yo era muy pequeño. Ella se quedaba en la pileta, con un trapo sujeto a la cabeza para resguardarse del sol. Llevaba un delantal cubriéndole la barriga y se quedaba horas y horas, metiendo la mano en el agua, haciendo que el jabón se convirtiera en espuma. Después torcía la ropa e iba hasta la cuerda. Colgaba todo en ella y suspendía la caña. Hacía lo mismo con todas las ropas. Se ocupaba de lavar la ropa de la casa del doctor Faulhaber para ayudar en los gastos de la casa. Mamá era alta, delgada, pero muy linda. Tenía un color bien quemado y los cabellos negros y lisos. Cuando ella los dejaba sueltos le llegaban hasta la cintura. Pero lo lindo era cuando ella cantaba y yo me quedaba a su lado aprendiendo.

*Marinero, marinero,
marinero de amargura,
por tu causa, marinero,
bajaré a la sepultura...*

*Las olas golpeaban
y en la arena se deslizaban,
allá se fue el marinero
que yo tanto amaba...*

*El amor de marinero
es amor de media hora,
el navío leva anclas
y él se va en esa hora...*

Las olas golpeaban...

Hasta ahora esa música me daba una tristeza que yo no sabía comprender.

Totoca me dio un empujón. Desperté.

—¿Qué tienes, Zezé?

—Nada. Estaba cantando.

—¿Cantando?

—Sí.

—Entonces yo debo estar quedándome sordo.

¿Acaso él no sabría que se podía cantar para dentro? Me quedé callado. Si no sabía, yo no iba a enseñarle.

Habíamos llegado al borde de la carretera Río-San Pablo.

Allí pasaba de todo. Camiones, automóviles, carros y bicicletas.

—Mirá, Zezé, esto es importante. Primero uno mira bien. Mira para uno y otro lado. ¡Ahora!

Cruzamos corriendo la carretera.

—¿Tuviste miedo?

Bastante que había tenido, pero dije que no, con la cabeza.

—Vamos a cruzar de nuevo, juntos. Después quiero ver si aprendiste.

Volvimos.

—Ahora ya sabes cruzar solo. Nada de miedo, que ya estás siendo un hombrecito.

Mi corazón se aceleró.

—Ahora. Vamos.

Puse el pie, casi no respiraba. Esperé un poco y él dio la señal de que volviera.

—Para ser la primera vez, estuviste muy bien. Pero te olvidaste de algo. Tienes que mirar para los dos lados para ver si viene un coche. No siempre yo voy a estar aquí para darte la señal. A la vuelta vamos a practicar más. Ahora sigamos, que voy a mostrarte una cosa.

Me tomó de la mano y seguimos de nuevo, lentamente. Yo estaba impresionado con la conversación.

—Totoca.

—¿Qué pasa?

—¿La edad de la razón pesa?

—¿Qué tontería es esa?

—Tío Edmundo lo dijo. Dijo que yo era «precoz» y que en seguida iba a entrar en la edad de la razón. Y yo no siento ninguna diferencia.

—Tío Edmundo es un tonto. Vive metiéndote cosas en la cabeza.

—Él no es tonto. Es sabio. Y cuando yo crezca quiero ser sabio y poeta y usar corbata de moño. Un día voy a fotografiarme con corbata de moño.

—¿Por qué con corbata de moño?

—Porque nadie es poeta sin corbata de moño. Cuando tío Edmundo me muestra el retrato de un poeta en una revista, todos tienen corbata de moño.

—Zezé, deja de creerle todo lo que te dice. Tío Edmundo es medio «tocado». Medio mentiroso.

—¿Entonces él es un hijo de puta?

—¡Mirá que ya te ganaste bastantes palizas por decir malas palabras! Tío Edmundo no es eso. Yo dije «tocado», medio loco.

—Pero tú dijiste que él era mentiroso.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Sí que tiene. El otro día papá conversaba con don Severino, ese que juega a las cartas con él y dijo eso de don Labonne: «El hijo de puta del viejo miente como el diablo»... Y nadie le pegó.

—La gente grande sí puede decirlo, no es malo.

Hicimos una pausa.

—Tío Edmundo no es... ¿Qué quiere decir «tocado», Totoca?

Él hizo girar el dedo en la cabeza.

—No, él no es eso. Es bueno, me enseña de todo, y hasta hoy solamente me dio una palmada y no fue con fuerza.

Totoca dio un salto.

—¿Él te dio una palmada? ¿Cuándo?

—Un día que yo estaba muy travieso y Gloria me mandó a casa de

Dindinha. Él quería leer el diario y no encontraba los anteojos. Los buscó, furioso. Le preguntó a Dindinha, y nada. Los dos dieron vuelta al revés a la casa. Entonces yo dije que sabía dónde estaba, y que si él me daba una moneda para comprar bolitas se lo decía. Él buscó en su chaleco y tomó una moneda:

—Anda a buscarlos y te la doy.

—Yo fui hasta el cesto de la ropa sucia y los encontré. Entonces me insultó diciéndome: «¡Fuiste tú, sinvergüenza!». Me dio una palmada en la cola y me quitó la moneda.

Totoca se rio.

—Tú te vas para allá, a fin de que no te peguen en casa, y te castigan ahí. Vamos más rápido, si no nunca vamos a llegar.

Yo continuaba pensando en tío Edmundo.

—Totoca, ¿los chicos son jubilados?

—¿Qué cosa?

—Tío Edmundo no hace nada y gana dinero. No trabaja y la Municipalidad le paga todos los meses.

—¿Y qué?

—Que los chicos tampoco hacen nada, y comen, duermen y ganan dinero de los padres.

—Un jubilado es diferente, Zezé. Jubilado es que trabajó mucho, se le puso el pelo blanco y camina despacio, como tío Edmundo. Pero dejemos de pensar en cosas difíciles. Que te guste aprender con él, vaya y pase. Pero conmigo, no. Quédate igual que los otros chicos. Hasta di malas palabras, pero deja de llenarte la cabeza con cosas difíciles. Si no, no salgo más contigo.

Me quedé medio enojado y no quise conversar más. Tampoco tenía ganas de cantar. Ese pajarito que cantaba desde adentro había volado bien lejos.

Nos detuvimos y Totoca señaló la casa.

—Es esa, ahí. ¿Te gusta?

Era una casa común. Blanca, de ventanas azules, toda cerrada y en silencio.

—Me gusta. Pero ¿por qué tenemos que mudarnos acá?

—Siempre es bueno mudarse.

Por la cerca nos quedamos observando una planta de «manga» de un lado, y una de tamarindo, de otro.

—Tú, que quieres saberlo todo, ¿no te diste cuenta del drama que hay en casa? Papá está sin empleo, ¿no es cierto? Hace más de seis meses que peleó con mister Scottfield y lo dejaron en la calle. ¿No viste que Lalá co-

menzó a trabajar en la Fábrica? ¿No sabes que mamá va a trabajar en el centro, en el Molino Inglés? Pues bien, bobo, todo eso es para juntar algún dinero y pagar el alquiler de la nueva casa. La otra hace ya como ocho meses que papá no la paga. Tú eres muy chico para saber cosas tristes, como esta. Pero yo voy a tener que acabar ayudando en la misa para ayudar en casa.

Se quedó un rato en silencio.

—Totoca, ¿van a traer la pantera negra y las dos leonas?

—Claro que sí. Y el esclavo es el que va a tener que desmontar el gallinero.

Me miró con cierto cariño y pena.

—Yo soy el que va a desmontar el jardín zoológico y armarlo de nuevo aquí.

Quedé aliviado. Porque, si no, yo tendría que inventar algo nuevo para jugar con mi hermanito más chico, Luis.

—Bien, ¿ves cómo soy tu amigo, Zezé? Ahora no te costaba nada contarme cómo fue que conseguiste «aquello»...

—Te juro, Totoca, que no sé. De veras que no sé.

—Estás mintiendo. Estudiaste con alguien.

—No estudié nada. Nadie me enseñó. Solo que sea el diablo, que según Jandira es mi padrino, el que me haya enseñado mientras yo dormía.

Totoca estaba sorprendido. Al comienzo hasta me había dado coscorrones para que le contara. Pero yo no podía contarle nada.

—Nadie aprende solo esas cosas.

Pero se quedaba «empacado» porque realmente nadie había sido visto enseñándome nada. Era un misterio.

Fui recordando algo que había pasado la semana anterior. La familia quedó atarantada. Todo había comenzado cuando yo me senté cerca de tío Edmundo, en casa de Dindinha, mientras él leía el diario.

—Tiito.

—¿Qué, mi hijo?

Él empujó los anteojos hacia la punta de la nariz, como hace toda la gente vieja.

—¿Cuándo aprendiste a leer?

—Más o menos a los seis o siete años de edad.

—¿Y alguien puede leer a los cinco años?

—Poder, puede. Pero a nadie le gusta hacer eso porque el niño todavía es muy pequeño.

—¿Cómo aprendiste a leer?

—Como todo el mundo, en la cartilla. Diciendo, «B» más «A»: «BA».

—¿Todo el mundo tiene que hacer así?

—Que yo sepa, sí.

—¿Pero todo, todo el mundo, sí?

Me miró intrigado.

—Mira, Zezé, todo el mundo necesita hacer eso. Y ahora déjame terminar la lectura. Anda a ver si hay guayabas en el fondo de la quinta.

Colocó los anteojos en su lugar e intentó concentrarse en la lectura. Pero yo no salí de mi rincón.

—¡Qué pena!...

La exclamación salió tan sentida que de nuevo él se llevó los anteojos hacia la punta de la nariz.

—No puede ser, cuando te empeñas en una cosa...

—Es que yo vine de casa y caminé como loco solamente para contarte algo.

—Entonces vamos, cuenta.

—No. Así no. Primero quiero saber cuándo vas a cobrar la jubilación.

—Pasado mañana.

Sonrió suavemente, estudiándome.

—¿Y cuándo es pasado mañana?

—El viernes.

—Y el viernes ¿no vas a querer traerme un «Rayo de Luna», del centro?

—Vamos despacio, Zezé. ¿Qué es un «Rayo de Luna»?

—Es el caballito blanco que yo vi en el cine. El dueño es Fred Thompson. Es un caballo amaestrado.

—Quieres que te traiga un caballito de ruedas.

—No. Quiero ese que tiene una cabeza de palo con riendas. Que la gente le pone un cabo y sale corriendo. Preciso entrenarme porque voy a trabajar después en el cine.

Él continuó riéndose.

—Comprendo. Y si te lo traigo ¿qué gano yo?

—Te doy una cosa.

—¿Un beso?

—No me gustan mucho los besos.

—¿Un abrazo?

Lo miré con mucha pena. Mi pajarito de adentro me dijo una cosa. Y yo fui recordando otras que había escuchado muchas veces... Tío Edmundo estaba separado de la mujer y tenía cinco hijos... Vivía tan solo y caminaba tan despacio, tan despacito... ¿Quién sabe si no caminaba despacio porque tenía nostalgia de los hijos? Ellos nunca venían a visitarlo.

Di vuelta alrededor de la mesa y apreté con fuerza su cuello. Sentí su pelo blanco rozar mi frente con mucha suavidad.

—Esto no es por el caballito. Lo que voy a hacer es otra cosa. Voy a leer.

—Pero ¿tú sabes leer, Zezé? ¿Qué cuento es ese? ¿Quién te enseñó?

—Nadie.

—Tú estás con patrañas.

Me alejé y le comenté desde la puerta:

—¡Tráeme mi caballito el viernes y vas a ver si leo o no!...

Después, cuando fue de noche y Jandira encendió la luz del farol porque la Light¹ había cortado la luz por falta de pago, me paré en puntas de pies para ver la «estrella». Tenía el dibujo de una estrella en un papel y debajo una oración para proteger la casa.

—Jandira, álzame que voy a leer eso.

—Déjate de inventos, Zezé. Estoy muy ocupada.

—Álzame y vas a ver si sé leer.

—Mira, Zezé, si me estás preparando alguna de las tuyas, vas a ver.

Me alzó llevándome bien detrás de la puerta.

—Bueno, a ver, lee. Quiero ver.

Entonces me puse a leer. Leí la oración que pedía a los cielos la bendición y protección para la casa, y que ahuyentara a los malos espíritus.

Jandira me puso en el suelo. Estaba boquiabierta.

—Zezé, tú te aprendiste eso de memoria. Me estás engañando.

—Te juro que no, Jandira. Yo sé leer todo.

—Nadie puede leer sin haber aprendido. ¿Fue tío Edmundo que te enseñó? ¿O Dindinha?

—Nadie.

Ella tomó un pedazo de diario y yo leí. Correctamente. Ella dio un grito y llamó a Gloria. Esta se puso nerviosísima y fue a llamar a Alaíde. En diez minutos un montón de gente de la vecindad había venido a ver el fenómeno.

Eso era lo que Totoca estaba queriendo saber.

—Él te enseñó, prometiéndote el caballito si aprendías.

—No, no.

—Le voy a preguntar a él.

—Anda y pregúntale. Yo no sé decir cómo fue, Totoca. Si lo supiera te lo contaría.

—Entonces vámonos. Pero ya vas a ver cuando necesites algo...

Me tomó de la mano, enojado, y me llevó de vuelta a casa. Y allí pensó en algo para vengarse.

1 Nombre de una compañía de electricidad.

—¡Bien hecho! Aprendiste demasiado pronto, tonto. Ahora vas a tener que entrar en la escuela en febrero.

Aquello había sido idea de Jandira. Así, la casa quedaría toda la mañana en paz y yo aprendería a ser más educado.

—Vamos a entrenarnos en la Río-San Pablo. Porque no pienses que en la época de la escuela yo voy a hacer de empleado tuyo, cruzándote todo el tiempo. Tú eres muy sabio, aprende entonces también esto.

—Aquí está el caballito. Ahora quiero ver.

Abrió el diario y me mostró una frase de propaganda de un remedio.

—«Este *producto* se encuentra en todas las *farmacias* y casas del ramo».

Tío Edmundo fue a llamar al fondo a Dindinha.

—¡Mamá, lee bien hasta *farmacia*!

Los dos juntos comenzaron a darme cosas para leer, que yo leía perfectamente.

Mi abuela rezongó que el mundo estaba perdido.

Me gané el caballito y de nuevo abracé a tío Edmundo. Entonces él me tomó de la barbilla, diciéndome muy emocionado.

—Vas a ir lejos, tunante. No por nada te llamás José. Vas a ser el Sol, y las estrellas brillarán a tu alrededor.

Me quedé mirando sin entender y pensando que él estaba realmente «tocado».

—No entiendes esto. Es la historia de José de Egipto. Cuando seas más grande te contaré esa historia.

Me enloquecían las historias. Cuanto más difíciles, más me gustaban.

Acaricé a mi caballito bastante tiempo, y después levanté la vista hacia tío Edmundo y le pregunté:

—¿Te parece que la semana que viene ya seré más grande?...



EL DEDO

aproximadamente 1620

FENG MENG-LUNG

(china)



Un hombre pobre se encontró en su camino a un antiguo amigo. Este tenía un poder sobrenatural que le permitía hacer milagros. Como el hombre pobre se quejara de las dificultades de su vida, su amigo tocó con el dedo un ladrillo que de inmediato se convirtió en oro. Se lo ofreció al pobre, pero este se lamentó de que eso era muy poco. El amigo tocó un león de piedra que se convirtió en un león de oro macizo y lo agregó al ladrillo de oro. El amigo insistió en que ambos regalos eran poca cosa.

—¿Qué más deseas, pues? —le preguntó sorprendido el hacedor de prodigios.

—¡Quisiera tu dedo! —contestó el otro.



UN CREYENTE

1923

GEORGE LORING FROST

(inglés)



Al caer la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:
—Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?
—Yo no —respondió el otro—. ¿Y usted?
—Yo sí —dijo el primero, y desapareció.



LA BOTELLA DE CHICHA

1958

JULIO RAMÓN RIBEYRO

(peruano)



En una ocasión tuve necesidad de una pequeña suma de dinero y como era imposible procurármela por las vías ordinarias, decidí hacer una pesquisa por la despensa de mi casa, con la esperanza de encontrar algún objeto vendible o pignorable¹. Luego de remover una serie de trastos viejos, divisé, acostada en un almohadón, como una criatura en su cuna, una vieja botella de chicha. Se trataba de una chicha que hacía más de quince años recibíamos de una hacienda del norte y que mis padres guardaban celosamente para utilizarla en un importante suceso familiar. Mi padre me había dicho que la abriría cuando yo me recibiera de bachiller. Mi madre, por otra parte, había hecho la misma promesa a mi hermana, para el día que se casara. Pero ni mi hermana se había casado ni yo había elegido aún qué profesión iba estudiar, por lo cual la chicha continuaba durmiendo el sueño de los justos y cobrando aquel inapreciable valor que dan a este género de bebidas los descansos prolongados.

Sin vacilar, cogí la botella del pico y la conduje a mi habitación. Luego de un paciente trabajo logré cortar el alambre y extraer el corcho, que salió despedido como por el ánimo de una escopeta. Bebí un dedito para probar su sabor y me hubiera acabado toda la botella si es que no la necesitara para un negocio mejor. Luego de verter su contenido en una pequeña pipa de barro, me dirigí a la calle con la pipa bajo el brazo. Pero a mitad del camino un escrúpulo me asaltó. Había dejado la botella vacía abandonada sobre la mesa y lo menos que podía hacer era restituirla a su antiguo lugar para disimular en parte las trazas de mi delito. Regresé a casa para tranquilizar aún más mi conciencia, llené la botella vacía con

1 Pignorable: empeñable.

una buena medida de vinagre, la alambré, la encorché y la acosté en su almohadón.

Con la pipa de barro, me dirigí a la chichería de don Eduardo.

—Fíjate lo que tengo —dije mostrándole el recipiente—. Una chicha de jora de veinte años. Solo quiero por ella treinta soles. Está regalada.

Don Eduardo se echó a reír.

—¡A mí!, ¡a mí! —exclamó señalándose el pecho—. ¡A mí con ese cuento! Todos los días vienen a ofrecermelo y no solo de veinte años atrás. ¡No me fío de esas historias! ¡Como si las fuera a creer!

—Pero yo no te voy a engañar. Pruébala y verás.

—¿Probarla? ¿Para qué? Si probara todo lo que me traen a vender terminaría el día borracho, y lo que es peor, mal emborrachado. ¡Anda, vete de aquí! Puede ser que en otro lado tengas más suerte.

Durante media hora recorrí todas las chicherías y bares de la cuadra. En muchos de ellos ni siquiera me dejaron hablar. Mi última decisión fue ofrecer mi producto en las casas particulares pero mis ofertas, por lo general, no pasaron de la servidumbre. El único señor que se avino a recibirme me preguntó si yo era el mismo que el mes pasado le vendiera un viejo Burdeos y como yo, cándidamente, le replicara que sí, fui cubierto de insultos y de amenazas e invitado a desaparecer en la forma menos cordial.

Cuando llegué a la casa había oscurecido y me sorprendió ver algunos carros en la puerta y muchas luces en las ventanas. No bien había ingresado a la cocina cuando sentí una voz que me interpelaba en la penumbra. Apenas tuve tiempo de ocultar la pipa de barro tras una pila de periódicos.

—¿Eres tú el que anda por allí? —preguntó mi madre, encendiendo la luz—. ¡Esperándote como locos! ¡Ha llegado Raúl! ¿Te das cuenta? ¡Anda a saludarlo! ¡Tantos años que no ves a tu hermano! ¡Corre!, que ha preguntado por ti.

Cuando ingresé a la sala quedé horrorizado. Sobre la mesa central estaba la botella de chicha aun sin descorchar. Apenas pude abrazar a mi hermano y observar que le había brotado un ridículo mostacho, era otra de las circunstancias esperadas. Y mi hermano estaba allí y estaban también otras personas y las botella y minúsculas copas, pues una bebida tan valiosa necesitaba administrarse como un medicina.

—Ahora que todos estamos reunidos —habló mi padre—, vamos al fin a poder brindar con la vieja chicha —y agració a los invitados con una larga historia acerca de la botella, exagerando, como era de esperar, su antigüedad. A mitad de su discurso, los circunstantes se relamían los labios.

La botella se descorchó, las copas se llenaron, se lanzó una que otra improvisación y llegado el momento del brindis observé que las copas se

dirigían a los labios rectamente, inocentemente, y regresaban vacías a la mesa, entre grandes exclamaciones de placer.

—¡Excelente bebida!

—¡Nunca he tomado algo semejante!

—¿Cómo me dijo? ¿Treinta años?

—¡Es digna de un cardenal!

—¡Yo que soy experto en bebidas, le aseguro, don Bonifacio, que como esta ninguna!

Y mi hermano, conmovido por tan grande homenaje, añadió:

—Yo les agradezco, mis queridos padres, por haberme reservado esta sorpresa con ocasión de mi llegada.

El único que, naturalmente, no bebió una gota, fui yo. Luego de acercármela a las narices y aspirar su nauseabundo olor a vinagre, la arrojé con disimulo en un florero.

Pero los concurrentes estaban excitados. Muchos de ellos dijeron que se habían quedado con la miel en los labios y no faltó uno más osado que insinuara a mi padre si no tenía por allí otra botellita escondida.

—¡Oh no! —replicó—. ¡De estas cosas solo una! Es mucho pedir.

Noté, entonces, una consternación tan sincera en los invitados que me creí en la obligación de intervenir.

—Yo tengo por allí una pipa con chicha.

—¿Tú? —preguntó mi padre, sorprendido.

—Sí, una pipa pequeña. Un hombre vino a venderla... Dijo que era muy antigua.

—¡Bah! ¡Cuentos!

—Y yo se la compré por cinco soles.

—¿Por cinco soles? ¡No has debido pagar ni una peseta!

—A ver, la probaremos —dijo mi hermano—. Así veremos la diferencia.

—Sí, ¡que la traiga! —pidieron los invitados.

Mi padre, al ver tal expectativa, no tuvo más remedio que aceptar y yo me precipité hacia la cocina. Luego de extraer la pipa bajo el montón de periódicos, regresé a la sala con mi trofeo entre las manos.

—¡Aquí está! —exclamé, entregándosela a mi padre.

—¡Hummm...! —dijo él, observando la pipa con desconfianza—. Estas pipas son de última fabricación. Si no me equivoco, yo compré una parecida hace poco —y acercó la nariz al recipiente—. ¡Qué olor! ¡No! ¡Esto es una broma! ¿Dónde has comprado esto, muchacho? ¡Te han engañado! ¡Qué tontería! Debías haber consultado —y para justificar su actitud hizo circular la botija entre los concurrentes, quienes ordenadamente la olían y, después de hacer una mueca de repugnancia, la pasaban a su vecino.

—¡Vinagre!

—¡Me descompone el estómago!

—Pero ¿es que esto se puede tomar?

—¡Es para morirse!

Y como las expresiones aumentaban de tono, mi padre sintió renacer en sí su función moralizadora de jefe de familia y, tomando la pipa con una mano y a mí de una oreja con la otra, se dirigió a la puerta de la calle.

—Ya te lo decía. ¡Te has dejado engañar como un bellaco! ¡Verás lo que se hace con esto!

Abrió la puerta y, con gran impulso, arrojó la pipa a la calle, por encima del muro. Un ruido de botija rota estalló un segundo. Recibiendo un coscorrón en la cabeza, fui enviado a dar una vuelta por el jardín y mientras mi padre se frotaba las manos, satisfecho de su proceder, observé que en la acera pública, nuestra chicha, nuestra magnífica chicha norteña, guardada con tanto esmero durante quince años, respetada en tantos pequeños y tentadores compromisos, yacía extendida en una roja y dolorosa mancha. Un automóvil la pisó alargándola en dos huellas; una hoja de otoño naufragó en su superficie; un perro se acercó, la olió y la meó.



EL ILUSTRE AMOR

1951

MANUEL MUJICA LAINEZ

(argentino)



En el aire fino, mañanero, de abril, avanza oscilando por la Plaza Mayor la pompa fúnebre del quinto virrey del Río de la Plata. Magdalena la espía hace rato por el entreabierto postigo, aferrándose a la reja de su ventana. Traen al muerto desde la que fue su residencia del Fuerte, para exponerle durante los oficios de la Catedral y del convento de las monjas capuchinas. Dicen que viene muy bien embalsamado, con el hábito de Santiago por mortaja, al cinto el espadín. También dicen que se le ha puesto la cara negra.

A Magdalena le late el corazón locamente. De vez en vez se lleva el pañuelo a los labios. Otras, no pudiendo dominarse, abandona su acecho y camina sin razón por el aposento enorme, oscuro. El vestido enlutado y la mantilla de duelo disimulan su figura otoñal de mujer que nunca ha sido hermosa. Pero pronto regresa a la ventana y empuja suavemente el tablero. Poco falta ya. Dentro de unos minutos el séquito pasará frente a su casa.

Magdalena se retuerce las manos. ¿Se animará, se animará a salir?

Ya se oyen los latines con claridad. Encabeza la marcha el deán, entre los curas catedralicios y los diáconos cuyo andar se acompasa con el lujo de las dalmáticas. Sigue el Cabildo eclesiástico, en alto las cruces y los pendones de las cofradías. Algunos esclavos se han puesto de hinojos junto a la ventana de Magdalena. Por encima de sus cráneos motudos, desfilan las mazas del Cabildo. Tendrá que ser ahora. Magdalena ahoga un grito, abre la puerta y sale.

Afuera, la Plaza inmensa, trémula bajo el tibio sol, está inundada de gente. Nadie quiso perder las ceremonias. El ataúd se balancea como una barca sobre el séquito despacioso. Pasan ahora los miembros del Consulado y los de la Real Audiencia, con el regente de golilla. Pasan el marqués de Casa Hermosa y el secretario de Su Excelencia y el comandante de Forasteros. Los oficiales se turnan para tomar, como si fueran reliquias, las telas de bayeta

que penden de la caja. Los soldados arrastran cuatro cañones viejos. El virrey va hacia su morada última en la iglesia de San Juan.

Magdalena se suma al cortejo llorando desesperadamente. El sobrino de Su Excelencia se hace a un lado, a pesar del rigor de la etiqueta, y le roza un hombro con la mano perdida entre encajes, para sosegar tanto dolor. Pero Magdalena no calla. Su llanto se mezcla a los latines litúrgicos, cuya música decora el nombre ilustre: «*Excmo. Domino Pedro Melo de Portugal et Villena, militaris ordinis Sancti Jacobi...*».

El marqués de Casa Hermosa vuelve un poco la cabeza altiva en pos de quién gime así. Y el secretario virreinal también, sorprendido. Y los cónsules del Real Consulado. Quienes más se asombran son las cuatro hermanas de Magdalena, las cuatro hermanas jóvenes cuyos maridos desempeñan cargos en el gobierno de la ciudad.

—¿Qué tendrá Magdalena?

—¿Qué tendrá Magdalena?

—¿Cómo habrá venido aquí, ella que nunca deja la casa?

Las otras vecinas lo comentan con bisbiseos hipócritas, en el rumor de los largos rosarios.

—¿Por qué llorará así Magdalena?

A las cuatro hermanas ese llanto y ese duelo las perturban. ¿Qué puede importarle a la mayor, a la enclaustrada, la muerte de don Pedro? ¿Qué pudo acercarla a señorón tan distante, al señor cuyas órdenes recibían sus maridos temblando, como si emanaran del propio rey? El marqués de Casa Hermosa suspira y menea la cabeza. Se alisa la blanca peluca y tercia la capa porque la brisa se empieza a enfriar.

Ya suenan sus pasos en la catedral, atisbados por los santos y las vírgenes. Disparan los cañones reumáticos, mientras depositan a don Pedro en el túmulo que diez soldados custodian entre hachones encendidos. Ocupa cada uno su lugar receloso de precedencias. En el altar frontero, levántase la gloria de los salmos. El deán comienza a rezar el oficio.

Magdalena se desliza quedamente entre los oidores y los cónsules. Se aproxima al asiento de dosel donde el decano de la Audiencia finge meditaciones profundas. Nadie se atreve a protestar por el atentado contra las jerarquías. ¡Es tan terrible el dolor de esta mujer!

El deán, al tornarse con los brazos abiertos como alas, para la primera bendición, la ve y alza una ceja. Tose el marqués de Casa Hermosa, incómodo. Pero el sobrino del virrey permanece al lado de la dama cuitada, palmeándola, calmándola.

Solo unos metros escasos la separan del túmulo. Allá arriba, cruzadas las manos sobre el pecho, descansa don Pedro, con sus trofeos, con sus insignias.

—¿Qué le acontece a Magdalena?

Las cuatro hermanas arden como cuatro hachones.

Chisporrotean, celosas.

—¿Qué diantre le pasa? ¿Ha extraviado el juicio? ¿O habrá habido algo, algo muy íntimo, entre ella y el virrey? Pero no, no, es imposible... ¿cuándo?

Don Pedro Melo de Portugal y Villena, de la casa de los duques de Braganza, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de cámara en ejercicio, primer caballerizo de la reina, virrey, gobernador y capitán general de las Provincias del Río de la Plata, presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, duerme su sueño infinito, bajo el escudo que cubre el manto ducal, el blasón con las torres y las quinas de la familia real portuguesa. Indiferente, su negra cara brilla como el ébano, en el oscilar de las antorchas.

Magdalena, de rodillas, convulsa, responde a los *Dominus vobis cum*.

Las vecinas se codean:

¡Qué escándalo! Ya ni pudor queda en esta tierra... ¡Y qué calladito lo tuvo!

Pero, simultáneamente, infiltra en el ánimo de todos esos hombres y de todas esas mujeres, como algo más recio, más sutil que su irritado desdén, un indefinible respeto hacia quien tan cerca estuvo del amo.

La procesión ondula hacia el convento de las capuchinas de Santa Clara, del cual fue protector Su Excelencia. Magdalena no logra casi tenerse en pie. La sostiene el sobrino de don Pedro, y el marqués de Casa Hermosa, malhumorado, le murmura desflecadas frases de consuelo. Las cuatro hermanas jóvenes no osan mirarse.

¡Mosca muerta! ¡Mosca muerta! ¡Cómo se habrá reído de ellas, para sus adentros, cuando le hicieron sentir, con mil alusiones agrias, su superioridad de mujeres casadas, fecundas, ante la hembra seca, reseca, vieja a los cuarenta años, sin vida, sin nada, que jamás salía del caserón paterno de la Plaza Mayor! ¿Iría el virrey allí? ¿Iría ella al Fuerte?

¿Dónde se encontrarían?

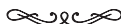
—¿Qué hacemos? —susurra la segunda.

Han descendido el cadáver a su sepulcro, abierto junto a la reja del coro de las monjas. Se fue don Pedro, como un muñeco suntuoso. Era demasiado soberbio para escuchar el zumbido de avispas que revolotea en torno de su magnificencia displicente.

Despídese el concurso. El regente de la Audiencia, al pasar ante Magdalena, a quien no conoce, le hace una reverencia grave, sin saber por qué. Las cuatro hermanas la rodean, sofocadas, quebrado el orgullo. También los maridos, que se doblan en la rigidez de las casacas y ojean furtivamente alrededor.

Regresan a la gran casa vacía. Nadie dice palabra. Entre la belleza insulsa de las otras, destácase la madurez de Magdalena con quemante fulgor. Les parece que no la han observado bien hasta hoy, que solo hoy la conocen. Y en el fondo, en el secretísimo fondo de su alma, hermanas y cuñados la temen y la admiran. Es como si un pincel de artista hubiera barnizado esa tela deslucida, agrietada, remozándola para siempre.

Claro que de estas cosas no se hablará. No hay que hablar de estas cosas. Magdalena atraviesa el zaguán de su casa, erguida, triunfante. Ya no la dejará. Hasta el fin de sus días vivirá encerrada, como un ídolo fascinador, como un objeto raro, precioso, casi legendario, en las salas sombrías, esas salas que abandonó por última vez para seguir el cortejo mortuorio de un virrey a quien no había visto nunca.



CONSUMIR PREFERENTEMENTE ANTES DE...

Mackenzie es el nombre de una chica que hizo una travesura en «Consumir preferentemente antes de...». ¿Cuál fue su viveza?

¿Dirías que el cuento está ambientado en el presente o en el futuro? Explica tus razones.

LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

En el fragmento de la novela *Las aventuras de Tom Sawyer*, Tom y su amigo Huck entran en una casa abandonada. ¿Para qué lo hacen?

Como sabes, las personas que ingresan a la casa mientras ellos están arriba son delincuentes. ¿Por qué no pueden escapar mientras duermen los criminales?

Cuando los ladrones estaban enterrando su dinero para recogerlo después, encontraron un tesoro en el lugar donde cavaban. ¿Por qué decidieron no dejar allí todo su botín? ¿Qué hace que cambien de idea?

¿Qué salva a Tom y Huck de ser descubiertos en el piso de arriba?

MI PLANTA DE NARANJA LIMA

En el fragmento de la novela *Mi planta de naranja lima*, Totoca no cree que Zezé, su hermano menor, haya aprendido a leer solo. ¿Cómo aprendiste tú a leer? ¿Crees que es posible aprender a leer solo?

A pesar de que Zezé quiere obtener de su tío un caballito, se ve que le tiene verdadero cariño. Copia una parte en que se muestre ese cariño.

Cuando Zezé lee frente a tío Edmundo, este se emociona y le dice: «Vas a ir lejos...». ¿Qué entiendes por esta expresión?

EL DEDO

En el minicuento «El dedo» se relata que un hombre transforma lo que toca en oro. Si tú pudieras tener un dedo mágico, ¿qué pedirías que pudiera hacer?



UN CREYENTE

¿Quién es el personaje que responde «Yo sí» al final del minicuento «Un creyente»?

¿Qué reacción te produjo este minicuento?, ¿se lo contarías a alguien?, ¿por qué?

LA BOTELLA DE CHICHA

¿Cómo logra el narrador darle importancia a la chicha que guardaba la familia?

¿Por qué quiere el protagonista vender esa chicha?

¿Por qué el protagonista llena de vinagre la botella de chicha que guardaban sus padres?

El protagonista ofrece la chicha excelente que ha puesto en otra botella a varias personas. ¿Por qué nadie se la quiere comprar?

¿Por qué todos los invitados quedan encantados con lo que les sirve el padre del protagonista a pesar de que es vinagre?

Al estar ante la verdadera chicha, todos los invitados reaccionan como si fuese vinagre. ¿Qué crees que ha influido en ellos? Explica.

Explica por qué un buen dicho para este cuento es «El hábito no hace al monje». Si no sabes el significado del refrán, pregúntaselo a tu profesor o búscalo en Internet.

EL ILUSTRE AMOR

En este cuento, el virrey ha muerto y pasa la pompa fúnebre por la Plaza Mayor. Explica en tus propias palabras cómo se siente Magdalena cuando espía la escena.

Luego de que Magdalena se decide a salir a la Plaza Mayor, ¿cómo se comporta?

¿Qué piensan todas las personas presentes acerca del comportamiento de Magdalena?

¿Por qué creen que Magdalena se comporta así?

¿Cómo crees que se sentía Magdalena frente a sus hermanas que eran jóvenes y casadas?



Al final de la historia, nos damos cuenta de que Magdalena no conocía al virrey, y sin embargo, lo lloró como si lo conociera muy bien. ¿Por qué crees que Magdalena se portó así?

✿ Cuenta una aventura que hayas tenido o que te gustaría tener o alguna travesura que hayas hecho. Recuerda describir a los personajes y utilizar diálogos. Puedes utilizar como referencia alguno de los cuentos que has leído.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

I. Tradiciones, romances y relatos

- «Apu Cóndor». [1997]. Tradición oral del Valle del Colca. En *La doncella sacrificada. Mitos del Valle del Colca*. Carmen Escalante y Ricardo Valderrama (compiladores). Arequipa: UNSA, 1997.
- «El gigante Iwa y Machín, el mono blanco». [1974]. Tradición oral aguaruna. En *Mitos e historias aguarunas y huambisas de la selva del Alto Marañón*. José Luis Jordana Laguna (compilador). Lima: Retablo de papel, 1974.
- «El gran pacto». [2009]. Tradición oral de Pomalca. En *Revista Pomalca*. Elmer Fernández Gastelo (compilador), N.º 1, 32, 2009.
- «La joven, el joven, la suegra y las alpacas». [1975]. Tradición oral de Caylloma. En *La verdadera biblia de los cashinahua*. André Marcel D'Ans (compilador). Lima: Mosca Azul, 1975.
- «La suegra que, de pesar, se transformó en carachupa». [1975]. Tradición oral cashinahua. En *La verdadera biblia de los cashinahua*. André Marcel D'Ans (compilador). Lima: Mosca Azul, 1975.
- «Leyenda de Pomacochas». [1992]. Tradición oral de Cajamarca. En *Dios Cajacho, tradición oral cajamarquina*. Alfredo Mires Ortiz y José Dammert Bellido (compiladores). Cajamarca: Aspaderuc, 1992.
- «Romance del enamorado y la muerte». [siglo XVI]. Poema anónimo. En *Flor nueva de romances viejos*. Ramón Menéndez Pidal (editor). Madrid: Espasa, 2000.

II. Cuentos, poemas y novelas.

- ARGUEDAS, José María. [1933]. «Warma Kuyay». En *Obras completas*, tomo I. Lima: Horizonte, 1983.
- BRADBURY, Ray. [1959]. «El regalo». En *Remedio para melancólicos*. Buenos Aires: Minotauro, 1967.
- CARVALLO DE NÚÑEZ, Carlota. [1956]. «El duende de la tormenta». En *Rutsí, el pequeño alucinado*. Lima: Dirección de la educación Artística y Extensión Cultural, 1956.
- CHANNER, Laurie. [aprox. 2000]. «Consumir preferiblemente antes de...». En *Cuentos de miedo. Solo para jóvenes intrépidos*. Barcelona: Juventud, 2003.
- DARÍO, Rubén. [1908]. «A Margarita Debayle». En *Poesías completas*. Madrid: Aguilar, 1967.
- EIELSON, Jorge Eduardo. [1973]. «Poesía en forma de pájaro». En *Poesía escrita*. Lima: INC, 1976.
- FENG Meng-lung. [aprox. 1620]. «El dedo». Tomado de <ciudadseva.com>.
- GÁLVEZ RONCEROS, Antonio. [1975]. «La creación del mundo». En *Monólogo desde las tinieblas*. Lima: Inti, 1975.

- KOESTLER, Arthur. [aprox. 1950]. «El verdugo». Tomado de <ciudadseva.com>.
- LORING FROST, George. [1923]. «Un creyente». En *Antología de la literatura fantástica*. Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Barcelona: Edhasa, 1977.
- MONTERROSO, Augusto. [1969]. «El mono que quiso ser un escritor satírico». En *La oveja negra y demás fábulas*. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- MUJICA LAINEZ, Manuel. [1951]. «El ilustre amor». En *Mi mejor cuento*. Buenos Aires: Orión, 1973.
- OQUENDO DE AMAT, Carlos. [1927]. «Poema del mar y de ella». En *5 metros de poemas*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2007.
- PAOLO, Rosella di. [1991]. «Loca de basural». En *Piel alzada*. Lima: Colmillo Blanco, 1991.
- PEYROU, Manuel. [aprox. 1940]. «La confesión». En *Cuentos breves y extraordinarios*. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Buenos Aires: Losada, 1957.
- POE, Edgar Allan. [1843]. «El corazón delator». En *Cuentos completos*. Madrid: Páginas de Espuma, 2011.
- QUIROGA, Horacio. [1917]. «A la deriva». En *Todos los cuentos*. Madrid: Archivos, 1996.
- RIBEYRO, Julio Ramón. [1958]. «La botella de chicha». En *La palabra del mudo*. Lima: Campodónico, 1994.
- RODARI, Gianni. [1962]. «A enredar cuentos». En *Cuentos por teléfono*. Barcelona: Juventud, 2012.
- ROMERO, Fernando. [1958]. «Una madre». En *Doce relatos de la selva*. Lima: Juan Mejía Baca, 1958.
- ROSE, Juan Gonzalo. [1960]. «Exacta dimensión». En *Poesía*. Lima: Colmillo Blanco, 1990.
- RUMI, Yalal Al-din. [aprox. 1273]. «Salomón y Azrael». En *150 cuentos sufíes*. (Extraídos de Al-Matnawi). Barcelona: Paidós.
- SAKI (Hector Hugh Munro). [1904]. «El cuentista». En *El tigre de la señora Packletide y otros cuentos*. Buenos Aires: Centro editor de América Latina, 1989.
- SANTA CRUZ, Nicomedes. [1960]. «El café». En *Cumanana, décimas de pie forzado y poemas*. Lima: Juan Mejía Baca, 1964.
- TOLSTÓI, León. [1912]. «El poder de la infancia». En *Obras*, tomo III. Madrid: Aguilar, 1981.
- TWAIN, Mark. [1876]. *Las aventuras de Tom Sawyer*. Barcelona: La Galera, 2010.
- VASCONCELOS, José Mauro de. [1968]. *Mi planta de naranja lima*. Buenos Aires: El Ateneo, 1978.
- VERNE, Julio. «Frritt Flacc». [1884]. Tomado de <<http://www.jverne.net/bvirtual/intro.htm>>.
- WILDE, Oscar. [1888]. «El amigo fiel». En *Cuentos*. Madrid: Círculo de amigos de historia, 1975.